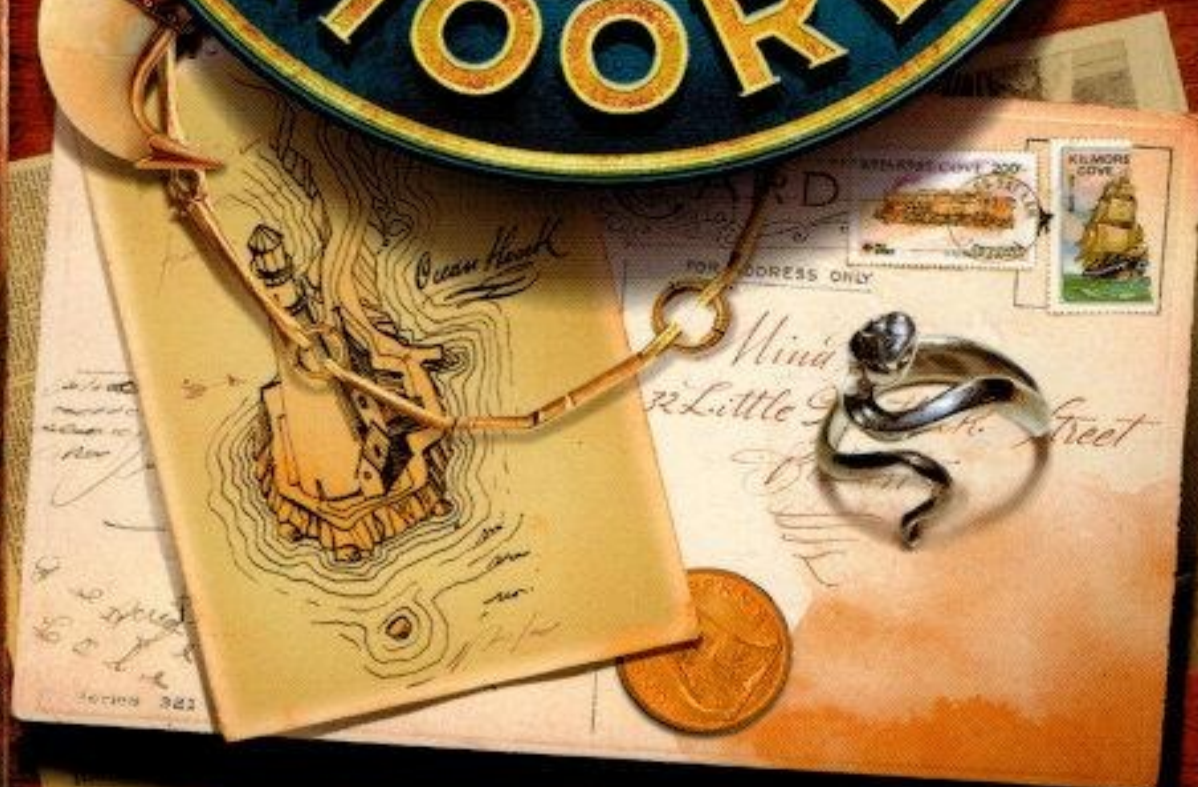
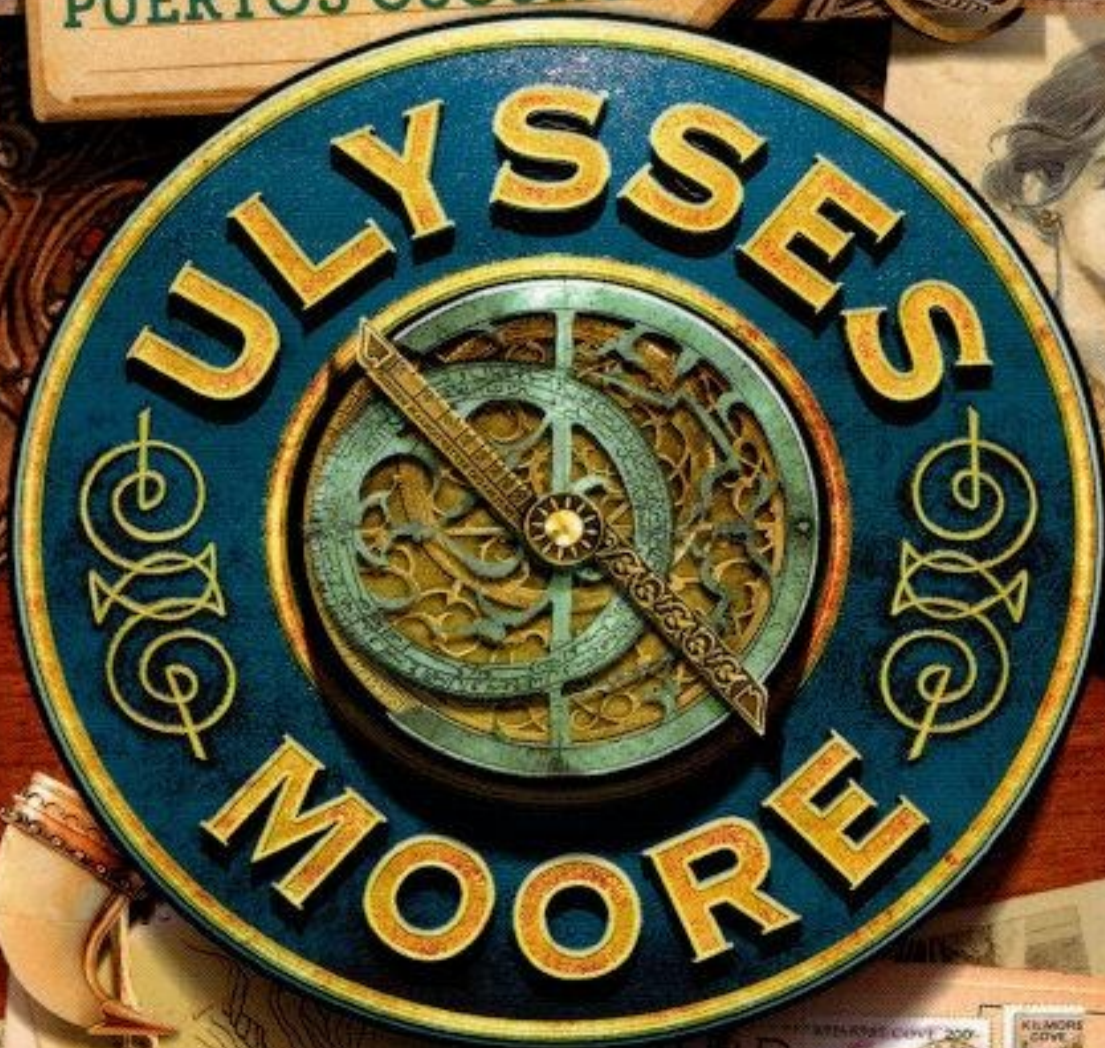


VIAJE A LOS  
PUERTOS OSCUROS



Lectulandia

Murray, Mina, Shane y Connor reciben una llamada de socorro: el barco de Rick Banner, el *Némesis*, ha caído en una trampa de la Compañía y todavía no ha regresado.

En Kilmore Cove, Penelope Moore les asegura que el *Némesis* estará en el puerto secreto de la jungla negra, pero este, como los demás Puertos Oscuros, no aparece en ningún mapa. El único modo de llegar hasta allí abrir la Puerta del Tiempo de Villa Argo y cruzar el umbral hacia lo desconocido...

Pierdomenico Baccalario

# **Viaje a los puertos oscuros**

**Ulysses Moore 14**

**ePub r1.0**

**Titivillus 07.11.2019**

Título original: *Viaggio nei porti oscuri*  
Pierdomenico Baccalario, 2014  
Traducción: Ana Ciurans  
Ilustraciones: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

*Estimados amigos de la redacción:*

*Mientras escribo estas líneas estamos viviendo malos tiempos. Inglaterra está siendo azotada por la tormenta más terrible de su historia. Ráfagas de viento, que superan los ciento ochenta kilómetros por hora, arrancan los tejados de las casas. Las riadas inundan regiones enteras —de hecho, escribo este correo electrónico desde una de ellas—. Desprendimientos en las carreteras, trenes descarrilados y pueblos sin luz eléctrica. Cornualles, donde se encuentra el pueblecito de Kilmore Cove —y la casa de Ulysses Moore— es la zona más afectada: olas de más de diez metros de altura golpean sus costas con una violencia sin precedentes.*

*Como decía, son tiempos oscuros, como lo es la parte de historia que he traducido y que os entrego, apañándomelas para completar aquellos pasajes que he considerado oportuno. Voy muy despacio, pues cada frase de este manuscrito remite a los demás diarios de Ulysses Moore, así como a otros textos que he tratado de identificar. El misterioso autor que me lo envió se está burlando, una vez más, de sus lectores y de mí.*

*Mientras observo el cielo amenazador desde la ventana de mi casa, la preocupación por Kilmore Cove no me abandona, y temo que incluso esta tormenta esté relacionada, en cierta manera, con la historia que recibiréis dentro de poco.*

*Dejamos a Murray, Mina, Connor y Shane de vuelta a la rutina tras regresar de Kilmore Cove, después de lograr que la Metis, la legendaria nave de Ulysses Moore, se hiciese de nuevo a la mar. El profesor Galippi, genial y huraño experto en lenguas clásicas que los ayudó en su hazaña, decidió por el contrario no volver a su casa en la ciudad, de la que lo habían desahuciado, y quedarse en Villa Argo.*

*Vivieron una aventura extraordinaria. Desde el preciso instante en que rescataron el decimotercer libro de Ulysses Moore de la nave encallada en la ciénaga, y supieron de la existencia de Kilmore Cove, los chicos decidieron ir a verlo con sus propios ojos. La idea de encontrar las antiguas Puertas del Tiempo, a través de las cuales se comunicaban los también remotos lugares imaginarios, les pareció alucinante.*

*Fue un viaje increíble. Surcaron las olas con las ballenas, atravesaron una isla de basura flotante, superaron un círculo de niebla que susurraba... y finalmente llegaron a Kilmore Cove. Descubrieron que se había convertido*

*en un pueblecito abandonado, el refugio de unos pocos rebeldes entregados a una lucha desesperada contra una flota cruel y misteriosa que intentaba dominar todas las Rutas de la Imaginación: la Compañía de las Indias Imaginarias, cuyo jefe se llamaba Larry Huxley.*

*Corren tiempos oscuros para Kilmore Cove y para los viajeros imaginarios. Pero la única manera de salir de la oscuridad es afrontarla, incluso si para hacerlo hay que hundirse más en ella.*

*Espero que disfrutéis de la lectura,*

PIERDOMENICO BACCALARIO



CAPÍTULO

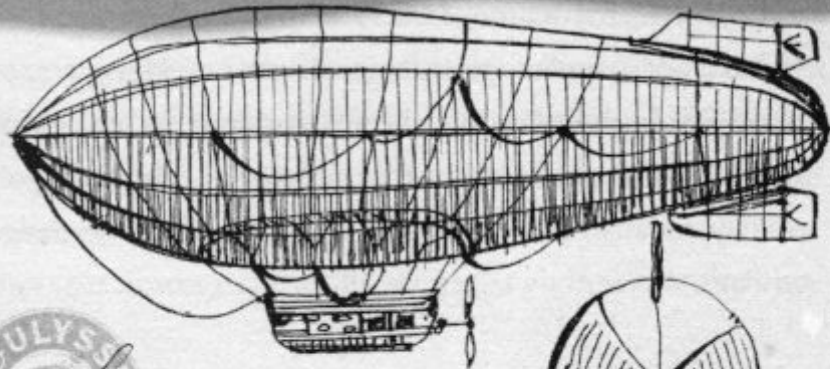
**1**

LA  
HABITACIÓN  
DEL VIENTO

*Pro. Jan. 1881*  
*San Juan*  
*de los Rios*

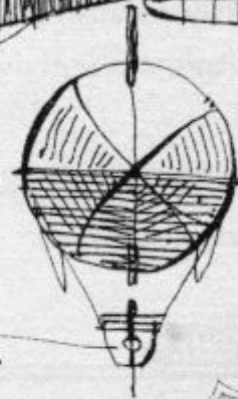
*San Juan de los Rios*  
*San Juan de los Rios*  
*San Juan de los Rios*

EN EL QUE DESCUBRIMOS QUE ATRAPAR  
UNA TORMENTA Y DARLE UN NOMBRE  
NO ES TAN SENCILLO.



*San Juan de los Rios*  
*San Juan de los Rios*

*San Juan de los Rios*  
*San Juan de los Rios*



**E**n el Castillo de Arena respirar se había convertido en una empresa imposible. El calor era asfixiante. Y las moscas, un tormento.

Larry Huxley decidió quitarse la camiseta. Metió los codos dentro de las mangas y la arrojó al suelo. Pero el bochorno del desierto seguía siendo agobiante, incluso con el torso desnudo.

Era muy delgado. Se le marcaban las costillas, los codos parecían los nudos de una cuerda y se podían contar las vértebras de su columna.

Sin embargo, sus ojos eran impenetrables.

Miraba fijamente por el ventanal de su habitación, observando con mucha atención el trabajo de cientos de legionarios que se afanaban como insectos entre las dunas: sujetaban las estructuras de hierro que sobresalían de la arena a las cadenas que colgaban de una flota de dirigibles.

—¿Qué opinas, Whiskers?<sup>[1]</sup> —le preguntó al conejo de peluche que tenía a sus pies—. ¿Funcionará?

El conejo, naturalmente, no respondió.

Las dunas resplandecían bajo el sol abrasador, voraces y traidoras. Los legionarios, hombres silenciosos de piel plomiza, caminaban tambaleándose en filas ordenadas. Algunos, agotados, se caían y rodaban por la arena sin que los demás se detuvieran a ayudarlos.

—Tienes razón, Whiskers, hace mucho, muchísimo calor...

El supervisor de la Compañía de las Indias Imaginarias se enjugó con la mano la frente húmeda. Detestaba sudar. Y pasar calor. Odiaba aquel clima asfixiante.

Pero quería estar allí cuando sus hombres, conducidos por la intuición de oficiales y arquitectos, desenterraran la legendaria ciudad de Zerzura.

Era conocida por otros mil nombres: la Ciudad Blanca, el Misterioso Oasis de los Pájaros, la Ciudad Secreta de Dioniso... Un lugar legendario de cuya existencia hablaban los caravaneros y con cuyos tesoros se fantaseaba desde hacía siglos.

Aunque muchos la habían buscado, nadie antes de Larry había deseado encontrarla con tal ahínco.

Y por fin, allí estaba. A punto de emerger de su manto dorado.

—El principal defecto de los buscadores de lugares legendarios, Whiskers, el principal... —siguió rumiando Larry Huxley mientras observaba las cadenas que se tensaban entre el cielo y la tierra—, es que nunca respetan las reglas de las leyendas. ¿No te parece?

Whiskers guardó un prudente silencio. Larry volvió a cruzar los brazos sobre el pecho desnudo, vigilando la marcha de sus legiones. Más tarde,



cuando se cansó, salió de la habitación, recorrió el corto pasillo y bajó la escalera que conducía a las habitaciones más frescas del Castillo de Arena en busca de agua helada.

—¿Señor Huxley? —le detuvo una voz que salía de detrás de una de las columnas.

Larry Huxley se paró. El suelo de cerámica bajo sus pies estaba fresco. En un rincón manaba agua de una fuente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Era Bellingham. Edward Bellingham, su oficial de Asuntos Africanos. Salió de la sombra arrastrando los pies. Había algo detestable en él, y su rostro recordaba el de un reptil. Tenía los ojos saltones, el rostro flácido y pálido, y su amabilidad era fingida.<sup>[2]</sup>

Por el modo en que su oficial se acercaba, Larry Huxley comprendió que traía malas noticias.

—¿Algún problema, Bellingham? Otra..., ¿cómo lo llamaste aquella vez..., «repentina e inesperada tormenta de arena»?

—No, no. De ninguna manera, señor, en absoluto —se apresuró a responder—. Aunque los nativos...

—¿Qué les pasa a los nativos?

Un criado se acercó a Larry y le ofreció una bandeja de plata con una jarra de agua fría y un vaso de té a la menta azucarado.

—Los nativos andan siempre alterados, señor. Y, además, sus hechiceros...

—¡Sus hechiceros! —lo interrumpió Larry antes de beberse el agua de golpe y coger el vaso de té. Se volvió hacia su oficial, despreciativo—. Dime, dime..., ¿qué cuentan sus hechiceros?

—Creen que al desenterrar la Ciudad Blanca caerá sobre nosotros una maldición —murmuró Bellingham—. Los dirigibles, las cadenas y todos los legionarios que ha... traído... Esos hombres que parece que ni coman ni duerman... Los que llaman *jinn*...

—¿*Jinn*?

Larry Huxley paladeó el té.

—Es el nombre de los espíritus del diablo... —aclaró Bellingham—. Si bien los nativos no usan esa palabra, naturalmente.

—¿Cuál usan? ¿Moloch, Shaytān? ¿Y a quién se refieren? ¿A vosotros, la Compañía? O quizá... ¿A mí?

—No lo sé... —admitió el oficial con la boca seca—. Pero me ha parecido importante que lo supiera.

Larry entregó el vaso vacío al criado, que desapareció en las salas del castillo.

—¡Que los hechiceros y los nativos piensen y digan lo que quieran acerca de mis legionarios! Me interesa más saber si ya habéis quitado la arena de los motores.

—Están casi listos, señor.

—¿Y los dirigibles?

—Ya están volando, señor. Todavía quedan por sujetar algunas estructuras, repasar por última vez los gráficos de resistencia... Poca cosa.

—Excelente.

Pero Larry se dio cuenta de que el oficial titubeaba.

—¿Hay algo más?

—Los hechiceros le dieron un nombre extraño a la tormenta del otro día, señor...

—¿Qué nombre?

—La llamaron «viento de Murray» —susurró el oficial mirándose los pies.

Larry sintió un dolor repentino en el pecho, seguramente había bebido el agua helada y el té caliente demasiado deprisa. Se apoyó una mano encima y musitó:

—Lo habrás entendido mal, Bellingham. Habrán dicho «viento de mar». Han dicho «viento de mar».

—Será como usted dice, señor —respondió el oficial de Asuntos Africanos—. Lo que usted diga, señor.



*Handwritten text in cursive script, partially obscured by the chapter title box.*

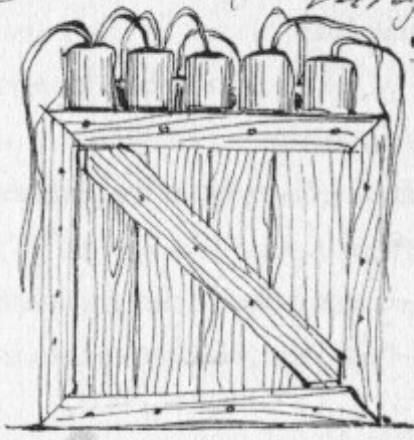
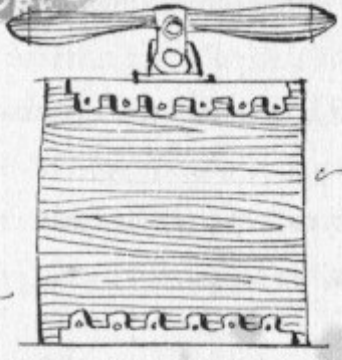
CAPÍTULO  
**2**  
EL  
VEHÍCULO  
DE PEDALES

EN EL QUE SE DESCUBRE QUE EXISTEN VEHÍCULOS MUY RÁPIDOS  
Y OTROS QUE HAY QUE MANEJAR CON CAUTELA, SOBRE TODO  
SI EL HOMBRE QUE LOS CONDUCE TIENE SOLO UN OJO.



*Handwritten notes: '1880', 'Patente', 'del 100'*

*Handwritten notes: 'Se venden no', 'por piezas', 'vno'*



—¿Tú no deberías estar en el colegio? —le preguntó el policía mientras se apoyaba en la cerca del depósito de vehículos requisados.

—Salimos a la una —replicó Murray, de pie frente a él.

—Y tu amigo te ha acercado hasta aquí... —añadió el policía señalando con la barbilla la bicicleta de Shane.

—Exacto.

El policía sacó las llaves del bolsillo y abrió la verja lo justo para dejarlos pasar.

—Has venido a buscar tu bici, ¿verdad?

Murray asintió y le entregó el resguardo.

—Qué curioso, ¿no crees? —comentó el policía arrastrando los pies en la gravilla. El depósito propiamente dicho consistía en un almacén de chapa con el techo bajo que se hallaba a unos metros por delante de ellos. Murray no dijo nada. Shane los seguía empujando su bici. ¡CLA-CLANG! La puerta del depósito se abrió de golpe. En el interior solo había una bicicleta—. Te decía que es curioso, ¿no? —prosiguió el policía—. Hace tan solo unos días aquí dentro había más de cien bicis. Y ahora... solo queda la tuya, ¡qué casualidad!

—¿Qué ha pasado con las otras? —preguntó Murray, haciéndose el inocente.

El policía rió con malicia, abrió la cadena que sujetaba la bici y se la dio.

—Porque tú y tu amigo, naturalmente, no sabéis nada.

—No, señor, absolutamente nada...

Murray se arrodilló y examinó a conciencia su bicicleta. Acarició el bastidor con la palma de la mano.

—Os hemos visto, con las cámaras de seguridad... —prosiguió el policía.

—No hay ninguna cámara —respondió Shane.

—¿Y tú cómo lo sabes, eh? —replicó el policía. Shane bajó la cabeza y miró el manillar. «Soy un idiota», pensó—. En cuanto a ti, muchacho, súbete a la bici y lárgate de aquí. Pero que no vuelva a suceder, ¿estamos?

—Muchas gracias, señor.

—¿Has oído lo que te he dicho? —Murray asintió sin pronunciar una sola palabra—. Ten cuidado, sabemos quién es tu padre —le susurró el policía mientras lo acompañaba a la verja.

—Yo también lo sé, señor —respondió Murray mordiéndose la lengua e intentando mantener la calma—. Y es mucho mejor que usted.

Cuando estuvieron fuera, los dos amigos pedalearon a toda velocidad por la carretera que conducía al mar.

—¡Uau!

—¡Menudo besugo está hecho ese poli!

Rieron y pedalearon con más fuerza aún.

No pararon hasta llegar a su banco preferido, el que tenía vistas al puerto. Protegidos por la sombra de las ramas del ciruelo, disfrutaron observando la llegada de un colosal buque portacontenedores y el ajetreo de los operarios que descargaban las bodegas con grúas y carretillas elevadoras.

No se quedaron mucho rato. Acababan de recuperar la bici de Murray y tenían muchas pedaladas pendientes.

—¿Adónde vamos? —preguntó Shane al ver que su amigo se moría de ganas de ir en bici.

—Déjame pensar...

Era Murray quien decidía adonde ir. El papel de Shane era acompañarlo y no quedarse atrás.

El muchacho de ojos verdes se acarició los cabellos, repasando mentalmente sus sitios preferidos. Los que estaban señalados con una chincheta dorada invisible en su mapa imaginario del mundo.

—¿Al bloque de pisos? —propuso.

Shane se quedó mirándolo.

—¿Tan lejos?

Murray asintió.

—Hay que cruzar la ciudad de un extremo al otro.

—Pero nada de mercado.

—Nada de mercado.

Shane asintió lentamente.

—Vale, cuenta conmigo.

Se subieron a las bicis.

Cruzaron la ciudad de punta a punta, dejando muy pronto el mar atrás. Enfilaron una de las dos calles que desembocaban en el interior y al cabo de un rato las aceras desaparecieron.

Avanzaban por la calzada, uno detrás del otro, mientras coches de gran cilindrada los iban adelantando. Lucharon con subidas que no recordaban tan duras y, al final, fueron a parar a una periferia de casas destartadas, con las fachadas llenas de pintadas que incitaban a la guerra, y a unos terrenos abandonados cercados con una alambrada oxidada y medio derruida.

Se detuvieron al ver dos excavadoras en medio del patio de un gran bloque de pisos de hormigón: habían llegado.

—No han perdido el tiempo, ¿eh? —observó Murray señalando aquellos mastodontes.

Habían colocado vallas alrededor de todo el bloque. El viento del mediodía agitaba las cintas de señalización, blancas y rojas, y los carteles que decían PROHIBIDO EL PASO.

—Qué raro que no haya nadie trabajando —observó Shane.

—Quizá haya alguien.

Murray se coló en la zona en obras del viejo edificio haciendo caso omiso de los carteles y la valla.

—¿Qué haces, Murray?

—Vamos a echar un vistazo.

El bloque estaba afectado por una enfermedad irreparable. El esqueleto era viejo y los cimientos frágiles, por lo que había sido declarado en ruinas. El agua había deteriorado el hormigón de los pilares de soporte dejando a la vista, en varios puntos, el hierro del armazón que los sostenía. Señales de una decadencia inexorable a las que el profesor Galippi se había enfrentado solo, negándose a abandonar el edificio, hasta que tuvo la oportunidad de marcharse.

Gracias a los inventos del profesor, aquel bloque anónimo se había convertido en un laboratorio que no consumía energía y no contaminaba el ambiente. Sobre el techo todavía se veía el invernadero donde estaba el huerto, los paneles solares contruidos con botellas de plástico y las tuberías en caída libre que generaban corriente eléctrica. Una vez que habían logrado echarlo, todos esos inventos estaban a punto de ser destruidos.

—¿Qué crees que harán aquí? —preguntó Murray a Shane, que lo seguía sin mucha convicción por la zona en ruinas.

—No lo sé. Puede que un hotel.

Murray hizo una mueca.

—¿Un campo de golf? ¿Un aeropuerto?

Lo más probable es que abriesen un centro comercial directamente comunicado con la autovía más cercana.

Pero, mientras tanto, el viejo edificio abandonado tenía un aire melancólico, y las golondrinas entraban y salían volando de las ventanas rotas de los pisos superiores.

El portón de entrada estaba tapiado. En el suelo había huellas de botas y en la pared tres señales negras hechas con aerosol. La fachada estaba repleta de flechas, cruces, círculos, cuadrados llenos de números y otras señales.

—Han hecho los deberes... —comentó Shane al tiempo que seguía con la mirada la línea de flechas negras que ascendían por la fachada.

—¿Qué habrán hecho con la pista? —murmuró entonces Murray.

Shane lo miró.

—¿Qué pista?

—Si todavía está ahí, tienes que verla —decidió Murray dando la vuelta al edificio.

—Más valdría que lo dejásemos correr...

—¡Tonterías! ¡Sígueme!

En la parte trasera del bloque encontraron un garaje destartado y se colaron por debajo de la persiana medio doblada. Murray sacó de la mochila su inseparable navajita y una linterna que llevaba casi siempre consigo. El garaje se iluminó. Al fondo había una puerta entornada que daba a una escalera estrecha. Ayudó a Shane a pasar por debajo de la persiana y subieron a la primera planta.

—Debe de ser por aquí... —murmuró Murray iluminando las paredes.

Sus pasos resonaban amenazadoramente.

—¿Y qué hacemos si sigue allí, Clarke? —preguntó Shane llamando a su amigo por el apellido en tono de broma—. ¿Nos ponemos a jugar o nos la llevamos?

—No sería mala idea —sonrió Murray.

—Quizá hubiese sido mejor llamar a Connor, como para lo de las bicis...

—Tranquilo, Shane, no tengas miedo. Ya casi hemos llegado.

—No tengo miedo —puntualizó el muchacho sin ser del todo sincero. No le gustaba nada caminar por aquel enorme edificio tapiado donde resonaba el goteo de las tuberías y se oían chirridos y gemidos sospechosos, pero, conociendo a Murray, sabía que era imposible hacerle cambiar de idea.

Saltaron por encima de un haz de cables negros que cruzaba el pasillo y por fin llegaron a la entrada delantera del edificio. Allí también había flechas y líneas negras en las paredes.

—Eh, Murray, espérame... —exclamó Shane, que se había quedado atrás.

—Mira eso, ¿no es increíble? —dijo Murray haciendo bailar frente a ellos el círculo mágico de la linterna.

Ante Shane apareció la pista de coches más grande que había visto en su vida. Estaba tapada con un plástico y estropeada por algunos cascotes que habían caído encima. No obstante, seguía siendo una maravilla de rectas y

peraltes que se entrecruzaban y desaparecían en túneles de verdad excavados en la pared.

—¿Por qué diantres no nos la hemos llevado antes? —despotricó Shane con la boca abierta.

Dieron unos pasos al frente sobre los escombros.

—Pues, por ejemplo, porque estábamos ocupados reparando la quilla de la *Metis*... y fabricando las velas... —Murray se encogió de hombros—. O quizá simplemente porque el profesor no nos lo pidió y nos olvidamos...

No dejaba de mover el círculo luminoso de una parte a otra de aquella maravilla.

—Sí, pero... no podemos abandonarla aquí.

No cabía duda: tendrían que desmontarla pieza por pieza y salvarla de la demolición.

—¿Qué es eso? —preguntó Murray levantando de repente la luz de la linterna.

Luego la bajó. Detrás de uno de los pilares de la entrada brillaba una luz intermitente.

—¿Una alarma? —se arriesgó a decir Shane.

—Si fuese una alarma ya habría saltado.

Se acercaron, Murray iluminó una caja del tamaño de una de zapatos, marrón con rayas amarillas, que parpadeaba.

—¡Oh, oh! —dijeron al unísono.

Habían visto montones de cajas parecidas en los videojuegos. Y, por lo general, en los videojuegos esas cajas explotaban.

—Murray...

—Shane...

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—No estoy seguro. —Examinó la caja con la luz de la linterna y se detuvo en uno de los cables negros que salían de uno de los laterales, después lo hizo en las flechas y en las señales hechas con spray y, finalmente, en una antena que salía por detrás.

—¿Tú también crees que podría estar dirigida a distancia?

Shane tragó saliva, pero se sentía sorprendentemente tranquilo. Dedujo que los cables negros que habían visto en el pasillo estaban conectados a una caja como esa y que las flechas y las señales negras en las paredes indicaban los puntos en que debían ser colocados los explosivos.

Los explosivos para hacer saltar el edificio por los aires.

—Lo vi una vez en la tele... —murmuró.



Era un programa especial sobre un grupo de artificieros, expertos en explosivos capaces de derrumbar un rascacielos de treinta pisos sin que ni uno solo de los cascotes fuese a parar al patio de las casas vecinas.

En cualquier caso, el problema era estar dentro del rascacielos de treinta pisos.

Mientras Shane pensaba en todo eso, dos segundos, o quizá tres segundos después, Murray llegó a la misma conclusión.

—¡LARGO DE AQUÍ! —se gritaron el uno al otro escapando a toda pastilla.

Salieron flechados de la habitación. Se olvidaron de la pista de coches más grande del mundo y se lanzaron a toda velocidad por la escalera, el garaje y finalmente...

Fuera.

Murray rodó contra las botas de un hombre gigantesco con un chaleco naranja, un peto vaquero y un casco en el que se podía leer:

#### DERRIBOS CYCLOPS & Cía.

El hombre lo sujetó por el cinturón y lo levantó como si fuese una pluma.

—Vaya, vaya... ¿a quién tenemos aquí? —rugió.

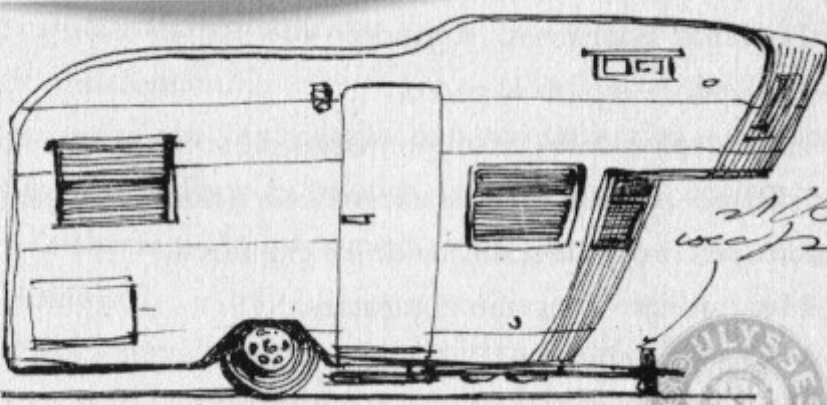


*Amplista  
Por  
peccati -  
n/a*

CAPÍTULO  
**3**  
COSAS  
QUE SE CAEN  
A PEDAZOS

*en sus días  
por sus  
no eran  
días*

EN EL QUE HAY PADRES QUE ESCUCHAN A SUS HIJOS  
Y OTROS QUE NO, Y UN MUCHACHO QUE, AL NO HABERLOS  
TENIDO NUNCA, DEBE IMPROVISAR.



*Algun  
wca p...*

*Odio  
dear y le...*



—¿Se puede? —preguntó la madre de Murray. Entró en la caravana destartada y miró a su alrededor.

Los chicos estaban al fondo. También estaba el padre de Shane, el señor Waitling. Y, sentado delante del ordenador, el capataz que la había llamado.

—Mucho gusto, señora Clarke —saludó. Había que agachar un poco la cabeza porque el techo de la caravana era muy bajo—. Lamento haberla hecho venir hasta aquí, pero...

Se ahorraron las formalidades. Las caras de Murray y Shane hablaban por sí solas. Y lo que no contaban podía verse por las pantallas de seguridad, en blanco y negro, que habían grabado su irrupción en el edificio del profesor Galippi.

La señora Clarke miró a su hijo, que no le devolvió la mirada, y abrió los brazos.

—¿Se puede saber por qué lo habéis hecho?

—Responde, Shane —dijo el señor Waitling a su hijo.

Shane miró de reojo a su amigo, como si buscara su aprobación, luego admitió con un hilo de voz:

—Lo siento. Estábamos... jugando.

—¿Jugando? —repitió su padre.

—A los exploradores. Solo queríamos echar un vistazo —murmuró Shane—. Hemos visto las excavadoras y nos hemos parado a mirarlas, pero no sabíamos nada de los explosivos.

—Hay carteles —intervino el capataz.

—No hay ningún cartel... —murmuró Shane.

—Este señor dice que sí —lo reprendió su padre.

Shane se encogió de hombros.

—Pues no los hemos visto —susurró.

El señor Waitling asintió sin añadir nada más. Miró al capataz y le preguntó:

—¿Qué van a hacer con ellos?

El hombre se apoyó en el respaldo de la butaca.

—Para nosotros solo hay dos opciones. La primera es llamar a la policía...

La señora Clarke cerró los ojos.

—¡Nada menos! —dijo el señor Waitling—. En realidad no ha pasado nada. Yo también trabajé en la construcción, ¿sabe? Antes de equivocarme y... acabar de obrero en la fábrica.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Dónde?

—En Cork, en la empresa Ashmolean & Pitt.

—La conozco muy bien. Una gran empresa.

—Sí —dijo el señor Waitling frotándose las manos. Luego esbozó una sonrisa—. Siempre ha habido mocosos merodeando por las obras, nos ha pasado a todos...

El capataz también sonrió.

—Es verdad, pero...

—Es normal que los chiquillos se paren a mirar las excavadoras. En el fondo nos llena de orgullo. Además, no iré a decirme que usted, de chaval, no lo hizo nunca.

—Hummm...

—¿No ha entrado nunca en una obra a escondidas?

—Nunca en una en que pudiera hacer saltar una carga explosiva.

—Eso habría sido muy difícil —murmuró entonces Shane—. No he visto la caja detenidamente, pero creo que tenía un mando a distancia con radiofrecuencia, con un temporizador calibrado al milésimo de segundo para que las cargas vayan explotando en sucesión.

Los dos hombres se miraron con admiración.

—¿Entiende ahora de qué le hablo? —aprovechó para decir el señor Waitling—. No se trata de una incursión improvisada. Es una auténtica pasión.

El capataz se meció en la butaca, perplejo.

—Han sido unos inconscientes —precisó.

—Mucho —admitió el padre de Shane—. Pero, créame, la señora Clarke y yo tomaremos medidas. —El hombre titubeó—. ¿Está usted casado, señor...? —preguntó el señor Waitling.

—Desde hace quince años.

—¿Tiene hijos?

El capataz asintió.

—Si cometiesen un error, ¿qué preferiría? ¿Reprenderlos usted mismo o que la policía pusiese a sus hijos en manos de los asistentes sociales, y quizá de psicólogos, que empezasen a hacer preguntas acerca de usted y de su mujer? ¿Qué haría si su mujer se hubiese marchado y usted procurase educarlos solo, con un sueldo insuficiente y un trabajo precario, como en mi caso?

—Señor Waitling, yo...

—Hay una pista de coches ahí dentro —dijo entonces Murray. Todos se volvieron hacia él. Se apartó el flequillo de los ojos y repitió—: En la entrada del edificio está la pista de coches más grande del mundo, diez veces más grande que esta caravana. Lo sé porque en este bloque vivía un profesor mío. La verdad es que sería una verdadera pena que la destruyesen. Ese es el motivo por el cual Shane y yo hemos entrado: averiguar si la habían puesto a salvo o no.

Los tres adultos se miraron entre sí.

—¿Está ahí, de verdad? —preguntó el señor Waitling.

—Ni hablar —dijo el capataz negando con la cabeza—. Mañana o pasado, como máximo, tenemos que derribar el edificio.

—Pero ¿existe o no esa pista de coches? —insistió el señor Waitling.

—¿Cuál es la segunda opción? —preguntó la señora Clarke.

«Salir pitando.»

Eso pensó Mina al volver a casa. Nadie hubiera dicho que un momento antes de abrir la puerta estaba muy contenta. Llevaba en las manos el último examen de matemáticas, con la nota más alta de la clase. Por el camino se imaginaba que entraba en casa, dejaba la cartera e iba al comedor, daba un beso a su abuela y le decía: «Soy la primera de la clase».

Y entonces, como en las películas indias que le gustaban a su abuela, su familia se ponía a bailar bajo una lluvia de pétalos de rosa y le ofrecía manjares exquisitos. ¡La primera de la clase! Había soñado —¡y menudo sueño!— que su padre daba las gracias a Brahma, Shiva y Visnú por tener una hija tan inteligente.

Sin embargo, cuando abrió la puerta, advirtió una especie de flujo de aire negativo. Como en sus fantasías, cruzó el pasillo y besó a su abuela, que le susurró en dialecto hindi:

—No digas nada. Tu padre está muy triste.

Pero Mina no le hizo caso.

—¿Por qué tenéis esas caras tan largas? —dijo un momento antes de que se le cayera el alma a los pies.

Su madre la miró con ojos suplicantes, y su padre empezó a quejarse por enésima vez porque no lo habían trasladado a la multinacional informática de quién sabe dónde. Como si, en el fondo, su familia fuera la culpable.

Para Mina fue la gota que colmó el vaso.

«Salir pitando», pensó.

—¡Basta! —exclamó sin oír una palabra más. La casa se sumergió en un silencio absoluto. De película. Mina tiró el examen encima de la mesa y dijo —: He sacado un diez en matemáticas, por si a alguien le interesa. Soy la primera de la clase. ¡Y la que se traslada lejos de esta familia soy yo!

Y se dirigió hacia la puerta.

Oyó a sus espaldas un estruendo de platos y cubiertos arrojados al suelo, pero no se detuvo.

—¡MINA! —gritó su padre.

—¡Cállate de una vez! —dijo su madre. Mina sonrió, pero siguió adelante —. Mina, tesoro... —oyó decir a su madre.

—Pero ¿qué he dicho yo para que se ponga así? —volvió a decir su padre.

Pero Mina alcanzó la puerta y la abrió de par en par con manos temblorosas; salió y no paró de correr hasta que llegó a la biblioteca.

No se le escapó ni una lágrima.

Ni siquiera jadeaba.

—Una barcaza de ocho metros, ¿no? —repitió el empleado de la capitania de puerto—. Con tres ordenadores a bordo.

—Sí, un viejo remolcador —respondió Connor, sentado frente a él con las piernas cruzadas.

—Y era tu casa.

—Exacto. Lo tenía atracado en el río, un poco más arriba de la universidad. —El muchacho señaló el lugar exacto en el mapa de la ciudad que colgaba de la pared—. Además de los ordenadores está mi ropa, mis enseres, mis libros, todo eso. ¿Tengo que hacer una lista detallada para la denuncia?

—Enseres, libros, ropa... —escribió el empleado.

—También hay un pequeño huerto encima del techo. Con paneles solares, calentador... y un sistema de riego automático que debería funcionar todavía... si el depósito no se ha agotado.

El hombre levantó los ojos del papel.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—No le estoy tomando el pelo, ¿por qué iba a hacerlo? El *Ítaca* era mi casa. Puede comprobarlo, todavía tengo los documentos.

Le tendió unos papeles; el empleado les echó un vistazo.

—Y dices que lo perdiste en el mar.

—Así es —respondió Connor—. Quizá alguien lo ha visto cerca de la costa. Puede ocurrir que alguien se tope con un barco abandonado, ¿no?

El funcionario se llevó el boli a la boca y chupó el tapón.

—Son cosas que pasan..., pero lo que me gustaría saber es cómo se puede perder un remolcador. ¿Has dado una de esas... fiestas?

—Ya se lo he dicho. Me vi obligado a abandonarlo. Fue muy difícil para mí, créame.

El empleado volvió a comprobar la denuncia.

—Por culpa de esa isla de... basura flotante que nadie ha mencionado jamás en la historia de este puerto.

—Además de la historia existen las leyendas, señor —puntualizó Connor—. Creo que me topé con una.

El funcionario asintió, pensativo.

—Como la del kraken o el *Nautilus*.

—Me refería a esa clase de leyendas, sí.

—De acuerdo —dijo el hombre, comprensivo—. Si tenemos noticias de tu remolcador te avisaremos. Dame tu número de teléfono.

—Prefiero pasar de vez en cuando a preguntar, señor. No tengo mucha cobertura en mi nueva... chalupa. Muchas gracias. Confío en que lo encuentren.

—Una isla de basura flotante... —murmuró el hombre.

Connor se puso de pie.

—Nunca se puede saber lo que oculta el mar, señor.

—Eso cuéntaselo a tu madre, chico.

—Me encantaría, señor —respondió Connor mirándolo con dureza—, pero soy huérfano.

El empleado de la capitanía encajó el golpe. Le apretó la mano con franqueza.

—Lo siento. No lo sabía.

—No se preocupe, no podía saberlo.

—Este hecho cambia la situación por completo.

—¿Y eso?

—Por lo general, los huérfanos no tienen tiempo de inventarse historias fantásticas —concluyó el hombre mientras se despedía de él.

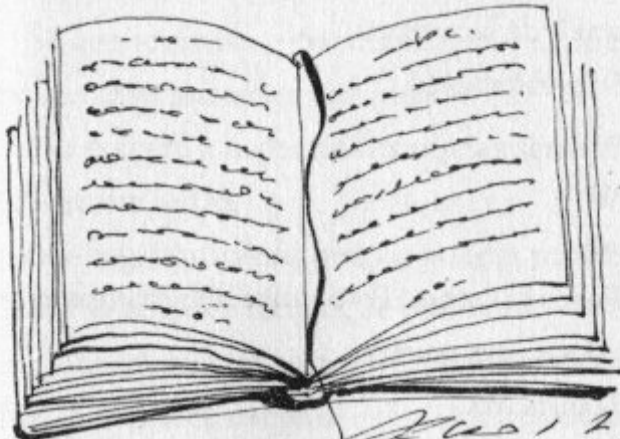


*Handwritten text in cursive script, partially obscured by the chapter box.*

*Handwritten text in cursive script, partially obscured by the chapter box.*

CAPÍTULO  
**4**  
LOS  
DIÁLOGOS

EN EL QUE SE APRENDE LO QUE ES APROPIADO DECIR EN CADA CIRCUNSTANCIA, INCLUSO EN LA BAÑERA, LA BIBLIOTECA O DURANTE UNA CONVERSACIÓN CON EL CHICO DE LA PIZZA.



*Handwritten signature and initials.*

*Handwritten text at the bottom of the page.*



**M**urray llamó a la puerta del baño con delicadeza. Al no obtener respuesta, la entreabrió.

Su madre estaba en la bañera, sumergida en el agua caliente y envuelta en una nube de vapor. Tenía los ojos cerrados, como si le costase mucho trabajo mantenerlos abiertos.

Murray entró y se sentó en el suelo, a su lado. Las montañas de espuma siempre le habían recordado la silueta de islas lejanas.

—Lo siento... —dijo al cabo de un rato.

—No se lo contaré a tu padre —respondió como si fuese la conclusión de otros muchos pensamientos.

—De todas formas, hace meses que no le cuentas nada —murmuró.

Su madre se movió bajo el agua y se volvió para mirarlo.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le preguntó muy despacio.

Murray no quería decirle que había visitado a su padre en la cárcel y tampoco que le había llevado sus cuentos para que los leyera.

—Nunca hablas de él.

Ella volvió a moverse entre la espuma. El vapor se elevó lentamente hasta los cristales de la ventana.

—¡Oh, Murray! Solo faltabas tú...

—¿Solo faltaba yo?

—¡No seas testarudo!

—¡No soy testarudo!

—Sí que lo eres. Todos lo somos. Pero quizá deberíamos aprender a dejar pasar las cosas, ¿no crees?

—Si te refieres a la pista, yo...

—No me estoy refiriendo a la pista —respondió su madre—. Me refiero a que cuando tu padre salga de la cárcel no sabré cómo decirle que su hijo ha saltado por los aires en un edificio en ruinas, ¿no crees?

Murray sonrió, tranquilizado por el humorismo cínico de su madre.

—¿Cuándo sale?

—Si el abogado logra convencer al juez, dentro de un mes. Si no, dentro de cuatro.

—¿Por qué no vas nunca a verlo?

—Porque tu padre me hizo jurar que no iría. Que nunca lo vería detrás de los barrotes.

—Deberías ir de todas formas.

Su madre sonrió débilmente.

—He estado a punto de hacerlo muchas veces. Yo también lo echo de menos, ¿sabes? Sobre todo cuando me haces esta clase de jugarretas...

—Lo siento.

—Sé que lo sientes. —Sacó una mano de la bañera y le revolvió el pelo—. ¿Me prometes una cosa?

—No volveré a hacer una estupidez semejante.

Su madre se rió.

—No hagas promesas que no puedes mantener.

—Entonces ¿qué tengo que prometer?

—¡Que en cuanto salga de la bañera tú también te darás un baño! ¡Sin poner excusas! —dijo advirtiéndole con el dedo cubierto de espuma—. No sé dónde os habéis metido tu amigo y tú, pero no tengo intención de permitir que me apestes la casa con ese olor, ¿estamos?

Mina se refugió en las palabras, que, como siempre, la salvaron. Pasó toda la tarde leyendo las hazañas de un joven mago perseguido por su sombra hasta un archipiélago de islas y mares desconocidos.<sup>[3]</sup> Gracias a las fantásticas aventuras que contaba ese libro, logró dejar de pensar en su casa. Su corazón, reconfortado y palpitante de felicidad, se emocionaba sorprendido por cada peripecia del protagonista.

En la biblioteca, las horas volaron rápidas como golondrinas, migrando del día a la noche. Encendieron las luces, y los escasos ruidos que normalmente se oían en la salita donde leía habitualmente desaparecieron por completo. Durante un tiempo interminable, Mina se quedó en compañía de sí misma, en un estado de total felicidad.

Pensó sin pensar —ese debía de ser el gran misterio de los libros— en lo emocionante que había sido la aventura que vivió con Murray, Connor, Shane y el profesor Galippi en el mar. En lo que habían descubierto, un secreto que no le habían contado a nadie, ni siquiera a los hermanos Brady, con los que habían compartido el principio de la aventura.

La *Metis*, la nave mágica que repararon todos juntos, el viaje a través de la corriente Azul, la Barrera de las Ballenas Jorobadas, la isla Flotante y el Círculo de la Niebla se confundieron con las islas de costas abruptas del libro que estaba leyendo; y las personas que conoció en Kilmore Cove —la señora Moore y el joven capitán Rick Banner— se convirtieron en sus personajes. Sus pensamientos jugaron con esa mezcla de realidad y fantasía, maniobrando entre los magos de la novela y las naves de la Compañía de las Indias

Imaginarias que patrullaban el mar fuera de las aguas costeras de Kilmore Cove, manteniéndola aislada.

Y entonces...

—Señorita —dijo una voz, sobresaltándola.

Por un instante, a Mina le pareció que el chico que estaba de pie frente ella era Rick Banner, el capitán del *Némesis*. Se sintió fuera de lugar, o quizá fuera del tiempo. Un segundo después, relojes, luces y personas volvieron a ocupar su lugar.

Mina reconoció el rostro del muchacho, el pelo rizado y la nariz larga y puntiaguda: era el empleado de la biblioteca.

—Vamos a cerrar —le dijo.

Mina alejó el libro como si la hubieran sorprendido haciendo algo terrible y se puso de pie.

—Perdone... —murmuró torpemente.

—No hay nada que perdonar... Soy yo quien lamenta decirle que estamos a punto de cerrar.

«Qué amable por su parte tratarme de usted», pensó Mina. ¿Siempre lo había hecho?

No se acordaba.

Se pasó una mano por el pelo, nerviosa de repente.

—No me había dado cuenta de la hora.

—A mí también me ocurre. —Sonrió. Señalando el libro, añadió—: Lléveselo.

—No, no lo he...

—Lo registraré yo mañana por la mañana.

Se encaminaron a la salida.

Mina se detuvo frente a la puerta giratoria y un momento antes de empujarla le preguntó cómo se llamaba.

—Me llamo Matthew.

Se dieron la mano.

Luego Mina salió, feliz y confundida, sin haber pronunciado una palabra más. Sin decirle su nombre siquiera.

Pero con la estúpida idea de que él ya lo sabía.

El chico que repartía las pizzas a domicilio no dejaba de mirarla ni un segundo.

La *Metis* se balanceaba suavemente en la orilla del río, protegida por las largas ramas de los robles seculares.

—¡Uau! —dijo como mínimo diez veces seguidas mientras Connor buscaba el dinero en la billetera—. Esta es la entrega más chula que he hecho. Aunque se me haya calado la moto...

—Empújala un poco y arrancará, ya lo verás —respondió Connor dejando caer en su mano la última moneda.

—¿Es un velero?

—Es un *drakkar*. Un barco vikingo —dijo Connor—. Muy modificado. Un ejemplar único, diría. Flancos mucho más altos, bordas, chumaceras reforzadas y algo de bodega, de lo contrario no habría sitio para dormir.

El chico se guardó las monedas en el bolsillo sin mirarlas.

—Porque tú duermes ahí dentro...

—Sí.

—Increíble. —Se puso el casco, pero no hizo ademán de marcharse—. Y, ¿de qué vives?, quiero decir... —Se subió la visera para que Connor pudiese oírlo—. ¿En qué trabajas?

—Programaba videojuegos.

—¿Hablas en serio?

—Sí, pero ahora me he tomado un descanso. Digamos que tengo cosas que hacer en los próximos días. Un traslado... Esa clase de cosas.

—¿Y la luz, el teléfono, el baño? ¿Cómo te las arreglas?

—Velas, llamo desde la cabina de la universidad y... el bosque. Y cuando lo necesito me ducho en casa de amigos. —Connor agarró la escalera de cuerda que colgaba de la amurada del barco e hizo ademán de subir al puente—. ¿Quieres verla?

—¿Cómo? ¡Ah! No, gracias. —El chico sacudió el casco y se bajó la visera—. Si no vuelvo dentro de cinco minutos a la pizzería, me despedirán. Pero deja que te diga algo, colega... ¡Esto es genial!

Connor rió mientras el muchacho empujaba la moto a lo largo del río, hasta que logró ponerla en marcha.

—Llamas la atención, ¿eh? —murmuró acariciando el casco susurrante de la *Metis*. Luego se apoyó en el timón, miró las estrellas que salpicaban el cielo nocturno y pensó en los quehaceres del día siguiente.

—A tu salud, Murray —sonrió, hincando el diente a la pizza.



CAPÍTULO

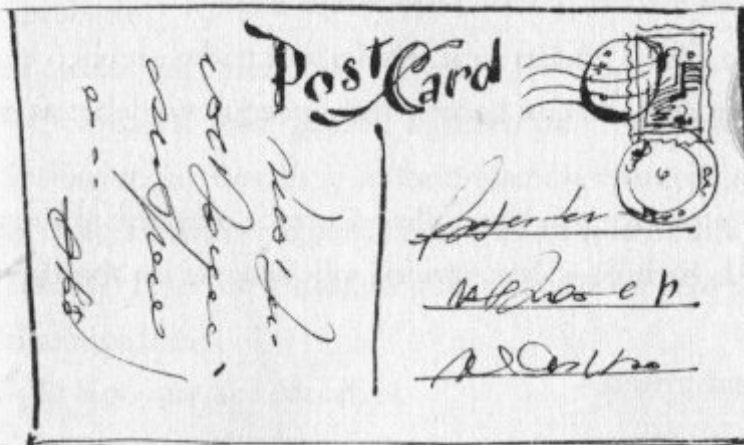
5

LAS  
SORPRESAS

*Para un viaje  
por las  
pauca*

*que, desde  
de Jene...*

EN EL QUE UN CAMIÓN, LAS TUBERÍAS DEL AGUA O UN CARTERO  
QUE NO DEJA HUELLAS TRANSPORTAN, DE CUANDO EN CUANDO  
ALGUNAS NOVEDADES FUNDAMENTALES.



*Dear Mr  
Red...*

— **O**s doy un día para que desmontéis lo que tengáis que desmontar — dijo el capataz de la Cyclops entregando a Connor y a Shane dos cascos de obra— y lo carguéis allí. —Señaló un camión a cuyo lado había dos hombres que parecían gigantes—. David y Jacob tienen el día libre, pero han decidido echaros una mano. Puede que yo también os ayude un poco más tarde.

Por lo visto, la noticia de la incursión de Murray y Shane para salvar la pista de coches más grande del mundo había llegado rápidamente a oídos de los operarios, y había enternecido a muchos de aquellos hombres rudos que recordaron su niñez.

—¿Dónde está el tercero del grupo, Clarke? —preguntó el capataz.

—En la escuela —respondió Connor—. Se unirá a nosotros en cuanto suene el timbre.

—Seguramente preferiría estar aquí, currando —añadió Shane poniéndose el casco.

—Ah, no lo dudo —respondió el capataz de la Cyclops.

—De todas formas, gracias, señor —dijo Shane.

—No me des las gracias a mí, dáselas a tu padre —replicó el capataz—. Y ten cuidado con hacerte daño porque no deberías estar aquí.

—No se preocupe —lo tranquilizó Connor mientras se ataba el casco bajo la barbilla—. Shane podría salir ileso de un abordaje en alta mar.

El capataz gruñó.

Los gigantes se acercaron a estrecharles la mano.

—¿Todo el mundo listo para rescatar la pista del vientre de la ballena? —bromearon.

—¡Cómo no! —rió Connor.

—Ya sabéis donde vamos a descargarla, ¿verdad?

—Sí, sí —respondió Connor—. Unos amigos nuestros disponen de mucho espacio.

—Naturalmente, en cuanto esté montada otra vez, estáis todos invitados.

—Eh, hermano —dijo esa tarde uno de los Brady quitándose los cascos.

—¿Qué pasa? —respondió el otro.

Tenía entre las manos un mando para videojuegos y pulsaba furiosamente la tecla «A».

—¿Has oído eso?

—No.

—¿Me oyes? —Se interpuso entre su hermano y la pantalla para comprobarlo.

El otro se puso nervioso.

—¡Qué haces! ¡No! ¡Estaba a punto de...! —Se oyó una gran explosión en la pantalla y a continuación apareció el mensaje GAME OVER. El chico arrojó el mando sobre la alfombra y se quitó los cascos—. Pero ¿eres idiota o qué? ¡Faltaba un pelo para entrar en el asteroide X!

—¡Te digo que he oído algo!

—¡Y qué!

—Parecía un coche. ¡Un coche de gran cilindrada! ¿Lo oyes?

—Serán nuestros padres.

—Hoy no están. Vuelven mañana. Nos prepara la cena la cocinera. Y más tarde pasará el tío Brady a ver el partido con nosotros, para asegurarse de que no salgamos.

—Genial.

—¿Qué es genial?

—El partido. Además el tío Brady me deja probar la cerveza de vez en cuando.

Pero el ruido no cesaba. Y cada vez era más ensordecedor. Toda la habitación vibraba. Era de un tractor o de un camión muy grande. Se asomaron a la ventana. Y eso era precisamente, un camión enorme.

—¡Es Connor! —exclamó uno de los hermanos Brady.

—¿Connor? ¿Qué hace aquí? ¡Hace días que no se deja ver! Teníamos que empezar el nuevo episodio de *Eve*. ¡Y lo esperaba para completar *Assassin Guild*!

—De todas formas es él. Y también están Shane y Murray.

—¡Mala hierba nunca muere! ¿Crees que han vuelto de la excursión en barco?

—Evidentemente, sí. Además están cubiertos de polvo de pies a cabeza.

—Sí, están hasta arriba.

—Si los dejamos entrar en casa así, mamá nos matará. Y el tío Brady también.

—No parece que quieran entrar.

—Entonces ¿qué quieren?

Los hermanos saludaron a sus amigos desde la ventana.

—Eh, ¡qué alegría volver a veros! ¿Cómo estáis?

Connor les explicó a qué habían venido.

No podían creérselo. Era genial.

Cerraron la ventana, felices.

—¡Una pista de coches para poner en el garaje!

—¡Uau!

Los hermanos se miraron.

—Murray dice que es muy grande.

—¡Cuanto más grande mejor! —Uno de los hermanos salió corriendo de la habitación—. ¡Vamos a verla!

—¡Hermano! —lo llamó el otro.

—¿Qué pasa?

—Si vamos a verla ahora... —le susurró—, tendremos que ayudar a descargarla.

Su hermano se quedó inmóvil en lo alto de la escalera.

—¡Ah! —dijo.

—Pero si fingimos tener cosas que hacer, cosas importantes...

—Ajá. Astuto. Lo harán todo ellos.

—Ahora me escuchas, ¿eh? Intentemos llegar de nuevo al asteroide X y veamos esa pista más tarde, ¿vale?

—Vale —asintió el hermano.

Y volvió a coger el mando.

Murray ya no se sentía ni los brazos ni las manos. Subió la escalera como un fantasma, cubierto de polvo de pies a cabeza, y se metió en la bañera sin pronunciar una sola palabra. Abrió al máximo el chorro de agua caliente y esperó a que le llegase hasta la barbilla.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó su madre desde la planta baja.

—¡Nos la hemos llevado!

Trabajaron como negros, los seis. Incluido el capataz. Desmontaron la pista del profesor Galippi pieza por pieza, las catalogaron, asignando un número a cada una de ellas, cargaron todo en el camión y lo descargaron en casa de los Brady.

Al poner la mano bajo el chorro de agua, Murray rió recordando las caras de los gemelos Brady. Se pusieron blancos cuando vieron su garaje invadido por piezas rectilíneas y peraltes.

—¿Qué les diremos a nuestros padres? —preguntaron, balbucientes.

—Que no os dejen solos durante tanto tiempo nunca más —respondió Connor.



Murray se deslizó en la bañera, completamente agotado. Escuchó el goteo del agua, el rumor de la cocina y el crujir de la vieja casa.

Estaba satisfecho.

Y se sentía feliz.

La bañera de su casa era muy grande. A sus padres les gustaba bañarse, era el único lujo que se permitían. Murray se abandonó al calor reparador y sumergió la cabeza en el agua. Escuchó el rumor de su cuerpo dentro de la bañera. Era curioso el modo en que resbalaba sobre el esmalte. Y aquella resonancia que recordaba haber oído desde cuando, muy niño, se bañaba con su padre.

Sumergir la cabeza en el agua era bonito y misterioso.

Se tranquilizó inmediatamente y dejó que su cuerpo flotase, tranquilo.

El rumor del mar.

Después, un instante antes de incorporarse, oyó una voz, a lo lejos.

—¡Be-e-llin-gham!

—¡Be-e-llin-gham!

Sacó la cabeza de golpe y respiró con la boca abierta. ¿Había alguien detrás de la puerta? ¿Su madre había encendido la tele?

Estaba solo, dentro de la bañera. En el baño de su casa.

—¿Mamá?

Solo.

En su baño.

Murray miró la superficie oleosa del agua, pero no se reflejó en ella.

«Qué cosa más rara», se dijo.

Apoyó las manos en el fondo de la bañera y se incorporó. Después, lentamente, se sumergió de nuevo. El sonido sordo del mar era todo que lo oía.

Una resonancia lenta, llena de ecos, y después, al final, cuando ya casi no le quedaba aire, otra vez la misma voz.

—¡Be-e-llin-gham!

Murray se impuso permanecer bajo el agua.

—¡Las cadenas! —dijo de nuevo la voz.

—¡Zerzura!

—¡Ze-e-rzuraa!

Después Murray ya no logró oír nada más.

Salió del agua tosiendo, asustado.

—Murray, ¿te pasa algo? —preguntó su madre asomándose por la escalera—. ¿Hay un tiburón en la bañera?

—¡Nada, mamá!

Volvió a toser, salpicando el suelo del baño. Se envolvió en una toalla y se frotó el pelo, temblando de asombro.

Bajó la escalera, pálido.

—¿Conocemos a alguien que se apellide Bellingham, mamá? —preguntó sentándose a la mesa.

—No, creo que no —respondió ella—. ¿Por qué?

—¿Y... Zerzura?

Su madre le sirvió un muslo de pollo con pimientos.

—¿Dónde has oído esos nombres?

—No me creerías nunca —respondió Murray mientras se abalanzaba sobre el plato.

Al día siguiente, en la escuela, Murray salió corriendo al encuentro de Mina.

—¡No te lo vas a creer! —exclamaron los dos a la vez. Después se echaron a reír.

—Dime.

—No, ¡tú primero!

A Murray le temblaban las manos.

—He oído voces. En la bañera. —Mina se echó a reír otra vez—. ¡De verdad! ¡Te lo juro!

—¿Y qué decían?

—«Bellingham» —respondió Murray—. Y algo así como «cadenas»... y al final, «Zerzura».

Mina hizo una mueca.

—Pues vaya... ¿Qué tal fue con la pista?

—No me crees.

—No es que no te crea... —Se encaminaron juntos hacia la entrada de la escuela, saludando de cuando en cuando a los compañeros—. Es que a mí me ha llegado esto... —murmuró Mina. Le pasó algo furtivamente, para que nadie se diese cuenta.

Era la postal, en blanco y negro, de un pueblecito costero a los pies de un abrupto acantilado.

—Kilmore Cove... —murmuró el chico reconociendo al instante el pueblecito donde la *Metis* los condujo. Le dio la vuelta. Estaba dirigida a Mina y contenía un lacónico mensaje:

Querida amiga:

El capitán Banner y el profesor Galippi han desaparecido. Necesitamos vuestra ayuda.

PENELOPE  
y los últimos rebeldes de Kilmore Cove

—Ostras... —exclamó Murray—. ¿Cómo te ha llegado?

—Esta mañana me la he encontrado en el suelo de casa —respondió Mina

—. Un cartero nocturno, quizá.

—Nos dijeron que en caso de necesidad nos enviarían una.

—Yo he pensado lo mismo —murmuró Mina. Dieron unos pasos, dudosos. La postal de Kilmore Cove dejaba en segundo plano la historia de las voces que Murray había creído oír en la bañera—. Tenemos que decírselo inmediatamente a los demás.

—No me he fijado, ¿tiene sello? —preguntó Murray mientras cruzaban el patio de la escuela.

—¿Qué cambiaría?

—Es que me preguntaba si en Kilmore Cove tienen sellos...

—¿Por qué no deberían tener sellos en Kilmore Cove?

—Bueno, es que...

Mina apretó los libros que llevaba en las manos contra su pecho.

—¡Murray! —exclamó al cabo de unos segundos—. ¡Estoy flipando!

—¿Crees que Kilmore Cove existe... de verdad?

Mina se echó a reír por tercera vez.

—¡Oh, Murray! Pero ¿cómo puedes hacerme una pregunta semejante?

Él también rió. Se desgredó el pelo.

—¡No lo sé! Pero... ¿no te parece un poco extraño?

—Murray, ¡fuiste precisamente tú quien nos convenció para partir! Navegamos escoltados por las ballenas, superamos la prueba de la isla de basura, atravesamos una muralla de niebla, embestimos un barco... para llegar a Kilmore Cove. Y ahora... ahora... ¿te preguntas si existe de verdad?

—El profesor Galippi ha desaparecido... —dijo Murray en voz baja—. Necesitan ayuda.

—¡Nosotros también la vamos a necesitar si no nos presentamos en clase dentro de diez segundos!

Cuando los vio llegar caminando por la margen del río, Connor supo que había llegado el momento de partir otra vez.

Si bien el río fluía lentamente y el viento apenas ondulaba su superficie, la *Metis* se había estado agitando durante toda la noche. Tiraba de las amarras como un caballo tira de las riendas.

—¿Sabéis algo de los Brady? —preguntó Murray.

—No han dado señales de vida —respondió Connor.

—¿Qué pasa con los Brady? —quiso saber Mina.

—Cosas de hombres —respondió Connor sabiendo que se iba a enfadar.

Mina hizo una mueca y le dio la postal.

Connor asintió. Hacía tiempo que esperaba ese momento. Había hojeado todas las noches el *Portulano Azul* y procurado aprenderse de memoria las corrientes marinas que desembocaban en los lugares imaginarios. Y también había revivido cientos de veces cada detalle del primer viaje y de la estancia en el lugar que descubrieron más allá del mar.

—¿Qué pensáis hacer? —les preguntó a los dos muchachos.

—Veníamos a consultártelo.

El joven programador se encogió de hombros.

—Por lo que a mí respecta, cuanto antes partamos, mejor. Ahora mismo, si queréis.

—Falta Shane.

—Yo ahora no puedo... —dijo Mina—. No puedo hasta el sábado.

—A mí me va bien el sábado —dijo Murray.

—Así tendremos tiempo de hacer la compra —añadió Connor.

—Pero Shane no va a estar... —murmuró Murray.

Connor hizo una mueca.

—¿Queréis decirme de una vez de qué estáis hablando? —preguntó entonces Mina, exasperada.

—Shane y su padre se han... reconciliado —explicó Connor—. Han ido a pescar juntos.

Mina arqueó las cejas.

—Ha sido idea de Shane —añadió Murray—. Su padre y él iban a menudo antes de que..., bueno, antes de que su familia se fuera al traste.

—Se llama separación, Murray —puntualizó Mina—. Y es algo bastante común hoy en día.

—Cuando acabéis de hablar de ciencia ficción, aquí me tenéis... —los interrumpió Connor—. Tengo la impresión de que somos pocos para acudir en ayuda de los rebeldes.

—Las reglas del libro de Ulysses Moore dicen que bastan dos compañeros de viaje para zarpar... —recordó Murray.

—¿Se lo pedimos a los Brady?

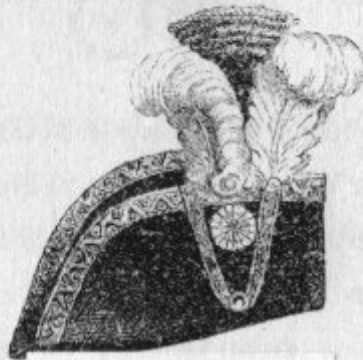
—Preferiría llevar a mi abuela —replicó Mina, horrorizada—. Por lo menos sabe cocinar.

Permanecieron en silencio durante un rato, meditabundos.

—¿Adónde han ido a pescar? —preguntó al final Connor, poniéndose de pie.

Apoyó una mano sobre el casco de la *Metis* y sintió que vibraba despacio bajo sus dedos como un animal ronroneando. O como si le hablase en una lengua secreta.

La nave de Ulysses Moore tenía ganas de hacerse a la mar.



CAPÍTULO

**6**

LOS  
MISTERIOS  
DEL AGUA

*Para un buen pescador el sedal más largo es irresistible.*

EN EL QUE SE CONFIRMAN LOS ENCANTOS DE LA ACAMPADA  
Y TAMBIÉN QUE PARA UN BUEN PESCADOR  
EL SEDAL MÁS LARGO ES IRRESISTIBLE.



— **P**ero ¿cómo de grande, exactamente? —preguntó el señor Waitling a su hijo mientras pescaban el uno junto al otro en medio de la corriente del río.

El agua lamía sus botas altas y las mantenía apretadas contra los pantalones. Ambos tenían las cañas de pescar levantadas y, de cuando en cuando, tiraban suavemente del sedal en tensión para evitar que el penacho de la mosca artificial desapareciese bajo la superficie del agua.

—Ocupa todo el garaje de los Brady, papi —respondió Shane sin pensar.

—Increíble.

—Habría que construir una casa aposta para volver a montarla tal y como era.

—Ya —rumió el señor Waitling dando un tirón del sedal. Luego permaneció casi diez minutos en silencio—. ¿Cuántos carriles dices que tiene?

—Seis.

El señor Waitling tiró de la caña.

—¿Seis carriles? —Luego soltó una palabrota que hizo sentir a Shane un recién llegado al mundo adulto—. ¡Cuando era un chaval habría dado cualquier cosa por una de seis carriles! Sin embargo, ¡mira a quién he acabado dándoselo todo!

—Con curvas peraltadas, papi.

—Ya.

—Y puentes elevados.

—Y puentes.

—Y túneles excavados en las paredes. Bueno, esos no hemos podido llevárnoslos, claro...

—¡Basta ya, hijo mío! Ten piedad de tu pobre padre.

Shane rió.

—El capataz te manda recuerdos.

—Ah.

—Dice que deberíais hablar uno de estos días.

—¿Para qué?

—No lo sé. Quizá para poneros de acuerdo acerca de dónde volver a montar la pista.

El señor Waitling sonrió maliciosamente, luego hizo un lanzado largo sobre la corriente. Por su expresión, Shane se imaginó lo que estaba pensando. «Puede que necesiten un albañil con experiencia y quieran ofrecirme un trabajo, pero ¿todavía seré capaz, a mi edad?»

Shane permaneció en silencio a su lado y siguió pescando. Si hubiera sabido que bastaba introducirse ilegalmente en unas obras para reconciliarse con su padre y sentirlo tan cercano, lo habría hecho mucho antes.

«Gracias, Murray», pensó.

Ante ellos, el río se ensanchaba formando un amplio delta salpicado de cañas que ondulaban suavemente al viento.

—Hubiera sido una injusticia hacer saltar por los aires una pista así... — murmuró el chico una vez más.

—Si nos diesen un penique por cada cosa injusta que pasa en el mundo, hijo... ¿Picamos algo? ¿Qué te parece?

Shane estaba de acuerdo. Rebobinó el sedal y se dirigió hacia la orilla. Recorrió una amplia curva en el agua para inspeccionar las dos redes para gambas que había colocado en un embudo donde la corriente era más baja y, al verlas vacías, se encaminó por el sotobosque hacia las tiendas.

Las habían plantado en la parte más frondosa, siguiendo las normas del manual de tramperos, lejos de la carretera y de cualquier otra molesta señal de civilización. A excepción de una pequeña radio, a la que su padre llamaba La Inmortal porque no recordaba haberle cambiado las pilas jamás y porque captaba estaciones que parecían reproducir el murmullo del más allá, no se habían concedido ninguna otra modernidad. Habían llevado un libro para cada uno, latas de comida por si no pescaban ni un lucio, el equipo indispensable para pescar, cuchillos de caza y monte y patatas para asar a la brasa. Era como volver a la época en que el padre de Shane trabajaba en la fábrica y su madre todavía no se había fugado con el jefe del videoclub.

Aquellos días habían transcurrido con los relojes colgados de una rama, como puestos a tender; ellos seguían únicamente el ritmo de su apetito. Y aquel sábado por la mañana tampoco necesitaban nada más.

Su padre caminaba delante de él como un oso, con la misma misteriosa parsimonia; en el trayecto, bajo los árboles, pensaron que picar algo no bastaría, y cuando llegaron al campamento ya tenían pensado asar tres o cuatro pescados que habían mordido el anzuelo al amanecer, el momento ideal para pescar.

El padre encendería el fuego y a Shane le tocaría limpiar el pescado.

—Echa las tripas en las redes de las gambas —le dijo el señor Waitling guiñándole un ojo—. Ya verás, esta noche haremos una parrillada como Dios manda. ¿Hemos traído limón?

El limón forma parte del equipo indispensable de un pescador.

—Sí, señor —respondió Shane, encaminándose hacia el río.



A mitad de camino oyó un extraño chapoteo. Shane tenía las manos ocupadas y estaba incómodo, así que se apresuró, pues creía que algún animal había quedado atrapado en las redes de las gambas. Ya había pasado otras veces.

Pero en cuanto desembocó en la orilla pedregosa, descubrió que el ruido procedía de algo muy diferente. Una gran sombra negra se cernía sobre él, cortante como la hoja de un cuchillo, arqueada como el cuello de un dragón.

Una vela de retales multicolores se agitaba al viento y, justo en su centro, a pesar de los remiendos, todavía se podía leer una palabra de grandes dimensiones escrita en negro:

## VALOR

Una palabra que él mismo había escrito el primer día que subió a esa nave.

Shane bajó lentamente las manos rebosantes de pescado que se disponía a limpiar y miró hacia arriba. En la amurada de estribor de la nave que había aparecido en medio del río encontró tres pares de ojos.

Un muchacho de pelo negro y ojos verdes con los mofletes llenos de pecas, una chica de piel oscura y ojos negros como perlas de Bengala y un chaval rubio de aspecto vagamente engreído que estaba apoyado en la caña del timón de estribor como si condujese un coche deportivo con el codo fuera de la ventanilla.

—¡Eh, Shane! —lo llamó Connor—. ¿Qué tal?

Shane sintió una mezcla de excitación, sorpresa y, también, una punta de fastidio.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó.

—Te necesitamos —respondió Murray desde la proa de la *Metis*—. Y en Kilmore Cove nos necesitan.

Shane volvió al campamento.

—Oye, papá... —murmuró a un atareado señor Waitling—. Tenemos un problema.

Su padre partió en dos la última rama y la colocó sobre el montón ya listo para encender el fuego.

—¿Qué clase de problema?

—Mis amigos.

—¿Qué les pasa a tus amigos?

—Me necesitan.

—¿Y cómo lo sabes?

—Han venido a buscarme al río.

Su padre lo miró.

—Con nuestra nave —prosiguió Shane—. Vale. Sé que puede parecer raro, papá, pero es que nosotros hemos... reparado una nave. Bueno, no es una nave corriente... Quiero decir, no es moderna, es antigua, muy antigua..., como las de los vikingos, ¿te suena? Pero no es exactamente como esas porque... No sé cómo explicártelo... Es especial, aunque «especial» tampoco es la palabra apropiada... Es una nave que apaga los móviles, ¿entiendes? El profesor Galippi dice que se llama *Metis*, que significa «sabiduría»... Y Connor dice que cuando decide emprender una ruta y seguir una corriente es difícil que cambie de idea..., como si no todas las corrientes fuesen de su agrado, y ella, la *Metis*, supiese... elegir la correcta mejor que nadie.

El señor Waitling permaneció en silencio sin dejar de mirar a su hijo ni un solo instante. Cuando comprendió que había acabado se puso de pie, haciendo crujir las articulaciones, y le preguntó:

—¿Cuál es el problema?

Shane abrió mucho los ojos.

—¿Puedo ir con ellos?

—¿Se trata de algo importante?

—Creo que sí, papá.

—¿En la nave? ¿Por mar?

Shane se preocupó de golpe.

—Bien. Creo que habría debido decírtelo enseguida, pero... todo ha pasado tan deprisa que... —El muchacho respiró profundamente—. Mira papá, hay una especie de flota que se llama Compañía...

—No te he preguntado eso —lo interrumpió el señor Waitling.

Shane lo miró.

—Te he preguntado si vais por mar.

Shane asintió.

—Sí.

—Bien —concluyó el señor Waitling—. ¿Tenemos un sedal lo suficientemente largo para pescar atunes?

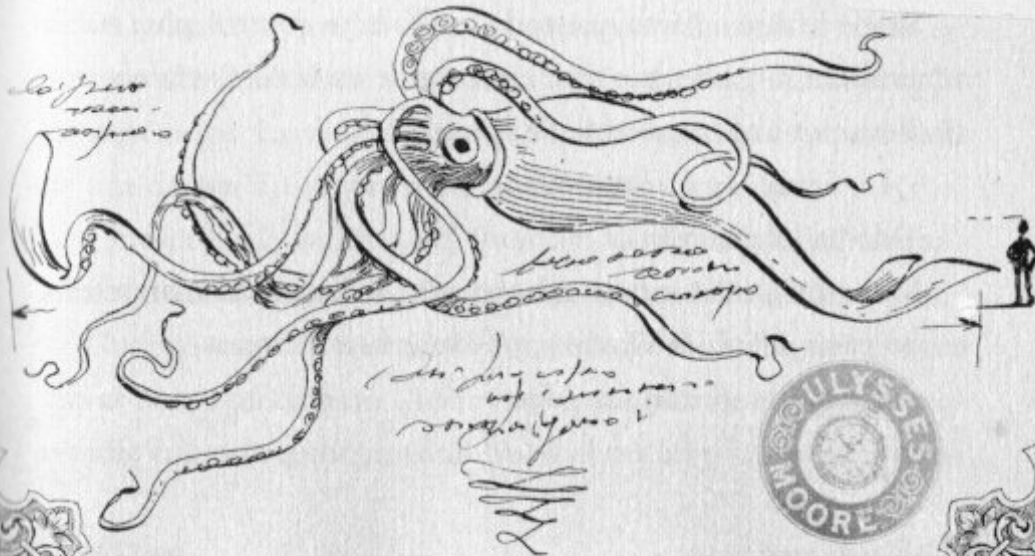


CAPÍTULO

7

EL  
PEZ  
GIGANTE

EN EL QUE SE APRENDE QUE SI SE CREE EN LA DIRECCIÓN  
DE LAS OLAS, BASTA POCO PARA SENTIRSE EL PROTAGONISTA  
DE UNA GRAN HISTORIA.



— **L**lamadme Ismael —soltó el señor Waitling al subir a bordo de la *Metis*—. Tuteadme, ¿vale?

Estrechó la mano a todos los chicos, los felicitó por lo bien que habían reparado la nave —¡era magnífica!— y se plantó al lado de los timones, con la intención de no moverse de allí durante todo el viaje.

—No molestaré —dijo—. Como si no estuviera.

Pero estaba.

Connor hizo virar la *Metis* y la guió hacia la desembocadura del río, después la lanzó a mar abierto, con su habitual arrojito.

La primera en dirigirle la palabra a Shane fue Mina.

—¿Recuerdas las reglas de Ulysses Moore para emprender un viaje? —le preguntó aparte, señalando a su padre.

El señor Waitling estaba muy ocupado con su larga caña de pescar; de vez en cuando felicitaba a Connor por la velocidad con la que conducía la nave.

—Hay un motor oculto en la bodega, ¿verdad? —le preguntó.

Shane le dijo a Mina que todo estaba bajo control, pues había advertido a su padre que para embarcarse en la *Metis* era necesario llevar un libro rebosante de fantasía.

—¿Lo tiene? —se informó Mina.

—Me ha jurado que sí.

Mina dirigió la mirada al horizonte brillante del mar, intentando pasar del señor Waitling y de sus observaciones.

—Esperemos que así sea —dijo.

La *Metis* surcaba las olas buscando la corriente invisible que los viajeros imaginarios llaman corriente Azul. Por lo que los chicos habían entendido, eran corrientes que no se mezclaban con la inmensidad salada que las rodeaba y desembocaban en puertos inaccesibles a la navegación normal.

Así las describía Ulysses Moore en sus diarios. Para dar con una corriente Azul y captarla, había que contar con un capitán intrépido, de mano firme, y con un libro que rebosara fantasía, o bien, en su defecto, con el *Portulano Azul*, cuyas páginas referían algunas de las rutas descubiertas por los navegantes y sus intersecciones.

El portulano que llevaban a bordo de la *Metis* les había sido entregado por Penelope Moore en persona. Las páginas estaban encuadradas con un grueso hilo de seda y era más parecido a un libro de astronomía que a un conjunto de mapas de costas e islas como los portulanos antiguos. En efecto,

los lugares imaginarios situados en la trayectoria de la corriente Azul parecían estrellas, y las rutas que los comunicaban recordaban a las líneas de las constelaciones; estas cambiaban de forma y de nombre según los itinerarios. La ciudad de la que habían partido estaba al final de una de esas líneas y su meta en el extremo opuesto.

Connor había estudiado el *Portulano Azul* y dirigió la *Metis* hacia la que consideraba la ruta más rápida para Kilmore Cove.

Cuando captó la corriente Azul sintió el timón de su nave vibrar como un diapasón y le pareció que el flujo de agua le respondía con un acorde musical. Soltó el timón y la nave se orientó, cantando, en la dirección exacta. Se inclinó y el misterioso viento que siempre soplabla en esas corrientes hinchó la vela con un chasquido.

El señor Waitling también notó que algo había cambiado y que la *Metis* avanzaba a una velocidad que no obedecía a las leyes de la navegación. Maravillado, sacó del agua su inútil sedal y decidió disfrutar de aquella larga travesía y observar el océano jaspeado por la claridad de la luz.

Como obedeciendo a una orden implícita, Murray volvió a ocupar su posición favorita, en la proa, donde tenía la sensación de poder anticipar lo que iba a ocurrir, mientras que Mina y Shane se colocaron en sendos flancos, al lado de los escálamos de los remos.

La *Metis* cruzaba el mar plateado como una bala, sin ningún obstáculo aparente, con la vela hinchada y recta, abriendo abanicos de espuma con el tajamar.

De repente el océano plateado cambió de color y se convirtió en un mar dorado.

Las olas disminuyeron y se alargaron, y la *Metis*, a pesar de llevar el mismo viento de popa, ralentizó su carrera sobre el agua.

—¡Mirad! —exclamó Murray el primero desde la proa. Señalaba el mar a su alrededor, salpicado de corpúsculos dorados parecidos a algas o a pequeños crustáceos.

—¿Qué son? —preguntó Shane, asombrado.

—Es una pradera de krill —respondió el señor Waitling apoyándose en la amurada—, ¡Dios mío! Es realmente una pradera de krill.

—¿Qué es el krill, señor? —preguntó Mina, embelesada por aquel espectáculo de minúsculos caparazones dorados—. Quiero decir, Ismael.

El padre de Shane se colocó al lado de su hijo y le puso una mano sobre el hombro.

—Es el alimento de las ballenas. Eso creo, al menos, porque... hasta ahora no lo había visto nunca. Además, no creía que existiera en estas aguas.

Y sin embargo allí estaba, agitándose a su alrededor, un mar dorado como un campo de trigo maduro que la *Metis* surcaba empujada por un lánguido hilo de viento. Los envolvió un silencio susurrante, roto de vez en cuando por las exclamaciones sofocadas del padre de Shane, que seguía mirando la pradera de krill como si tuviese ante sus ojos un sueño recurrente.

Después, de repente...

—¡Allí! —exclamó el señor Waitling con voz entrecortada.

Los chicos vieron aflorar, perezosamente de entre las olas, una gran masa blanca que, emergiendo cada vez más y separándose del mar, finalmente brilló a proa como una montaña de nieve. Resplandeció por unos instantes, volvió a bajar tan lentamente como había subido, y desapareció.

—¡Era el Gran Calamar! —gritó el señor Waitling, llevándose una mano a la boca. No parecía asustado, sino ansioso por verlo otra vez.

Y como si respondiese a su llamada, la criatura volvió a emerger y brilló, en silencio, sobre el mar. Era de color lechoso y debía de tener unos cien metros de largo, con tentáculos que se esparcían en el agua como serpientes.

No tenía cara. Era solamente un titánico ser vivo que parecía estar a la espera de un milagro.<sup>[4]</sup>

—La leyenda dice que pocos marineros vuelven a puerto para contarlo... —murmuró el señor Waitling.

—Ahora serán cinco más —respondió Connor. Y sujetó el timón con firmeza para alejar la *Metis* de aquella aparición insólita.

El Gran Calamar se sumergió por última vez, plácidamente. Poco después el mar volvió a ser líquido y azul.

El viento volvió a hinchar la vela multicolor de la *Metis* y, antes de que la imagen de la criatura desapareciese completamente ante sus ojos, vislumbraron el acantilado de Kilmore Cove.



CAPÍTULO

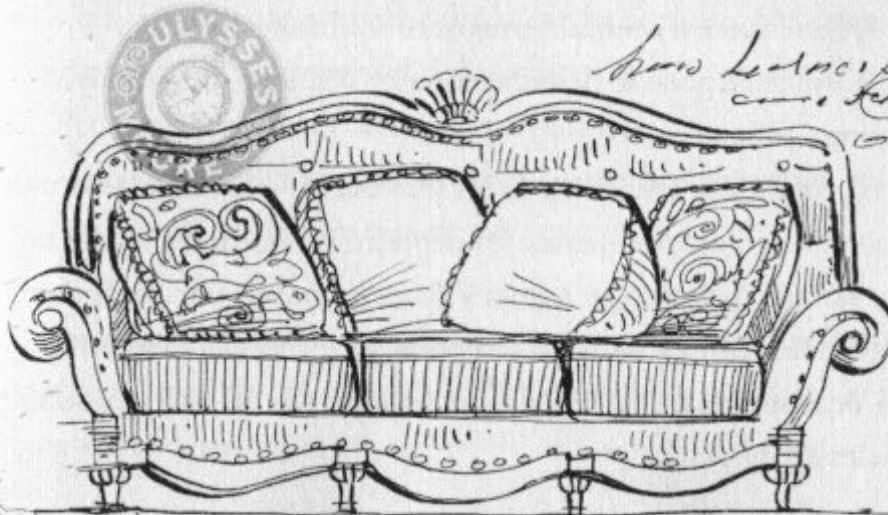
8

EL  
ACANTILADO  
BLANCO

*Donde se  
vive la  
muerte*

*de la vida  
de la vida*

EN EL QUE A UNA GRAN HAZAÑA LE SIGUE UN GRAN SUEÑO,  
Y AL FINAL DE UNA TÉTRICA HISTORIA  
SE ENCIENDE UNA TENUE ESPERANZA.



*donde se vive  
de la vida  
1900 10 14*

**E**l viejo pueblo de pescadores estaba igual que cuando lo dejaron: acurrucado en la bahía cerrada, entre el faro, por un lado, y el abrupto acantilado blanco y la gruta marina por el otro. Villa Argo, con su torreón, estaba en lo alto del acantilado.

En el puerto solo había una barca. Y un hombre, que los ayudó a atracar.

—La señora os está esperando —dijo Disko Troop mientras colocaba una pasarela de madera para que pudieran bajar.

El padre de Shane miraba a su alrededor con expresión aturdida. Subieron a la parte de atrás de una pequeña furgoneta de tres ruedas y remontaron la tortuosa carretera que conducía a la villa. Durante el trayecto dejaron atrás casas con puertas y ventanas tapiadas y un parque abandonado; y cada dos por tres tuvieron que esquivar los baches que cubrían el asfalto.

El señor Waitling pedía perdón por ser incapaz de dejar de bostezar.

—¿Quién es esa señora? —preguntó somnoliento.

—Dentro de poco lo descubrirá, señor Waitling —respondió Murray, tranquilo.

La furgoneta resolló en la última curva y finalmente cruzó una verja cubierta de hiedra; los depositó en un jardín exuberante y salvaje. Al fondo se erguía Villa Argo como una vieja dama sorprendida por un ventoso temporal. El techo y el torreón estaban deteriorados, con las tejas levantadas, y la fachada mostraba señales de descuido.

—Necesita una rehabilitación —murmuró el señor Waitling con ojo experto. Pero ni aun así logró contener otro espectacular bostezo.

—Se acepta de buen grado la ayuda de los amigos —dijo entonces una encantadora voz femenina desde el interior de la casa.

Penelope Moore apareció en el umbral. Llevaba un anticuado vestido largo y el cabello blanco recogido en un moño elegante: la guerra no era excusa suficiente para que la líder de los rebeldes se descuidase.

Al estrechar la mano a Mina, le susurró:

—Gracias por volver.

—¡La verdad es que tenemos muchas ganas! —le respondió la chica.

—¿De verdad? —preguntó Penelope, seria.

—Puede jurarlo —respondieron a coro los otros dos.

—Ismael Waitling —se presentó por último el padre de Shane, frotándose los ojos—. Encantado de conocerla, señora. Estoy algo más que vagamente sorprendido, si me lo permite. No estaba al corriente de esta... actividad de los chicos.

Penelope le estrechó la mano suavemente.



—Bienvenido a Villa Argo, señor Waitling. Soy Penelope Moore. ¿Puedo ofrecerle una taza de té?

Unos cinco minutos después, el padre de Shane roncaba sonoramente en un sofá del salón de Villa Argo mientras su hijo lo miraba abochornado.

—No me explico lo que le pasa —repetía—. ¡Es la primera vez que se comporta así!

El señor Waitling no daba señales de despertarse, ni aunque lo sacudieran. Su sueño era profundo e inaccesible.

Penelope aconsejó a Shane que no se preocupase.

—La verdad es que es bastante normal después de un viaje de este tipo.

—¿Normal? —protestó Shane.

—Mi marido y yo lo llamamos «sueño reparador» —explicó la líder de los rebeldes—. Hemos llegado a la conclusión de que se trata de una forma peculiar de sueño defensivo. Mira la expresión relajada de su rostro, cómo respira profundamente, cómo deja caer las manos... ¿Por qué quieres despertarlo?

Shane asintió, pero se notaba que seguía preocupado.

—Mi marido sostiene, querido Shane, que este sueño tan profundo se apodera de las personas que llegan aquí sin haber creído nunca en sus propios sueños. Gente que, sin serlo, se han convertido en personas pesimistas y melancólicas...

—¡Sí, mi padre es precisamente así! —exclamó Shane, sorprendido y algo avergonzado—. ¡Pero antes no lo era!

La señora Moore sonrió con indulgencia. Sus largos pendientes se balancearon suavemente.

—¿Lo ves? Probablemente tampoco lo era de niño... Quién sabe cuándo dejó de soñar.

—Empezó muy pronto a trabajar —susurró Shane—. Su familia pasaba estrecheces. Y ahora...

Su padre roncaba plácidamente.

—Ahora me parece que por fin está satisfecho —concluyó Penelope—. Pero este viaje lo ha cansado más de lo previsto.

—¿Dormirá mucho tiempo?

—Dormirá todo lo que necesite. Y cuando se despierte podrá decidir lo que ha sido real y lo que se ha imaginado.

La señora Moore se apartó de Shane y luego dio un paso atrás. Cuando se dirigió a todos los chicos, su voz cambió de golpe, sin que nadie lo esperase:

—Venid, vamos a la veranda, el cuartel general de los rebeldes. Os contaré lo que ha pasado.

La veranda de Villa Argo daba al jardín y al barranco cortado a plomo sobre el mar. Estaba amueblada con sillas y una mesa muy grande sobre la cual había mapas y planos de estrategia militar. De las paredes colgaban más mapas, listas de nombres y apuntes. Mina recordó que en aquella galería el capitán Rick Banner les había contado por primera vez los conflictos de los lugares imaginarios y de las rutas navales que los comunicaban.

Todo el universo de los puertos imaginarios había caído en manos de una organización comercial, dotada de una vasta flota militar, que se hacía llamar la Compañía de las Indias Imaginarias. Llegaron de buenas a primeras, proponiendo acuerdos comerciales con derecho de exclusividad que encubrían su verdadero objetivo: emplazar un barco en cada puerto. Al principio muchos lugares imaginarios los aceptaron, pues los barcos de la Compañía prometían prosperidad comercial y protección. Siguiendo aquel espejismo, muchos firmaron acuerdos para que la Compañía se encargase de vigilar las rutas de la corriente Azul y colocase a sus funcionarios en las aduanas. En un primer momento parecía ventajoso que los lugares imaginarios tuvieran una gran flota. Pero, después, esa misma flota pasó de proteger a perseguir. Entonces ya era demasiado tarde para cambiar de idea.

Penelope se sentó en una butaca de mimbre y suspiró.

—Estoy muy contenta de que hayáis venido. Aquí la situación es cada vez más difícil. Y si pienso en cómo empezó todo... Al principio, ya lo sabéis, la actitud de la Compañía nos provocaba incredulidad. Después indignación, y al final... nos hemos visto obligados a emprender una guerra en la que nunca pensamos tener que combatir. Fue entonces cuando empezaron a llegar a Kilmore Cove centenares de personas: lady Trevelyan de Taormina, el profesor Challenger del Mundo Perdido, Cyrus Smith de la isla Misteriosa, el hombre del jersey rojo de Klondike...<sup>[5]</sup> y decidimos organizar un movimiento de resistencia. Lo hicimos aquí, en esta casa, y cada uno contribuyó como pudo. Creo que no me equivoco si afirmo que mi marido, al que conozco muy bien, asumió la tarea más peligrosa de todas.

Penelope se interrumpió y miró a lo lejos. Después respiró profundamente y prosiguió:

—La gente de aquí, temiendo por su vida, acabó por abandonar el lugar. Nuestros amigos, el relojero Peter Dedalus, el guardián del faro Leonard Minaxo, el párroco, padre Phoenix... fueron capturados, exiliados o apresados a lo largo del tiempo. Hasta que Ulysses decidió volver a la mar y me dejó aquí, para que afrontase lo que sucedería después. —Penelope miró a los chicos—. Es decir, vuestra llegada y el retorno de la *Metis*. Conmigo se quedó solo Rick. Él se mantuvo firme y dijo que jamás abandonaría Kilmore Cove, pues, si bien había que luchar en la guerra, alguien tenía que quedarse y luchar desde aquí.

Mina sonrió y pensó que le gustaba la actitud de Rick.

—Cuando Ulysses desapareció en el mar, ni nos rendimos ni pensamos por un solo instante en renunciar a la lucha. Todo lo contrario. Estábamos íntimamente convencidos de que su desaparición estaba relacionada, en cierto modo, con el hecho de que Kilmore Cove permanecía independiente de la Compañía y de que, esporádicamente, llegaba alguien al puerto a ofrecernos su ayuda. Pero en los últimos meses, tanto los rebeldes como las ayudas han disminuido de forma drástica. Tras vuestra partida —siguió explicando Penelope Moore—, Rick y el profesor Galippi se pusieron inmediatamente manos a la obra. Rick intentaba descubrir el lugar donde la Compañía tiene su base operativa, su flota, y a los rebeldes y opositores cautivos. Y el profesor Galippi lo ayudaba mediante el estudio de los muchos textos especializados en los lugares imaginarios que mi marido guardaba en la biblioteca.

—El capitán Banner buscaba su cuartel general —intervino Disko Troop— pensando que también daría con...

—El jefe —intuyó Connor.

Murray asintió, pero no parecía convencido.

—¿Qué sabemos exactamente de él?

—Prácticamente nada —admitió Penelope Moore—. Su nombre. Pero es solo una hipótesis.

—Ya... Larry Huxley —murmuró Mina.

Cuando encontraron la *Metis*, los chicos descubrieron que un tal Larry Huxley había ocultado en la bodega de la nave una serie de indicios que conducían a Kilmore Cove; y antes de zarpar averiguaron que Larry Huxley era el nombre de un niño desaparecido de su casa tiempo atrás.

—Rick buscaba un puerto importante... —dijo Murray observando los mapas desparramados encima de la mesa—. Un puerto que se llama... ¿Zerzura? —preguntó dejándose guiar por su instinto.

Penelope se quedó de piedra.

—No, Murray. Zerzura es una ciudad legendaria del Sáhara —respondió. En sus ojos afloraba una antigua emoción—. ¿Dónde has oído ese nombre?

—Yo... Bueno... He oído voces a través del agua... de la bañera —comentó Murray, confundido, captando una mirada torva de Mina—. Pero no sé lo que significa.

—No sé explicártelo, Murray. Pero mi marido oía voces en el viento. ¿Quién puede decir si son realidad o fantasía? —Penelope suspiró brevemente, pero enseguida volvió en sí y reanudó su explicación—: Durante sus investigaciones, Rick y el profesor Galippi dieron con una información que los indujo a partir rumbo a un puerto de la ciudad de Ys, en el archipiélago de las islas Lyonesse...

—He visto ese nombre en el *Portulano Azul* —intervino Connor—. Se encuentra en el golfo de Armórica. Todas las islas del archipiélago están señaladas con una C mayúscula dentro de un círculo.

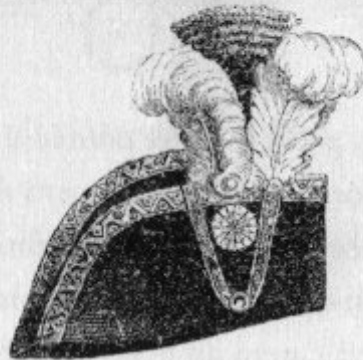
—Es el símbolo que hemos utilizado para señalar las rutas que están bajo el control de las naves de la Compañía de las Indias Imaginarias. Me alegro de que el portulano te sea útil, Connor —sonrió la señora Moore—. Pero me preocupa que Rick y el profesor Galippi no tengan ninguno. Puede que dejarlos partir con nuestro último barco, el *Némesis*, haya sido un error.

—No todo está perdido —dijo Connor de repente—. ¿Cuándo zarparon?

—Hace ya cinco días. —Penelope se inclinó sobre el mapa que ocupaba la mesa del centro del cuartel general y les señaló el archipiélago hacia el que se habían dirigido Rick y el profesor Galippi—. Cuenta la leyenda que, en tiempos remotos, Cornualles estaba unida a Francia por una gran franja de tierra que lentamente se hundió en el mar dejando a flote las islas Scilly, aquí y aquí. —Las señaló con el dedo—. El resto, de Ys a Avalon, de Gargano a las Lyonesse..., quedó sumergido tras el último duelo entre Arturo y Mordred.<sup>[6]</sup>

—Hay algo que no tengo muy claro, Penelope... —intervino entonces Mina—. Si las islas están sumergidas... ¿Cómo es posible llegar a Ys?

—Por eso necesitamos la *Metis* —sonrió Penelope, como si fuese la más simple de las respuestas.



CAPÍTULO

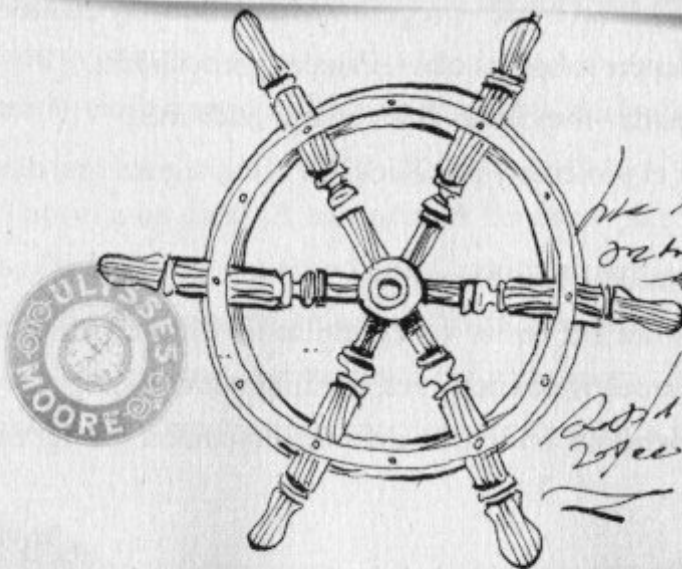
9

EL  
ARCHIPIÉLAGO  
SUMERGIDO

*En el...*  
*...*  
*...*

*...*  
*...*  
*...*

EN EL QUE SE DESCUBRE QUE, A VECES, IR POR MAR  
SIGNIFICA HACER EMERGER LO QUE ESTÁ SUMERGIDO  
Y SUMERGIR LO QUE ESTÁ EN LA SUPERFICIE,  
Y QUE, EN CUALQUIER CASO, AL FINAL SE TIENE MUCHA SED.



*...*  
*...*  
*...*

**D**ecidieron partir lo antes posible. Y llevarse con ellos a Disko Troop, el último marinero de Kilmore Cove.

A Shane le preocupaba sobremanera el hecho de dejar a su padre en el salón de la casa de Ulysses Moore con una manta cubriéndole las rodillas, pero no hubo manera de despertarlo.

—Procura no despertarte —le dijo a modo de despedida—. Volveré pronto.

Mientras Connor echaba una última ojeada a la conformación de las islas del archipiélago y a los nombres de las ciudades y las bahías, Murray se detuvo a mirar la Puerta del Tiempo, ennegrecida por el humo y arañada, que nadie había logrado abrir de nuevo... Habría deseado dedicarle más atención a desentrañar su misterio, pero el tiempo apremiaba y la segunda visita a Villa Argo fue muy rápida.

La *Metis* levó anclas a las once y media en punto, como atestiguó el tañido de las campanas de la iglesia del pueblo, con viento moderado a popa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Mina a Murray cuando empezaron a danzar sobre las olas—. Pareces preocupado...

—No es nada —respondió él sin añadir nada más.

—¿Es por el profesor y por Rick? Ya verás, seguro que daremos con ellos y...

Murray sacudió la cabeza.

Pensaba otra vez en las voces que había oído en la bañera de su casa. En aquellos dos nombres, «Bellingham» y «Zerzura». En la palabra «cadenas». Y en si todo eso podía esconder un significado.

La *Metis* se alzó sobre una ola inesperada y los muchachos perdieron el equilibrio.

Murray sujetó a Mina por la cintura y ella, con los ojos brillantes, le dijo:

—¡Nunca me acostumbraré!

Después de casi una hora de navegación, Disko Troop dio a Connor la orden de virar.

—Hemos llegado al campanario sumergido —gritó de buenas a primeras—. ¡Ahora!

—¡Sujetaos! —gritó Connor.

Inmediatamente después, la *Metis* se inclinó sobre un costado, rozando casi el agua con el flanco.

Agarrado con fuerza a la proa, Murray vio, por debajo de la superficie del agua transparente y cristalina, el tejado de una iglesia y varios edificios sumergidos que rodeaban el campanario. Los bancos de peces entraban y salían por lo que antaño habían sido los vitrales, y una gruesa capa de algas cubría gran parte de las construcciones.

Pero la ciudad seguía allí, a unos metros de la superficie del agua.

—¡Timón a las diez! ¡A las once! ¡A las doce! ¡Rectifica! —ordenaba Disko Troop al tiempo que Connor viraba.

En el mismo instante en que soltó la caña del timón, se oyó un tañido de campana proveniente del campanario sumergido y el horizonte se desvaneció como por arte de magia.

—¡Morgana! —gritó Disko Troop.

Seguidamente, la proa arqueada de la *Metis* embistió una ola colosal y la partió en dos, empapando de agua y espuma a toda la tripulación.

Connor sujetó de nuevo el timón y tiró hacia sí, enderezando la quilla con una prontitud excepcional. El puente se desaguó por los imbornales formando regueros plateados, y cuando los chicos volvieron a dirigir la mirada al horizonte, en la lejanía divisaron una costa arbolada y, más allá, bajo un cielo de luz blanca, los conos puntiagudos de otras islas.

Era Lyonesse, el Archipiélago Sumergido.

—¿Quién te ha enseñado a timonear así, muchacho? —le preguntó Disko Troop al tiempo que estrujaba la gorra empapada.

—Nadie —respondió el rubio capitán—. ¿Por qué?

—Parece que hayas nacido para eso.

—Puede ser... —respondió él—. ¡Shane! ¡Amainamos tres cuartos las velas!

Shane trepó por el palo mayor para amainar parcialmente la vela multicolor y se quedó un rato allí, de centinela, para admirar la sucesión de islas y de bosques que aparecían en el disco plano del mar.

—¿Sabes adónde ir? —preguntó Connor a Disko Troop gobernando la nave para mantener el archipiélago a estribor.

El viejo pescador de merluzas extendió el brazo señalando al frente.

—Deja atrás la costa de la isla más grande y pon rumbo sur. Ys debería de estar en la falda de aquella montaña.

—¿A la sombra del bosque?

—Si no me equivoco, el puerto se encuentra en el lado meridional —dijo Disko Troop—. Pero no nos conviene llegar hasta allí —añadió señalando algunas velas lejanas que costeaban navegando contra el viento.

—¿La Compañía? —preguntó Connor.

—Más vale no comprobarlo. Acerquémonos a la costa cuando hayamos dejado atrás el promontorio y arribemos en el bosque. Más vale que entremos en la ciudad por tierra, para no llamar la atención.

Connor pensó que era una buena idea. Ordenó a Murray y a Shane que fueran a la bodega a buscar un bote inflable que había pertenecido al *Ítaca* y mientras tanto dobló el cabo. Al sur, la costa tenía el aspecto de un espacio verde, con rocas bajas y calas de guijarros a las que se asomaban pinos arqueados por el viento.

Navegaron en silencio unas cuantas millas más, después Disko decidió que era mejor parar. Señaló una calita protegida, con rocas bajas contra las que rompían las olas. Connor logró acercar la *Metis* a unos diez metros de la orilla y echó el ancla, que se hundió en la arena envuelta en una nube de peces.

Lanzaron el bote al agua y Shane fue el primero en subir. Se sujetó en los cabos del fueraborda y ayudó a Mina a bajar de la nave.

—¿Tú no vienes? —le preguntó Murray a Connor al notar que el joven capitán no hacía ademán de abandonar el timón.

—Disko y yo nos quedamos a bordo —respondió Connor—. Por si tuviéramos que desplazarnos. —El agua batía contra el casco, balanceando el bote—. En ese caso intentaremos volver aquí cada tres horas.

—De acuerdo —dijo Murray.

Se preparó para saltar por la borda.

—Muchacho —le susurró entonces Disko Troop, sujetándolo por el brazo—. Hay algo que debes saber: los rebeldes tenemos una contraseña para reconocernos.

Murray lo miró fijamente. Disko Troop cerró sus ojos amarillos.

—Si alguien te pregunta qué quieres para beber o qué te puede ofrecer, responde: «Libertad».

—«Libertad», repitió Murray.

Después se unió a sus amigos. Shane dio un empujón a la *Metis* y se sentó entre ellos.

El bote se levantó sobre las olas, rumbo a los escollos.

—¿Es prudente que vayan solos, capitán Connor? —preguntó el viejo pescador mirando como los tres chicos luchaban contra la resaca.



—Rotundamente no. Es una imprudencia. Pero si tienen que salir huyendo saldrán por piernas mucho más deprisa que usted y yo juntos —dijo Connor con sorna.

Murray, Mina y Shane arrastraron el bote fuera del agua y lo ocultaron entre los matorrales; luego se adentraron en el tupido bosque que cubría la costa.

Encontraron un sendero casi de inmediato, lo enfilaron y al cabo de poco desembocaron en otro más ancho. Caminaron sobre una alfombra de agujas de pino, envueltos por el dulce olor a resina y a salitre que se filtraba entre las ramas. Bandadas de jilgueros y de pájaros de colores emprendían el vuelo a su paso, y ardillas curiosas de cola rojiza los observaban con atención. La senda se empinó hacia la cima y luego bajó hacia el valle serpenteando; los chicos vieron los primeros tejados y un altísimo campanario a través de las ramas de pino.

Ys los dejó sin aliento.

La ciudad se alzaba alrededor de una bahía natural de color azul intenso, separada del mar por una colosal cancela de oro que sobresalía de entre las olas. Dos enormes verjas marinas abiertas permitían la salida y la entrada de las embarcaciones que se refugiaban en la zona más profunda del puerto. Las casas más lejanas del centro, que rayaban con el bosque de pinos del cual los chicos acababan de salir, estaban construidas con piedra gris jaspeada de mica que centelleaba a la luz del sol. Casi todas tenían el tejado de paja y altísimas chimeneas de ladrillos embellecidas por los artesanos de la ciudad que, dando rienda suelta a su fantasía, las habían decorado con unicornios, animales fantásticos, sirenas y caballeros con armaduras, a cual más hermoso. En el centro exacto de la ciudad, donde confluían las calles, había una gran catedral hundida bajo el nivel del suelo. Es más, la plaza en la que se erguía se había convertido en un lago, de manera que solo se apreciaban el rosetón, las gárgolas que sujetaban los aleros y el campanario que antaño debía de haber sobresalido por encima de los tejados circundantes.

El puerto ocupaba una buena parte de la bahía y estaba flanqueado por un larguísimo pórtico que se interrumpía a la altura de los muelles para proseguir a continuación. Los edificios que se asomaban al mar lucían las chimeneas más bonitas, y las plazuelas estaban muy animadas. Murray contó al menos unos veinte barcos: varios pesqueros, seis veleros, una corbeta de tres palos, un bergantín con casco de metal y algunos bastimentos pequeños de motor, cargados de redes.

Una maraña tupida de cabos se extendía entre los mástiles y tierra firme, y entre los techos de los edificios, los muelles y los barcos. Colgando de ellos se desplazaban baúles y marineros. Muchos cantaban a voz en cuello, en medio de un barullo de cosas y de personas.

A medida que se acercaban al puerto les llegaba el olor a patatas y a sopa, a brea y a salitre.

Shane se quedó embelesado mirando los increíbles mascarones de proa de los barcos, los cascos verdes y dorados, y las cadenas de las anclas que rechinaban en el agua. Dondequiera que mirasen encontraban rostros exóticos y terribles: hombres con inmensos aros en las orejas, grandes bigotes arqueados, largos cabellos grasientos y bocas continuamente en movimiento, listas para contar historias de todos los continentes, rebosantes de horror y maravillas.<sup>[7]</sup>

—¡Abrid paso! ¡Abrid paso! —gritaban los estibadores sin dar ninguna señal de que fueran a reducir la velocidad del carro que conducían.

Olorosos barriles rodaban por los muelles empujados por enjambres de mocosos, y hombres vestidos con largas túnicas negras observaban la escena y anotaban números en sus registros.

Mina, Murray y Shane se mezclaron con aquella humanidad turbulenta y se dejaron llevar por la multitud bajo los pórticos, hasta alcanzar una plazoleta a la que se asomaban varias posadas. Notaron que los hombres más importantes entraban y salían muy atareados de un edificio imponente y austero de tejas planas de pizarra y chimeneas decoradas con anclas de piedra. Era el gran edificio de la Aduana.

Se ocultaron detrás de las columnas del pórtico para observarlo sin despertar sospechas. Mina dio un codazo a Murray para señalarle a una mujer alta, vestida con una larga túnica morada, que estaba de pie entre aquellos hombres. Parecía como si mercaderes, capitanes y funcionarios de aduanas rondasen a su alrededor sin lograr llamar su atención o, por el contrario, la temiesen sobremanera.

Shane, por su parte, se había fijado en una nave de aspecto siniestro atracada justo frente a la Aduana. Era un crucero ligero sobre cuyo casco metálico unas letras rojas oxidadas formaban la palabra «Hyde». Navegaba bajo bandera de la Compañía de las Indias Imaginarias: una salamandra de plata sobre un mar mitad azul y mitad en llamas; era el único barco del puerto que no parecía ocupado en actividades de carga y descarga.

No era fácil decidir por dónde empezar.

Sin embargo, estaba muy claro que no podían quedarse allí pasmados.

Entre los barcos fondeados no había ni rastro del *Némesis*. Esa era su primera información.

Shane, que era el que tenía más experiencia acerca de cómo funcionaban los puertos, dijo:

—Solo existe una manera efectiva de averiguar lo que se dice en el puerto...

—¿Cuál es? —preguntó Mina.

—Ir a comer al sitio apropiado.

Escudriñó las tabernas que daban a la plazoleta; excluyó la más elegante, donde tres mocosos como ellos habrían llamado la atención, y eligió la de enfrente de la Aduana, un poco hundida con respecto al nivel de la calle y abarrotada de pescadores. La más sucia y la menos atractiva.

—«La Merluza de Plata» —leyó con voz sarcástica Mina siguiendo a los chicos a aquel antro oscuro al que se accedía por el semisótano.

Una gran lámpara redonda de hierro negro oscilaba del techo ennegrecido por el humo y las paredes trasudaban salitre. Dos marineros se insultaron con epítetos irrepetibles y, al empujarse, fueron a parar encima de Murray.

—¿Qué os decía? —observó Shane—. Sin duda estamos en el sitio adecuado.

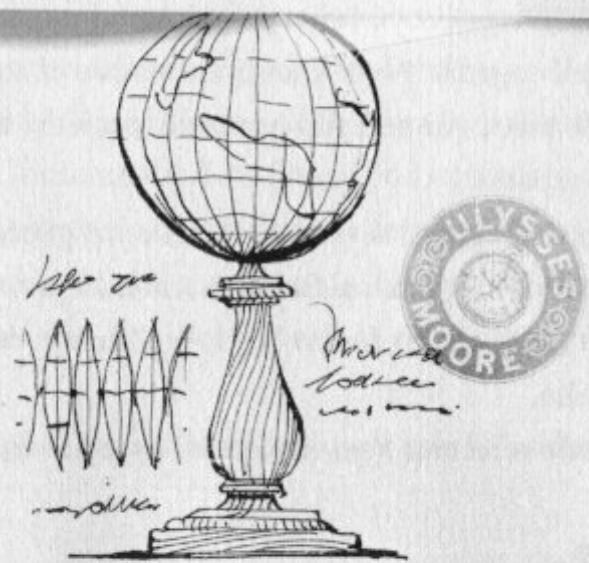


*Quiero  
que me  
traigas  
a mi*

CAPÍTULO  
**10**  
ALGO  
DE  
BEBER

*Quiero  
que me  
traigas  
a mi*

EN EL QUE SE APRENDE QUE INCLUSO EN LAS TABERNAS  
DE MALA MUERTE SE PUEDE ENCONTRAR UN AMIGO  
Y QUE EL VIEJO PROVERBIO MARINERO SOBRE LAS MUJERES  
A BORDO HOY EN DÍA YA NO TIENE SENTIDO.



**L**os chicos buscaron una mesa y unos taburetes, adoptando el aire de mayor indiferencia que pudieron. Murray y Mina se sentaron encorvados de mala manera para dar la impresión de ser gente de mar, acostumbrada a caminar en las bodegas de los barcos; mandaron a Shane a investigar al mostrador, un altar de iglesia sobre el que habían clavado una tabla de pino con los bordes sucios y desgastados por las generaciones de codos que se habían apoyado en él.

Shane puso una libra esterlina encima, con la esperanza de que fuese la moneda corriente en las islas Lyonesse, y pidió tres jarras de sidra. Luego se volvió a observar a la ruidosa chusma que abarrotaba la taberna, procurando captar fragmentos de conversaciones: el punto exacto donde hallar un banco de merluzas, qué había sido de tal o cual marinero, si Dick Tres Dientes competía todavía para el título de pescador del año, y a qué hora era mejor hacerse a la mar para no toparse con los controles de aduanas.

Sonrió. Después oyó las jarras golpear el mostrador y se dio la vuelta para cogerlas. Notó a un hombre, con el codo apoyado en la tabla de pino, que se había acercado y miraba la libra esterlina con ojos rapaces.

Shane se preguntó si era un ladrón o un pájaro transformado en hombre por alguna maldición marinera. Pero, acordándose de lo que le había dicho Disko Troop a Murray, decidió hacer lo más sencillo.

—¿Puedo ofrecerte algo, marinero? —preguntó.

—Libertad —respondió el hombre entornando los ojos rapaces.

Shane buscó a Murray y Mina con la mirada, pero estaban demasiado preocupados por disimular su presencia en la taberna y ni siquiera lo vieron.

El desconocido se acercó y le susurró:

—¿Qué hacéis aquí?

—Bueno... bien... hemos venido a buscar a nuestros amigos —dijo intentando darse importancia. Al fin y al cabo, ese hombre era un rebelde, ¿no? Pero ¿dónde lo había visto antes?

El hombre puso la mano sobre la libra esterlina de Shane y la cambió rápidamente por un puñado de monedas de cobre que rodaron sobre el mostrador.

—Se ve a la legua que sois forasteros... —Cogió una de las jarras y se la bebió entera, poniendo después cara de asco—. ¿Cómo diablos se puede beber este brebaje?

—A mí... —intentó protestar Shane, pero el otro no lo dejó hablar.

—Si de verdad quieres parecer un marinero, pide cerveza, pero no de barril y mejor caliente. O grog. Este brebaje... —y mientras lo decía se tomó

la segunda jarra— déjalo para las señoritas.

—En efecto... —intentó explicar Shane por segunda vez.

—En efecto, ¡solo a un desgraciado se le ocurriría traer a una chica!  
Tienes suerte de que todavía no se hayan dado cuenta.

—Pero ¿estamos en el mismo bando o no? —consiguió decir por fin.

El tipo se tragó la tercera jarra de sidra y eructó ruidosamente.

—Eso no quiere decir que tenga que dejarme matar, ¿no crees?

—¿Sabes lo que les ha ocurrido a los otros? —preguntó Shane.

—Los han capturado —dijo el desconocido entre dientes. Sin embargo, cuanto más lo miraba, menos desconocido le parecía a Shane.

—¿Capturado? ¿Quién?

—¡Chiss! —lo acalló el marinero—. Lo único que aquí puedes decir en voz alta son los pedidos, las palabrotas y las maldiciones. ¡Recuérdalo! Ha sido esa mujer.

Shane se sobresaltó al oírlo.

—¿Te refieres a esa vestida de morado que está ahí fuera?

—Vamos a hacer una cosa —murmuró el hombre—. Ahora vas a la mesa, coges a tus amigos, le cubres la cara a la chica y os largáis de aquí... Dentro de un cuarto de hora nos vemos frente a la vieja biblioteca. Sal a la plaza, sube, sigue recto y después toma el segundo callejón a la izquierda. Si alguien te sigue, intenta despistarlo. Nos vemos dentro de un cuarto de hora. ¿Entendido?

—Entendido —susurró Shane.

—Ahora insúltame en voz alta... —sugirió el hombre encorvándose sobre el mostrador—. Luego dame una palmada en la espalda y vete.

Shane dudo por una fracción de segundo, después le dio una fuerte palmada en la espalda con la mano bien abierta y seguidamente exclamó:

—¡Sucia águila ratonera so bizca!

—Pero ¿te has vuelto loco? —le preguntó Mina mientras Shane les hacía señales para que saliesen inmediatamente de la taberna.

—¿Dónde están nuestras bebidas? —preguntó Murray.

—¡Camina y calla! —murmuró Shane, riendo con grosería y arrastrando los pies por el suelo cubierto de serrín.

Salieron y cruzaron de nuevo la plazoleta.

—¿Sabéis con quién acabo de hablar? —les preguntó Shane en cuanto se alejaron.

—¿El tío del mostrador? ¿La... sucia águila ratonera so bizca? —preguntó Murray arqueando las cejas.

—Es lo único que se me ha ocurrido —admitió Shane—. Es un rebelde. Y nos espera dentro de un cuarto de hora —dijo señalando las chimeneas de las casas de dos pisos que tenían enfrente— en la vieja biblioteca.

—¿Un rebelde? ¿Cómo se llama? —quiso saber Mina mirando atrás.

—No mires atrás —le aconsejó Shane—. Me ha dicho que esa mujer tiene en su poder a Rick y al profesor.

—Pero ¿quién es? —insistió Murray.

—No lo sé. Y, sin embargo, estoy seguro de haberlo visto antes... en Kilmore Cove, creo.

—¿Podemos fiarnos de él?

Shane hizo una mueca.

—No tenemos elección.

Cruzaron toda la plazoleta; el adoquinado se hundía y se volvía a levantar como la corteza del pan. Enfilaron una callejuela que subía hacia la montaña. Al llegar a la segunda travesía, doblaron a la izquierda y pasaron por delante de una serie de edificios bajos con fachadas modestas. Al final, se pararon a la sombra de un gran roble. Entre sus ramas se podía leer en un letrero algo ajado: «Biblioteca Sumergida».

Parecía llevar cerrada mucho tiempo.

Se sentaron en un murete a esperar mientras comentaban lo ocurrido. Shane tuvo que contar tres veces seguidas lo que había pasado y las tres cambió su versión. Después, cuando estaba a punto de empezar la cuarta, el hombre de la taberna se unió a ellos. Llegó a pie, por el lado opuesto al que habían llegado los muchachos.

—Sucia águila ratonera so bizca... —soltó mirando a Shane con cara de pocos amigos—. Debería hacértelo pagar.

Luego observó a Murray y a Mina; bajo la luz del sol, los chicos lo reconocieron al instante. Era Ezio, el marinero que había reparado la *Metis* cuando embistieron al *Phantom*, un barco de la Compañía, en su primer viaje a Kilmore Cove.

—Sí, soy yo —murmuró sentándose en el murete con la espalda apoyada en el roble—. Aquí podemos hablar tranquilos... Nunca se ha visto a un marinero pedir un libro en la biblioteca, ni a un bibliotecario dispuesto a

prestárselo. Además, desde que ahorcaron al director, los de la Compañía no han vuelto a aparecer por aquí.

—¿Hablas en serio? —preguntó Mina.

Ezio asintió, sombrío.

—Es un trabajo peligroso —masculló—. Y luego dicen de los soldados...

Los chicos se intercambiaron una mirada de preocupación.

—¿Y todo esto es culpa de Larry Huxley? —preguntó Mina, incrédula.

—¡Chiss! —la acalló Ezio, a quien le faltó poco para ponerle la mano en la boca—. ¿Te has vuelto loca, niña? No se puede pronunciar ese nombre. ¿Quieres que te tomen las medidas para la caja de pino?

—¿Qué he dicho? No me parece tan terrible... —replicó Mina. Los modales de aquel tipo no le gustaban nada de nada.

—No sé a quién de vosotros os pertenece, pero... mantenedla con la boca cerrada —dijo el tipo, yendo al grano, mientras miraba a Murray y a Shane.

—¡Eh! —protestó Mina, pero Murray le puso una mano en el hombro para que se tranquilizase.

—Bien, así —aprobó el marinero—. ¿Qué estábamos diciendo?

Mina cruzó los brazos y les dio la espalda, muy enfadada.

—Nos estabas empezando a contar lo que les ha sucedido a nuestros amigos —reanudó Shane.

—Los ha capturado la mujer del puerto —dijo Ezio, luego escupió al suelo—. Lady Hyde y su bergantín infernal... Desembarcaron y empezaron a hacer preguntas peligrosas y...

—¿Qué pasó? —preguntó Shane.

—La Compañía tenía dos barcos en el puerto la semana pasada. El bergantín de lady Hyde y otra nave llamada *Sirena Negra*, larga y estrecha, completamente negra, con el casco cincelado como la piel tatuada de un salvaje... con una horrible fémina de cuatro brazos como mascarón de proa.

—Es bastante evidente que tienes algún problema con las mujeres —masculló Mina sin darse la vuelta.

Ezio hizo como si no la oyese.

—Lady Hyde ordenó que los llevasen a bordo del *Sirena Negra*. Después el barco zarpó, solo el viento sabe con qué rumbo. Intentamos seguirla, pero esa balandra era malditamente rápida. Más rápida que cualquier otra que haya visto por mar.

—Más que la *Metis*, no —dijo Murray, tranquilo. Si hubiesen esperado a que ellos volvieran para ir juntos al puerto de Ys...

—Y el *Némesis*, ¿dónde está ahora?



—Costeando fuera del archipiélago; yo he bajado para investigar acerca del paradero de vuestros amigos.

—¿Has descubierto algo?

Ezio asintió.

—Me temo que sí, muchacho. Están en el maldito Puerto Oscuro que el capitán Banner intentaba localizar. El lugar donde, según él, se oculta la flota de la Compañía de las Indias. No todos los puertos imaginarios ofrecen seguridad. Algunos son lugares peligrosos que intentamos evitar. Eso son los Puertos Oscuros. Y Taprobana es uno de ellos.

—¿Y no sabéis dónde está?

—Vinimos aquí para descubrirlo —respondió Ezio—. Buscando a una mujer que se hace llamar Tolomea, una cartógrafa turquí.

—¿Una qué? —dijeron los chicos al unísono.

—Una persona que sabe dibujar portulanos azules de los lugares imaginarios a partir de la información que le facilitan las historias de las personas que los han visitado o que quieren visitarlos.

—¡Uf...! —bufó Mina.

—No quedan muchos... Se cuentan con los dedos de una mano. —Al decirlo levantó la izquierda, a la que le faltaban dos dedos—. Corre el rumor de que Tolomea se refugió en Ys después de que la Compañía incendiara las oficinas de la Gilda Waldseemüller,<sup>[8]</sup> en la que trabajaban personas como ella...

—¿Por qué las incendiaron? —preguntó Murray.

—¿Por qué controlan las rutas de la corriente Azul? ¿Por qué nos impiden la libre circulación? Solo hay una respuesta: poder y crueldad. Dicen que su último gran mapa ha sido confeccionado con la piel de los cartógrafos turquíes.

—¡Puaj! —soltaron los chicos, horrorizados.

—Chorradas —exclamó Mina.

Los demás la miraron.

—¿No os dais cuenta de que es una trola como una catedral? —soltó la chica mirando a Ezio—. Rick y Galippi estaban buscando a una tía que dibuja mapas inexistentes para descubrir la ruta para ir... a otro lugar inexistente... donde supuestamente se oculta la flota de la Compañía de las Indias Imaginarias... y resulta que... se los llevan en un barco negro justo a esa isla...

—¿Y tú cómo sabes que se trata de una isla? —le preguntó Ezio a bocajarro.

—¿No lo sé! ¡Lo imagino! —respondió Mina.

—Exactamente. Aquí se viaja así. Un mapa puede ser de ayuda, pero es el viajero quien marca la diferencia.

Mina abrió los brazos, exasperada.

—Pero ¡eso tampoco significa nada!

—¿Y esto?, ¿significa algo? —preguntó Ezio lanzándole un pequeño espejo redondo con el marco de plata que Mina cogió al vuelo.

Se lo puso en la palma de la mano y lo admiró. Era un objeto espléndido y elegante, con el marco un poco repujado, un primor.

Miró a Ezio con expresión interrogativa y el hombre explicó:

—Es un Espejo del Mar, el símbolo de la Gilda Waldseemüller, hallado en una red de pesca de Ys. Uno de ellos nos advirtió. El marco tiene un mensaje...

Mina levantó el espejo exponiéndolo a la luz del sol y leyó, despacio:

Quita un Tercio a Medianoche  
y sube un Cuarto a Mediodía.  
Ve al Quinto de Levante  
cuando queda un Sexto de Poniente.

—¿Qué significa? —preguntó Murray.

—Significa que en esta ciudad hay un cartógrafo turquí. Rick creyó que era Tolomea. Y en cuanto al mensaje... Es una clave destinada a los viajeros imaginarios. Vuestro profesor pensaba que «Tercio a Medianoche» significaba tres grados de latitud norte menos cuatro de latitud sur y que los demás indicaban respectivamente la longitud este y oeste, pero... siguiendo esa interpretación no se encuentra nada. Motivo por el cual aún estamos todos aquí. —Mina daba vueltas al espejo de plata entre las manos. Ezio se encogió de hombros—. Y ahora que los han capturado puede que sea demasiado tarde para descubrirlo.

—Solo tenemos que encontrar una calle con diez casas —dijo Mina de improviso. Y le devolvió el espejo—. El mensaje no indica en absoluto la latitud y la longitud.

Ezio la fulminó con la mirada, pero Mina permaneció impassible, limitándose a mirarlo fijamente.

—¿Y qué indica, pues?

—Ya lo he dicho —replicó ella.

—¿Podrías repetirlo, niña?

Mina inclinó la cabeza y dijo:

—¿Cómo se piden las cosas?

Ezio apretó con la mano uno de los tres puñales que llevaba en el cinto, como si estuviese a punto de cortarle el cuello, pero después dijo entre dientes:

—Por... favor...

Entonces Mina le sonrió y señaló el espejo.

—Galippi se equivocó al pensar que «Medianoche» indicaba el norte y «Mediodía» el sur. «Medianoche» y «Mediodía» significan medianoche y mediodía. ¿Os acordáis del campanario? ¿Qué hora es?

—Las cinco de la tarde, más o menos —respondió Ezio.

—Bien. La cartógrafa que buscamos se encuentra en la quinta casa, empezando a contar desde el este (levante) y en la sexta empezando a contar desde el oeste (poniente), lo cual significa que la calle tiene diez casas a la fuerza. Y hay que ir a las siete de la tarde. —Shane arrugó la frente y Mina concluyó su explicación—: Para quitar un tercio a la medianoche hay que restar ocho (que es un tercio de veinticuatro) a veinticuatro, que es medianoche. El resultado es dieciséis. Para subir un cuarto al mediodía hay que sumar tres (que es un cuarto de doce) a doce, que es mediodía. Dieciséis más tres: diecinueve. O sea, las siete de la tarde.

Murray se había quedado embobado.

—Eso es ser la mejor en matemáticas.

—¿Algo que objetar acerca de las mujeres? —Mina sonrió burlándose de Ezio.



CAPÍTULO

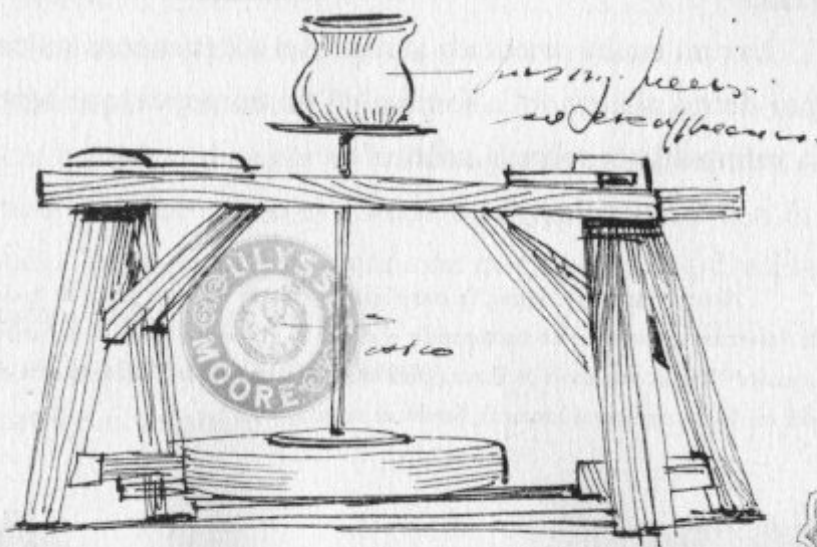
**11**

LA  
CASA  
TURQUÍ

*Don't see for  
honest  
been done*

*no one says  
no one says  
no one says*

EN EL QUE DESCUBRIMOS INSTRUMENTOS DE DIBUJO PECULIARES  
Y LO FÁCIL QUE ES PASAR DE UN BUEN SUEÑO A UNA PESADILLA  
CUANDO NOS INTERRUMPEN MIENTRAS DORMIMOS.



Solo disponían de dos horas para contar todas las casas de Ys, pero, por suerte, gracias a las chimeneas, pudieron hacerlo sin recorrer calle por calle. Excluyeron inmediatamente los callejones muy cortos y las calles principales, que evidentemente albergaban centenares de casas, y concentraron la atención en el laberinto de callejuelas que rodeaban la catedral sumergida.

Se emocionaron al encontrar una con diez casas, pero siguieron buscando, por si acaso había más de una. Sin embargo, poco antes de que dieran las siete, se rindieron ante la evidencia: en Ys había una sola calle compuesta exactamente por diez casas.

Confirmando la intuición de Mina, la sexta casa por el oeste y la quinta por el este era un edificio pintado de azul corroído por el salitre. El sol se estaba poniendo y las fachadas de las demás casas parecían sumergidas en oro. El edificio azul frente al que se detuvieron tenía un bonito portal. Un repujado que representaba a un joven cabalgando un delfín embellecía la verja cerrada.<sup>[9]</sup>

La casa estaba orientada al mar, y el sol poniente la iluminaba por detrás, alargando la sombra de su chimenea, que reproducía la misma figura sobre la calle.

Cuando el campanario sumergido de Lyonesse repicó siete veces, la sombra de la chimenea y la figura se tocaron. Y la verja se entreabrió.

Ezio y los chicos la empujaron con suavidad y alcanzaron la puerta de entrada.

Estaba abierta.

En el interior había una mujer con el rostro surcado de arrugas; sus cabellos blanquísimos, que aprisionaban los últimos rayos de sol, relucían como una aureola.

—¿Cómo puedo ayudaros? —preguntó sonriendo sin mirar a nadie en especial: sus ojos estaban velados de plata.

«Es ciega», pensó Murray.

—Buscamos un puerto muy lejano —respondió Ezio con una leve reverencia.

—¿Por qué creéis que puedo ayudaros?

En vez de responder, Ezio le puso entre las manos el Espejo del Mar. La mujer lo acarició y, tras haberlo reconocido, esbozó una sonrisa.

—¿Habéis traído el dinero?

—Lo suficiente —respondió Ezio.

—Pocas veces lo suficiente es bastante para un espíritu libre... —sentenció la mujer—. Pero el mundo está cambiando, y con él, los ánimos... Venid, entrad... —invitó con un hilo de voz—. Decidme, ¿cuántos sois?

—Somos cuatro —respondió Murray.

La cartógrafa turquí lo miró.

—Cuánta fuerza... —dijo—. ¿Estáis todos seguros de querer ir tan lejos?

—Estamos seguros —respondió Shane.

—Sin duda —confirmó Mina.

Ezio no dijo nada.

A continuación la siguieron al interior de la casa.

Los invitó a pasar a una habitación muy sencilla, inundada por la luz del crepúsculo. A través de dos ventanas gemelas, situadas una frente a otra, entraba un viento más bien fuerte y constante que alzaba las cortinas de gasa.

También había una gran chimenea con el fuego encendido, un torno de alfarero, una mesa para extender la pasta sobre la cual podía verse un montículo de harina y un gran barreño de cobre lleno de un líquido oleoso y aromático. La cartógrafa se acercó a una silla grande en cuyo respaldo había un hueco con forma de círculo a la altura de la nuca. Introdujo allí, orientado hacia el exterior, el espejo de plata; después puso la silla bajo el cono de luz crepuscular, en medio de la corriente de aire, con los utensilios a su espalda y ellos cuatro sentados frente a ella, en taburetes.

Un niño de siete años les sirvió una taza caliente de té azucarado y después desapareció por las habitaciones de la casa.

—Me llamo Tolomea —empezó la mujer—. Dibujo caminos para llegar a los lugares imaginarios que otros inventan. Os ruego que aceptéis lo que resta de mi hospitalidad... y los servicios del joven Mafti. Es un niño un poco torpe, le falta la elegancia natural de los antiguos criados, pero es amable y bien dispuesto con esta pobre vieja. Espero que el té sea de vuestro agrado...

—Murray lo probó: era de sabor acre y muy aromático, vagamente embriagador. Mina, por el contrario, se limitó a calentarse las manos con la taza—. Los tiempos han cambiado mucho, amigos viajeros —prosiguió Tolomea—. Atrás quedaron los años en que, junto a mis compañeros, dibujábamos mapas para los señores del mundo: el Antiguo y el Nuevo, el Olvidado y el que Venía Antes que Todos los Demás. Acudían a nosotros los magos de Babilonia que querían conocer el camino para alcanzar al Rey de Reyes, o el Gran Kan de Oriente que deseaba hallar en los mapas de su vasto

imperio las ciudades de nombres inverosímiles de las que le había hablado su inseparable amigo Marco.<sup>[10]</sup> Pero, con el paso del tiempo, el mundo se ha reducido y sus Señores, creyendo conocerlo entero, han perdido la ilusión; y quienes han aprendido de ellos no sienten el deseo de partir a explorarlo para contar su versión. Quedan pocas rutas libres para quien todavía desea perderse, lo cual es la esencia misma de toda exploración. El viaje es el trayecto, no la meta. Yo me ocupo de eso: de lo que está en medio, en la línea de demarcación. Lo que tenía que decirlos para ejercitar mi magisterio es lo que han oído todos los que han acudido a mí. Y, ahora, decidme cuanto antes qué queréis, pues el crepúsculo, como la luz, tiene sus reglas inmortales y permite dibujar lo que en su ausencia no existe. Os ruego que me habléis del lugar que estáis buscando. Contadme simplemente lo que sabéis de él, si es una tierra de fuego vivo o si su fuego se ha apagado ya... —y con estas palabras el fuego se avivó—, o bien si se trata de una tierra abierta al mar, amigable o huraña, o de una isla a la deriva... —El líquido aromático del barreño de cobre vibró como las alas de una libélula—. Decidme si es un lugar que tiene en la punta de la lengua quien de él habla, cuya esencia es tan inasible que puede asumir todas las formas... —Tolomea colocó la mano huesuda sobre la mesa de la harina—, o si es, por el contrario, una tierra asolada o llena de rincones sombríos, de cuevas y de montañas. — Lentamente, el torno de alfarero empezó a girar.

Los muchachos no respondieron porque no sabían qué decir, y esperaron a que Ezio hablase el primero.

—En verdad, no lo sabemos —murmuró el marinero.

La mujer asintió y movió las manos. El fuego pareció avivarse y un abanico de harina se alzó de la mesa.

—¿Y cuánto deseáis llegar? —preguntó.

—Tanto como lo deseaban nuestros dos amigos, que puede que ya estén allí —respondió entonces Murray. La mujer entornó los ojos, como si hubiese notado un leve pinchazo—. Sabemos que se llama Taprobana... —prosiguió Murray.

—Ahora puedo sentirlo —dijo Tolomea—. Siento fluir tu deseo. Continúa, viajero...

Murray tenía la boca seca. Sorbió el té y la cabeza empezó a darle vueltas como el torno del alfarero.

—Es una isla... —explicó Murray. Mina se estremeció—. Es un lugar oscuro, peligroso... En él se oculta una gran flota para que nadie pueda encontrarla.

—¿Qué barcos ves?

Murray buscó a Ezio con la mirada, pidiéndole ayuda, pero el marinero estaba cabizbajo y tuvo que proseguir solo.

—Un barco negro, con... una mujer con cuatro brazos. Navega veloz y nuestros amigos van a bordo.

—¿Adónde los lleva? —preguntó la mujer.

—Ante el señor de la isla —prosiguió Murray—. Él... él vive en la jungla.

—En una jungla... —murmuró la mujer— negra e impenetrable...

—Hay una ciudad en ruinas... —dijo Murray—. Una ciudad destruida y olvidada. Y... —El fuego crepitó en la chimenea—. ¡No veo nada más! —concluyó Murray derrumbándose en el taburete, agotado.

—Ahora te diré lo que yo veo —replicó Tolomea—. Veo una isla, lo mismo que tú, oculta en los mares de Sumatra. Su nombre no me aparece claro..., hay demasiados pájaros graznando... Tabobrana... o Taprobana... Hay otro viajero, un griego, que la llama la isla de Giambulo... Sostiene que la habitan pueblos capaces de andar con una sola pierna y un solo pie. Yo también veo la ciudad, pero es una ciudad resplandeciente, llena de sol, con puertas colosales, circundada por siete murallas y palacios decorados con pinturas...<sup>[11]</sup>

Las manchas oleaginosas del barreño empezaron a arremolinarse y del recipiente se levantó una nube de un perfume embriagador.

Tolomea calló. Agitó suavemente las manos como si quisiera alejar las visiones.

—¿Cuál de estas versiones es más exacta? —preguntó Murray.

—Todas y ninguna —respondió la cartógrafa turquí—. Como sucede siempre con los lugares imaginarios. Solo existen gracias al deseo de quien los imagina, que tal y como los crea, puede modificarlos y destruirlos. Los lugares imaginarios se desplazan, se extienden y se contraen. Cuando el deseo cambia, todo lo que queda de ellos es el modo en el que se comunican: el aroma, el viento, la luz, el calor, el polvo, el movimiento... Las rutas entre los lugares imaginarios están hechas de todo eso, y no es fácil captar, ni siquiera por un instante, su imagen.

Mientras hablaba, los elementos que iba nombrando caían en un estado de agitación febril: el aroma del barreño y la luz del crepúsculo, el calor del fuego y la harina, el torno que giraba muy rápido sobre sí mismo como la Tierra alrededor del Sol.



—Ahora empiezo a vislumbrar los límites de la isla de la que hablabas, marinero... —murmuró la vieja Tolomea—. Es una isla oscura, la más tenebrosa de los Puertos Oscuros. Existe, siento su presencia, atisbo sus rutas y sus comunicaciones, pero es como si alguien la hubiese ocultado...

—¿Qué ves? —preguntó entonces Ezio, sujetándose de golpe al borde del taburete.

La mujer se llevó la mano al cuello como si le costase respirar; después prosiguió:

—Veo una aldea de palafitos..., árboles retorcidos... Veo la estatua con cuatro brazos de la que ha hablado el chico. Es colosal y está colocada en la entrada de un puerto en el que viven miles de almas negras...

—¡Allí ocultan su flota! —exclamó Ezio—. ¿Dónde está esa isla? ¿Dónde?

Tolomea se dejó caer sobre el respaldo, agotada, y los elementos de la habitación dejaron de arremolinarse de golpe. El Espejo del Mar estaba surcado por señales y relieves. De repente, la cartógrafa turquí abrió los ojos, blancos y lechosos.

—Hay alguien que interfiere —susurró—. Y la protege.

—¿Quién? —preguntó Murray.

—Alguien como tú —respondió la cartógrafa—. Y lo que desea es desmedido.

Murray parpadeó, confundido.

—¿Larry? —susurró.

Tolomea se sujetó a los brazos de la silla e intentó ponerse de pie, pero era como si una fuerza poderosa la mantuviese unida al espejo.

—¡Están aquí! —gritó.

Las llamas crepitaron en la chimenea e inmediatamente después la puerta de entrada se abrió de par en par.

Maftì, el niño que servía en la casa, dejó caer la bandeja y corrió a la habitación, gritando:

—¡Señora! ¡Señora! ¡Han llegado los legionarios!

Una segunda sacudida desquició la puerta y uno de los marineros de la Compañía irrumpió en el pasillo.

Detrás de él, la figura de lady Hyde se recortó contra la luz crepuscular y su larga túnica morada se alzó en dos alas de terciopelo. Cuatro hombres más siguieron al primero como una turba de ratas.

Tolomea se levantó dificultosamente de la vieja silla de madera.

—¡Deprisa! —ordenó agitando sus largas manos—. Hay una puerta trasera.

Ezio desenfundó el puñal y se interpuso entre los legionarios y los muchachos.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Marchaos!

Derribó con un golpe de hombro al primero, que fue a parar contra la pared, y le quitó la espada al segundo. Pero eran demasiados para uno solo.

Murray extrajo su navajita, que era un arma ridícula comparada con las espadas de los otros. Mina cogió uno de los atizadores de la chimenea y lo blandió como una espada.

—¡Cuidado! —oyó gritar.

Se volvió y se dio de narices con un marinero gris que había burlado la defensa de Ezio.

Se llevó el atizador a la altura de la barbilla en posición horizontal, como había visto en los videojuegos, y rezó para que fuese una buena posición. Visto de cerca, el hombre tenía una cara perturbadora: la piel lisa y completamente gris, los ojos sin pupilas, de un solo color, y una raja en lugar de la boca. Con un movimiento mecánico, el tipo le asestó un golpe de arriba abajo que Mina paró, cuadrando los hombros. Luego blandió el atizador frente a él, para alejarlo.

—¡Huye, Mina! ¡Huye! —le gritó Shane. El chico levantó el barreño de cobre por encima de su cabeza y lo arrojó contra el marinero de la Compañía, que cayó rodando—. ¡Chúpate esa! —celebró.

Ezio seguía batiéndose y Murray se ocupaba del último legionario. El chico blandía un atizador con una mano y, con la otra, su navajita, con la que lo amenazaba como si se tratase de un arma letal. El hombre gris intentó atacar y Murray esquivó su acometida. Se volvió de golpe y logró alcanzarle la mano con el atizador, una llave que habría hecho caer la espada de cualquiera, menos la de aquel hombre. El legionario abrió la boca en un grito sordo, sin voz.

—¡Así que tienes boca! —dijo Murray volcándole encima la mesa llena de harina; el tipo se desorientó durante un instante, el tiempo suficiente para que el chico lograra zafarse.

Empujó a Shane fuera de la puerta y gritó:

—¡Ezio!

Pero el rebelde estaba inmerso en un furioso combate con los dos últimos marineros.

—¡Huid! —gritó en medio del fragor de espadas y muebles hechos añicos.

Enfilaron la puerta trasera y bajaron dos tramos de una escalera empinadísima. Desembocaron en un patio donde aleteaban sábanas tendidas. Escaparon intentando zigzaguear y tropezando con la colada que dejaban atrás. Se oía a un niño llorar en algún lugar cercano.

—¿Dónde esta Mina?

—¡No lo sé!

Ezio saltó por una ventana de la casa de Tolomea, perseguido por uno de los marineros, rodó por el suelo y escapó.

Murray intentó imitarlo. Saltó un murete, aterrizó en medio de una callejuela y miró a su alrededor para averiguar hacia dónde corrían Shane y Mina. No veía bien, lo deslumbraba el sol rasante y caminó protegiéndose los ojos con la mano en visera.

Luego vio una gran mancha oscura, pero cuando comprendió de qué se trataba ya era demasiado tarde.

Lady Hyde lo sujetó por la muñeca, se la retorció y lo arrojó al suelo, lo que hizo que se diera un fuerte golpe contra el muro de una casa.

—¿Quién eres? ¿Quiénes son tus amigos? —le preguntó cerniéndose sobre él con una mirada terrible.

Murray se arrastró, con la espalda contra la pared, frotándose la muñeca dolorida.

—Vete al diablo... Vete al diablo... Vete al diablo —repitió obsesivamente.

Con un revoloteo de su túnica morada, lady Hyde se arrodilló frente a él.

—¿Quién te envía?

Su voz profunda tenía un tono sarcástico y su expresión era aterradora, como si tuviese los dientes de una fiera.

—Vete al...

Lady Hyde lo sujetó por el cuello.

Y entonces...

—¡SUÉLTALO! —gritó una voz a su espalda.

La oficial de la Compañía de las Indias Imaginarias se volvió lentamente. Murray pudo oír el siseo del terciopelo de su túnica. Después le soltó el cuello.

El muchacho se escurrió hasta el suelo, se levantó e intentó alejarse. Vio que de una de las casas cercanas había salido un hombre que empuñaba una vieja pistola de bucanero.

—Quienquiera que seas, te va a costar muy caro —dijo entre dientes lady Hyde al desconocido.

—¡No te muevas de aquí! —replicó el hombre—. Y tú lárgate, muchacho.

A Murray le hubiese gustado darle las gracias, pero no le quedaba ni un hilo de voz.

—¿Qué puedo ofrecerte, chico? —musitó el desconocido cuando Murray pasó por su lado.

—¡Libertad! —respondió Murray.

Comprendió entonces que los rebeldes estaban repartidos por toda la isla.

Lady Hyde parecía divertirse con aquella comedia.

—¡Qué valiente! ¡Ayudar a unos ladronzuelos a escapar! ¡La Compañía te recompensará!

—¡He dicho que no te muevas! —dijo el hombre mientras Murray se alejaba.

Le hubiera gustado quedarse para ayudarlo, pero tenía demasiado miedo. Huyó lo más deprisa que pudo, después oyó un disparo y un grito.

Pero no era el de una mujer.

Murray volvió a oír más gritos y ruido de cosas que se hacían añicos provenientes de la casa turquí. Entonces se paró. Con el puño en alto gritó a voz en cuello:

—¡Yo, Murray, juro que me las pagaréis! ¡A mí y a todos los rebeldes de Ulysses Moore!

Bajó el puño. El sol desapareció en el horizonte, e inmediatamente la oscuridad se cernió sobre sus pies.

Tuvo la impresión de haberle gritado al viento, de que todo lo que había hecho hasta aquel momento había sido inútil.

Agachó la cabeza y se encaminó corriendo hacia el pinar.

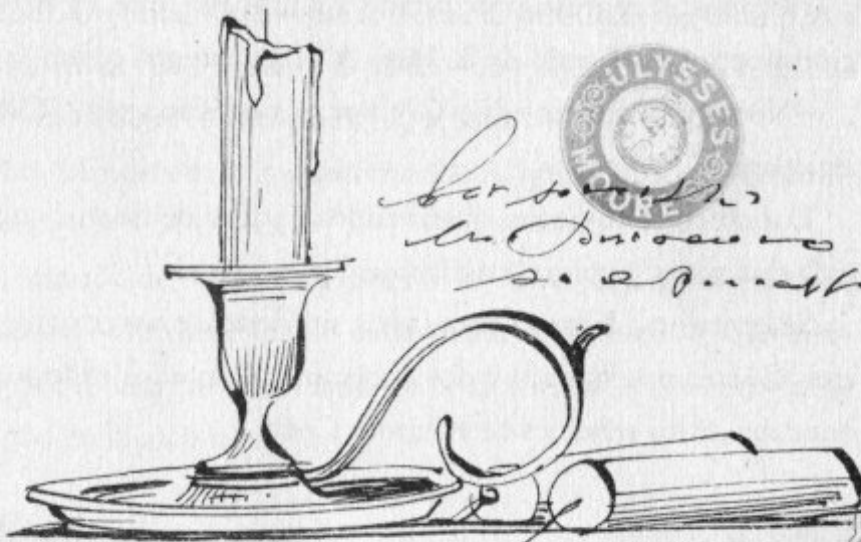


CAPÍTULO

12

LOS  
ÚLTIMOS  
REBELDES

EN EL QUE SE DESCUBREN ALGUNAS DE LAS HABITACIONES  
MENOS CONCURRIDAS DE VILLA ARGO,  
INCLUIDAS LAS QUE HAN PERMANECIDO  
CERRADAS DURANTE MUCHO TIEMPO.



**P**enelope Moore observaba el cielo nocturno, sin estrellas. Tenía las manos cruzadas a la espalda. Detrás de ella, el fuego de la chimenea crepitaba suavemente y proyectaba un arco de luz tenue, sombras que se alargaban y desaparecían en los bordes de los muebles.

—¿Aún no hay noticias de Ezio y del *Némesis*? —preguntó al oír a Disko Troop entrar en la habitación.

—Me temo que no, señora —respondió el viejo pescador de merluzas. Se sentó en una butaca libre.

Murray, Mina y Shane estaban sentados alrededor del fuego. A su lado, Connor intentaba animarlos sin flaquear. Habían hecho todo lo que habían podido. Ellos no tenían la culpa. No podían saber que los estaban siguiendo.

Murray no dejaba de pensar en la huida. La carrera hasta el pinar, llamando a Shane y a Mina. El vuelco que le había dado el corazón al encontrarlos, sanos y salvos, en la pequeña bahía donde habían ocultado el bote.

Después, el regreso precipitado a Kilmore Cove. La navegación nocturna a bordo de la *Metis*. Y el mar negro como la pez.

—No os preocupéis —dijo Connor por enésima vez—. Todo se arreglará.

Los chicos estuvieron observando al padre de Shane, que seguía durmiendo como si no hubiera pasado nada.

Se sentaron a la mesa para cenar, sin dejar de hacer comentarios. Cuatro muchachos y dos ancianos. ¿Eran ellos todo lo que quedaba de los rebeldes de Kilmore Cove?

Las cucharas tintineaban contra el borde de los platos. Se hizo el silencio. El caldo estaba caliente. Era tonificante y especiado.

—¿Así que en los últimos tiempos habéis perdido el contacto con los demás rebeldes? —preguntó Connor.

Penelope Moore asintió.

—Desgraciadamente, cada vez más. También porque después de la pérdida de la *Metis*, la peor desgracia ocurrida en esta casa, y el motivo inicial por el que nos reuníamos en este salón, fue que la Puerta del Tiempo se había cerrado. Antes de eso, para ir a algún lugar imaginario, bastaba con tener un libro que hablase de él o cualquier objeto perteneciente a ese lugar; a veces incluso no hacía falta nada, según la intensidad del deseo... No sé cómo explicarlo...

—Tolomea empleó esa misma palabra, «deseo» —murmuró entonces Murray.

Penelope asintió.

—Es la palabra apropiada, sí. El deseo de llegar, de explorar, de estar allí. De imaginar lo que se siente al otro lado del confín. Así funcionaban... las Puertas y la *Metis*. —La mujer sonrió al recordar un pasado que se le antojaba muy lejano.

—Lo leímos en el manuscrito de Ulysses Moore —recordó Mina.

—Después, de buenas a primeras, las llaves dejaron de abrir la cerradura. —Penelope señaló cuatro llaves de hierro forjado apoyadas sobre una mesita al lado de la chimenea, entre fotografías antiguas en blanco y negro.

—¿Y no hubo manera de arreglarla? —preguntó Connor sorbiendo el caldo.

—A decir verdad, en los muchos años en que hemos vivido en esta casa, mi marido y yo estábamos convencidos de saber cómo funcionaban las Puertas. Pero cuando la cerradura se rompió, no... —Penelope hizo un gesto vago, de esos que se hacen cuando se habla de cosas que no han ido bien y de las que no se tiene ganas de hablar—. Pero dejémoslo estar. Tenemos asuntos más urgentes que afrontar... como por ejemplo intentar dormir un poco. Arriba, vuestras habitaciones están listas.

Murray, Mina y Shane intercambiaron las miradas.

Penelope Moore sonrió.

—Villa Argo estará contenta de alojaros, ya veréis. Hace mucho tiempo que nadie duerme en estas habitaciones.

Los chicos subieron la escalera provistos de velas y palmatorias. La vieja escalera de Villa Argo acogió dulcemente los pasos de los cuatro amigos y los marcos de las ventanas crujieron por lo bajo. Los retratos de los antepasados de la familia Moore, iluminados por la luz azul de las velas, parecían menos austeros de lo normal, pero mucho más lejanos. Xavier, el fundador de la dinastía, cuyo retrato se hallaba al fondo de la escalera, parecía un antiguo romano.

Murray, Mina, Shane y Connor siguieron a Penelope hasta sus respectivas habitaciones. Pasaron por delante del gran espejo que coronaba la escalera y doblaron a la derecha. Dejaron atrás un antiguo baño de mármol, cuyas tuberías pitaban amenazadoramente, y el cuarto de Penelope, tapizado de raso verde. Los dormitorios daban al salón contiguo, atiborrado de marcos de plata y objetos decorativos. Una habitación gris y estrecha para Mina; una más grande, con dos camas y un minúsculo baño fuera de uso, para Murray y

Shane, y la habitación esquinera, azul marino, con una cama estilo imperio, para Connor.

Una lámpara de techo apagada oscilaba suavemente en el salón, y un hilo de viento se filtraba por el desván. Penelope les advirtió que tuvieran cuidado con las velas porque casi todas las habitaciones tenían las paredes tapizadas y los suelos alfombrados con una ajada moqueta.

Sobre sus camas encontraron un par de toallas dobladas que olían un poco a cerrado.

Penelope levantó su vela mientras les deseaba las buenas noches y luego se metió en su habitación. No les preguntó lo que querían para desayunar. Con el embargo no debía de haber mucha elección.

Al quedarse solos, los chicos empezaron a comentar los eventos del día, como sucede a menudo cuando ya es de noche pero las emociones de lo vivido permanecen despiertas. Connor fue al baño el primero e hizo chirriar los grifos al abrirlos. Shane dijo que iba a bajar para echar una ojeada a su padre, que descansaba todavía en el sofá. Murray y Mina, solos y con el baño ocupado, decidieron explorar las dos habitaciones del otro lado de la escalera.

La primera era una gran biblioteca, con estanterías que llegaban hasta el techo, pintado al fresco con un árbol genealógico.

—Estos Moore estaban un poco obsesionados con la familia... — murmuró Mina, que de obsesiones familiares sabía un rato largo.

Murray levantó la vela para leer los nombres colocados sobre las ramas que salían del tronco central. El más reciente solo tenía dos: «Ulysses» y «Penelope».

—No han tenido hijos —murmuró el chico, algo apenado por el descubrimiento.

En las estanterías, llenas de polvo, faltaban muchos ejemplares, que estaban apoyados desordenadamente por todas partes, incluso apilados en el suelo. Estos últimos parecían haber sido hojeados hacía poco. A Mina le pareció reconocer, por el modo en que estaban esparcidos, el desorden propio del profesor Galippi. En efecto, encontró una nota suya, absolutamente incomprensible, dentro de un viejo libro.

—Murray... —le llamó la chica después de haber echado un vistazo a la nota del profesor—, mira lo que he encontrado. ¿Recuerdas lo que nos ha dicho la cartógrafa?

—«La Ciudad del Sol» —leyó Murray en la cubierta; después cambió la vela de lugar para hojear las páginas.



Pero en aquella biblioteca la oscuridad era muy densa y la atmósfera muy tétrica, así que decidieron volver a la escalera y curiosear en la última habitación que quedaba. Fueron a parar al torreón. Era un espacio diáfano y mal arreglado, pero su forma irregular, con cuatro grandes ventanales desde los cuales se dominaba prácticamente todo el terreno circundante, le confería un encanto misterioso. La tenue luminiscencia de la noche se filtraba a través de ellos. El mar y el acantilado parecían rugir amenazadoramente, y el pueblo, al fondo de la bahía, estaba envuelto en una oscuridad inquietante.

Mina y Murray se arrodillaron, apoyaron las velas en el suelo, una al lado de la otra, y en el haz de luz abrieron el libro con las notas del profesor Galippi.

«La Ciudad del Sol es la ciudad más perfecta de las construidas por el hombre... Está ubicada en la isla de Taprobana... —había escrito el profesor con caligrafía ligera, a excepción de los puntos de las íes, insólitamente enfatizados—. Se dice que sus habitantes tienen una sola pierna y un solo pie. Están gobernados por un sacerdote y protegidos por siete murallas. Los niños son muy importantes, así como su educación. Para que no reciban influencias y crezcan sanos, se les aleja de sus familias lo antes posible y se les asigna un maestro. O bien se les deja libres para corretear por las calles, donde aprenden jugando. También hay siete oficiales que...»

Mina dio la vuelta a la hoja para seguir leyendo pero no había nada más escrito.

—Es muy raro, ¿no crees? —preguntó pasándole la nota a Murray.

—¿Qué?

—¿Por qué la flota de la Compañía debería ocultarse precisamente en la ciudad más perfecta que el hombre haya construido? —Murray la miró—. Lo que quiero decir —prosiguió Mina— es que la Compañía es mala, ¿no? Esta Ciudad del Sol, por el contrario, parece mucho mejor que la nuestra... y que este lugar —Mina señaló la escalera—. Una aldea abandonada, una vieja casa vacía llena de recuerdos incomprensibles y de libros polvorientos y... toda esta oscuridad que nos rodea...

Murray seguía mirándola mientras hablaba, después oyó, o le pareció oír, que alguien entreabría la puerta de la escalera como queriendo comprobar que estaban allí.

Quedó a la espera mientras la luz de las velas danzaba lentamente a su alrededor, pero nadie los llamó.

—No sé, Mina —respondió—. Puede que los lugares imaginarios cambien según quien los imagine... —En ese momento una misteriosa

corriente empezó a filtrarse por una de las ventanas del torreón. Después sopló tan fuerte que las velas se apagaron de golpe, dejándolos en la oscuridad más absoluta. Murray comprobó a tientas que la ventana estuviera bien cerrada, y acto seguido llamó—: ¿Mina?

—Estoy aquí.

—¿Tienes un encendedor?

—No.

—¿Cerillas?

—¿Tú qué crees?

—Que no.

—Exacto.

Se quedaron en silencio durante unos momentos.

—Creo que tendríamos que bajar —dijo Murray—. Debería haber en la cocina.

—Puede.

Se acercaron el uno al otro.

—A lo mejor Connor o Shane tienen.

—Es verdad.

—¿Bajamos?

Mina le dio la mano y Murray, sorprendido, la apretó.

—¿Has cogido las velas?

—¿Tú has cogido el libro?

—Sí.

Alcanzaron lentamente la puerta que alguien o algo había entreabierto poco antes. La corriente que soplabá a través de la ventana no había disminuido y les mordía los tobillos.

Salieron a la escalera, sus sombras se reflejaron en el espejo. Todas las habitaciones estaban a oscuras. Bajaron a la planta baja sin soltarse de la mano y se dirigieron a la cocina.

—¿Murray?

Mina se detuvo. Oía un lejano zumbido y veía un extraño resplandor salir de la estancia que tenían delante de ellos, el comedor donde habían cenado.

Pero el resplandor procedía de las brasas incandescentes de la chimenea. Y el zumbido no era otro que el del señor Waitling, que seguía durmiendo en el sofá.

—Espérame... —dijo Murray soltándole la mano. Cogió dos velas largas con la intención de encenderlas en los rescoldos. Pero en la penumbra chocó con una mesita y algo que hizo mucho ruido al caer rodó por el suelo.

—¡Ay! —exclamó.

—¿Murray? ¿Qué ha pasado? —Mina lo alcanzó.

Murray se frotó la pierna e inspeccionó a tientas a su alrededor para comprobar qué había tirado. Mientras tanto, Mina se arrodilló ante el fuego. La cera se derritió y goteó en el suelo; y la mecha se retorció poco a poco antes de que brotase una llamita de corazón rojo.

La mano de Murray dio con algo.

—Son las llaves de la Puerta del Tiempo... —dijo.

Mientras las recogía, sintió la corriente de aire bajar por la escalera y cernirse sobre ellos, fuerte y amenazadora. Era casi como un quejido que reptaba entre los muebles de la casa. Le recorrió la piel y le erizó el vello de los brazos.

Después hubo otro murmullo lejano... Quizá el rumor de las olas rompiéndose contra los escollos, o bien el agua...

—¿Larry? —murmuró Murray sin saber por qué.

La llama de las velas empezó a alargarse rápidamente.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Mina.

—He dicho «Larry».

—¿Por qué?

—No lo sé. —Las cuatro llaves eran ligeras. Macizas y ligeras—. Deseo e imaginación... —murmuró el chico apartándose el flequillo de los ojos—. ¿No es lo que nos han dicho?

Se sobresaltaron al oír un gemido de repente.

El señor Waitling se dio la vuelta en el sofá, quizá importunado por la presencia de los chicos.

Murray lo miró y dijo:

—Estática.

—¿Cómo?

Murray caminó en la oscuridad, se agachó al lado del cuerpo dormido del padre de Shane y recogió del suelo una pequeña radio de monte que, con el volumen al mínimo, hacía ruiditos.

—Shane debe de haber olvidado apagarla...

—O la ha dejado encendida para que le hiciera compañía —intuyó Mina, sonriendo—. Pero no ha sintonizado ninguna emisora.

Murray apagó la radio, pero el ruido de fondo no desapareció. Permaneció flotando en el aire como una masa sinuosa, una vibración que parecía salir de la propia casa. No les asustaba, pero era como una presencia, como si alguien los estuviera observando.

Parecía proceder de todas las habitaciones de Villa Argo y de un lugar concreto a la vez.

—Viene de abajo —murmuró Murray cuando por fin se dio cuenta.

A sus pies estaba el acantilado, la gruta. Imaginó sus galerías abandonadas. El vacío y el polvo. El silencio y el fragor del mar retumbando en los escollos. Pensó que bajo sus pies estaba la tierra. A la tierra le seguía el vacío. Y al vacío, quizá, algo diferente.

Mina no supo lo que estaba pensando Murray, pero intuyó que era importante y bajó las velas, dejando que la oscuridad guiase a su amigo.

Murray abandonó el salón, cruzó el pasillo corto que lo separaba de la escalera y, a medio camino, subió algunos peldaños por el lado opuesto y entró en la habitación más antigua de Villa Argo. La que tenía el techo de ladrillos.

Se detuvo frente a la Puerta del Tiempo.

Las velas que llevaba Mina, detrás de él, proyectaban su sombra sobre la madera antigua y el dintel ennegrecido de la puerta. Murray estudió la cerradura de metal, insólitamente negra y brillante. Los quicios de la pared. Las jambas de madera que se sujetaban en la piedra.

El ruido era mayor allí, parecía salir por el resquicio de la puerta y unirse a la corriente que bajaba por la escalera, procedente de la ventana entreabierta de la habitación del torreón. Murray podía oír el rumor en torno a él.

Como cuando estaba sumergido en el agua. En su casa.

Escogió una de las cuatro llaves y la acercó a la cerradura.

—¿Murray? —murmuró Mina.

La llave giró con un débil clac.

Luego giró la segunda.

Giraron las cuatro.

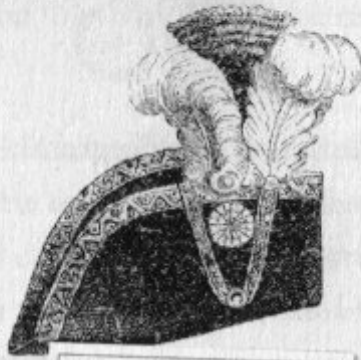
En ese preciso instante, la ventana del torreón se abrió de par en par con un golpe seco y la corriente alargó la llama de las velas hasta casi alcanzar la pared.

Las volvió a apagar.

«Deseo, imaginación, movimiento», pensó Murray con la mente llena de tambores.

Apoyó las manos en la Puerta del Tiempo y la abrió.

Al otro lado se extendía una espesa jungla.



CAPÍTULO

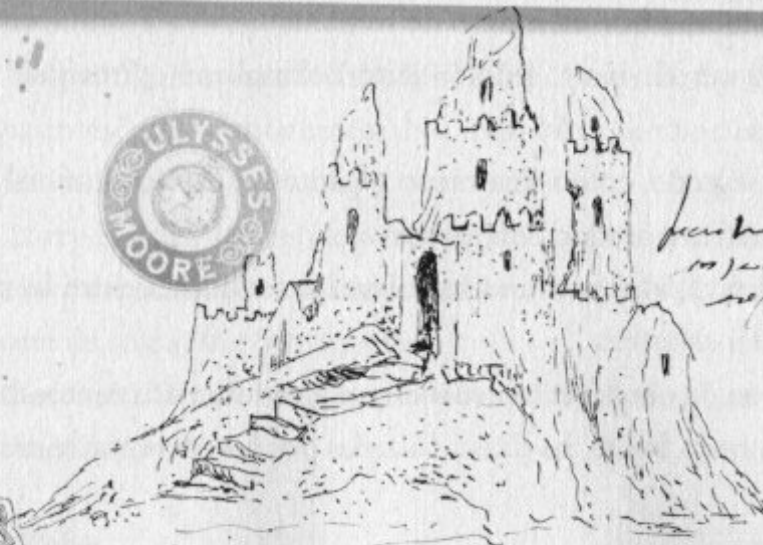
**13**

LA  
TORMENTA  
DE ARENA

*Para el  
sueño  
de la  
tormenta*

*de la  
tormenta  
de la  
tormenta*

EN EL QUE LA TEMIDA TORMENTA POR FIN LLEGA DE VERDAD  
Y LO ÚNICO QUE SE PUEDE HACER ES PEDIR AUXILIO  
AL VIEJO PEZ ROJO.



*Para el  
sueño  
de la  
tormenta*

—¡Beeellingham! ¡Beeellingham! —bramó Larry Huxley cuando la ráfaga de arena arrancó las cortinas de la terraza.

Al supervisor de la Compañía casi no le dio tiempo de refugiarse en el claustro antes de que un torbellino le hiciese caer. Se quedó observando, horrorizado, como descuajaba los pabellones y los arrojaba contra la fachada del Castillo de Arena.

—¿Qué está ocurriendo, Bellingham? —gritó.

Pero el viento no daba señales de amainar. Arremolinó la arena contra la columnata del claustro, millones de granos que golpeaban la piedra, y cesó como la calma que precede a la tempestad.

Un par de sirvientes salieron jadeando de sus habitaciones, mientras que Larry Huxley cruzaba el patio del edificio a toda prisa intentando refugiarse en la suya.

—¡Beeellingham! ¿Dónde te has metido?

Vio su figura perfilarse contra el fondo vívido del desierto.

Las dunas, que hasta hacía poco resplandecían cegadoras, parecían cubiertas por un manto de sombras.

—¡Otra vez el viento, señor! —gritó Bellingham—. ¡Protéjase! La tormenta...

Acto seguido, como una mano gigantesca, barrió al oficial de Asuntos Africanos, que desapareció.

—¡Murray! ¡Murray! —murmuraban los servidores entre las columnas del claustro.

Dejaron de obedecer las órdenes y se arrodillaron a orar tocando el suelo con la frente, las túnicas alzadas por la tormenta de arena.

El supervisor de la Compañía de las Indias imprecó, subiendo los peldaños de dos en dos. Alcanzó la ventana cuyas cortinas habían sido arrancadas de cuajo y contempló, con horror, como las cadenas que debían alzar Zerzura volteaban al aire como serpientes. El viento sacudía los dirigibles como si fueran globos, y estos caían uno tras otro, estrellándose en las dunas.

—¡Retiraos! ¡Retiraos! —gritó Larry Huxley cerrando la ventana con urgencia.

Se apoyó contra ella, respirando con dificultad.

—Whiskers, ¿estás bien? —preguntó, jadeando.

Otra explosión. Cosas que se hacían añicos. Metal aullando. Gritos.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Cómo era posible que Bellingham no hubiese previsto una tormenta de aquellas dimensiones? ¿Y sus ingenieros? ¿Los

hechiceros?

¿Qué decían los hechiceros?

Larry Huxley respiró y le pidió auxilio al conejo de peluche, obligándose a sobreponerse.

—¿Qué significa este viento, Whiskers? Y, ese nombre, Murray... ¿Quién es? ¿Lo conocemos? No. No. No tenemos ni idea de quién es...

Larry Huxley se alejó lentamente de la ventana y cruzó la pequeña habitación. Una cama. Una librería repleta de volúmenes. Y otra de soldaditos y maquetas.

Levantó a Whiskers del suelo y le quitó la arena que se le había metido por la ropa.

Se había calmado.

—En estos casos, Whiskers, cuando no se entiende lo que pasa, solo se puede hacer una cosa. ¿Sabes cuál? —dijo el supervisor de la Compañía de las Indias Imaginarias.

Se pasó los dedos por debajo de la nariz para comprobar que no sangraba. Pero estaba bien. Todo estaba bien.

—Hay que dar guerra —susurró.

Fuera de la ventana de su habitación los dirigibles chocaban unos contra otros y las cadenas chasqueaban dando latigazos al aire.

Apretando muy fuerte a Whiskers contra su pecho, Larry Huxley salió al pasillo, entró en el baño y apoyó el conejo en su rincón favorito, al lado del lavamanos.

Luego miró dentro de la bañera, llena hasta la mitad de agua del color del bronce, en cuya superficie flotaban una multitud de islas minúsculas. Eran un poco más grandes que los tapones de corcho, y un palillo clavado en cada una sostenía una bandera con un nombre.

En el agua de la bañera, bajo aquel extraño archipiélago, había un gran pez rojo que se agitó cuando Larry Huxley se asomó al borde.

—Tranquilo, Nemo —susurró Larry—. Tranquilo.

La tormenta hacía vibrar todo a su alrededor. El Castillo de Arena estaba a punto de desintegrarse.

Pero no sucedería. Oh, no. No sucedería.

Podía estar tranquilo.

Larry Huxley se inclinó sobre la bañera y su mudo habitante. Acarició la superficie del agua. Frente a él tenía el mapa líquido de sus posesiones, hecho de grandes espacios marinos y de pequeñas islas. Lugares separados por el agua. Con un nombre. Nada más.

Cogió una de las islas de corcho y le habló, apretándola entre las manos.

—¿Qué está sucediendo, Woland?

Después cogió otra isla flotante e hizo lo mismo.

—¿Kurtz?

Y la tercera.

—¿Lady Hyde?

Les preguntó a todas quién era Murray.

Murray.

Murray.

Hasta que la superficie del agua vibró, el pez rojo se movió y Larry Huxley recibió la respuesta de lady Hyde.



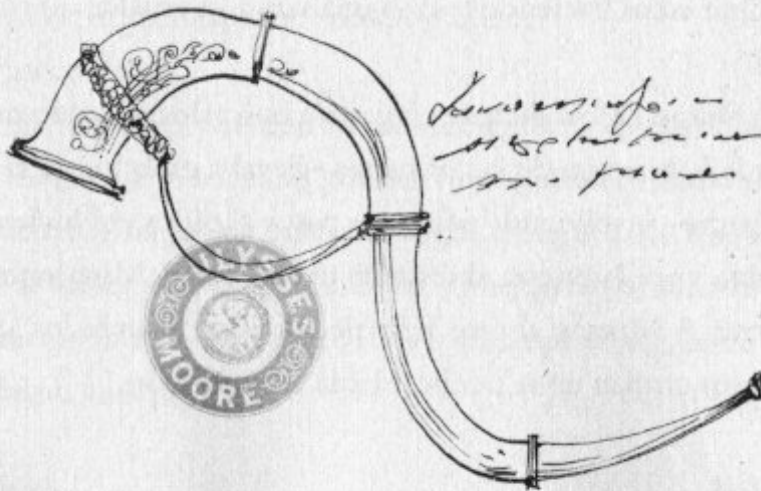


CAPÍTULO

14

LA CIUDAD  
DE LOS MUROS  
PINTADOS

EN EL QUE LA MEJOR MANERA DE ESCONDER LAS TRAMPAS  
ES PINTARLAS EN LOS MUROS, Y BASTA ENCENDER LA LUZ  
PARA ATRAER A LOS CURIOSOS.



**M**urray y Mina creyeron que la oscuridad les estaba jugando una mala pasada. Sin embargo, la jungla estaba allí, a pocos pasos: árboles de troncos blancos retorcidos que la luz plateada de la luna iluminaba. Una luna invisible desde la ventana de Villa Argo.

Titubearon y se acercaron el uno al otro.

—¿Sabes lo que significa esto? —murmuró Mina.

—No —admitió el chico mirándose las manos.

—Que la has abierto.

—Y aquí hay una jungla. De la que salen rutas que se interrumpen... —murmuró, embelesado por el movimiento suave de las hojas anchas y planas más allá de la puerta—. Sujétame —dijo.

Agarrado a Mina se aventuró a dar un paso al otro lado. El terreno era sólido. Mullido, pero sólido. Al segundo paso pisó una ramita. Crac.

—Quizá deberíamos llamar a Penelope... —dijo Mina.

Quizá.

Pero todavía no.

—¿Qué estáis haciendo? —dijo una voz a su espalda que los sobresaltó.

Era Shane. Debía de haber bajado a buscarlos, pasando primero por la habitación de la chimenea —llevaba en la mano la radio de su padre— y volviendo sobre sus pasos al oírlos cuchichear.

Había visto la puerta abierta de par en par. A Mina sujetando a Murray. A Murray al otro lado de la puerta, donde los árboles retorcidos crujían en la noche. Había enmudecido.

—Murray ha abierto la Puerta del Tiempo —dijo Mina en voz baja.

—Y ahora, ¿qué queréis hacer? —preguntó Shane.

—¿Damos una vuelta por Taprobana? —replicó Murray, esbozando una sonrisa.

Mina rió, nerviosa.

—¿Cómo sabes que eso es Taprobana?

—Si lo dice Murray, será verdad —observó Shane—. Echemos un vistazo.

Y cruzó la Puerta del Tiempo.

Murray tiró de Mina.

Y en cuanto la muchacha pasó al otro lado, la corriente de aire de Villa Argo cerró la puerta a sus espaldas con violencia.

—¡No! ¡Lo sabía! ¡Estamos atrapados! —exclamó Mina, asustada.

Por ese lado, la Puerta del Tiempo era vieja, alta y estrecha. Estaba decorada con marquetería, con figuras talladas que le recordaban a las de los templos de la India. La empujó y descubrió sorprendida que podía abrirla sin ningún esfuerzo.

—No estamos atrapados —observó Shane.

—Parece que no.

Mina se volvió y se percató de que estaban en el patio de un edificio en ruinas, rodeado por un viejo pórtico invadido por la vegetación. Una jungla espesa ocupaba el lugar de lo que antaño debía de haber sido un prado: cañas y plantas trepadoras de gruesos troncos subían hasta los tejados inclinados de algunas terrazas que daban al patio.

—¿A qué clase de lugar hemos ido a parar? —preguntó Shane.

—A una vieja pagoda —respondió Mina.

Por encima de ellos resplandecía una luna afilada y luminosa, y el cielo estaba salpicado de estrellas. Caminaron por un sotobosque húmedo, cubierto de musgo y hojarasca, hasta llegar a un gran portal en ruinas que cerraba el patio. Más allá se entreveía un camino.

Murray halló el modo de franquearlo y les hizo señal de que lo siguieran.

El camino era muy estrecho y estaba flanqueado por los muros de otras pagodas, altos como edificios de tres pisos y pintados con frescos antiguos de los que solo quedaban restos misteriosos. Se apreciaban a ambos lados aparatos mecánicos, palancas, tornos, una prensa de libros, un molino o quizá un dique. Después, al adentrarse, en uno de los lados vieron espadas, escudos y otras armas extrañas y, enfrente, fragmentos de maquinaria y utensilios de taller: martillos, sierras, yunques y tenazas dibujados a gran escala.

El paso estaba prácticamente obstruido por matas de bambú, montañas de cascotes y muros en ruinas. En las ventanas no se veía ni una sola luz ni se oía otro ruido que no fuese el piar de los pájaros nocturnos, los chillidos de los monos o el roce de las ramas en los muros. El adoquinado estaba alfombrado por una tupida extensión de helechos que les llegaban a la cintura y por raíces que parecían serpientes. Unos árboles exuberantes crecían en los portales más oscuros de los edificios.

Tomaron una dirección al azar, la que les pareció más practicable, y avanzaron en fila mirando a su alrededor con circunspección. El aire caliente e increíblemente húmedo les pegaba la ropa al cuerpo, y el olor de su propio sudor atrajo, casi de inmediato, insectos de enormes alas vibrantes.

Desfilaron ante sus ojos más muros pintados, balcones desplomados, tejados hundidos, pedestales de estatuas desaparecidas desde tiempos

remotos. A ambos lados del camino, entre una pagoda y otra, se abrían callejones oscuros donde la luz de la luna no lograba penetrar.

A medida que avanzaban, un rumor ahogado de gritos, voces y silbidos, horribles y amenazadores, iba en aumento. También se oía un lejano sonido misterioso y repetitivo, una especie de disparo metálico que a veces parecía proceder de un edificio abandonado y otras de algún callejón oscuro del lado opuesto. Pero cuando se detenían a escuchar desaparecía.

Murray guiaba la expedición, avanzando con paso constante entre los helechos, como si obedeciese a una llamada. Mina, que iba detrás de él, se volvía de vez en cuando. Contaba las pagodas que dejaban atrás y procuraba no olvidar las pinturas del muro de la casa por la que habían entrado. Shane miraba a su alrededor con movimientos rápidos y bruscos propios de un cazador. También había oído el misterioso sonido metálico y permanecía alerta, por si lo volvía a oír.

Pero siempre lo cogía por sorpresa, como si se hubiese distraído un segundo, y no lograba entender de qué se trataba.

Dejaron atrás una especie de plazoleta, en cuyo centro parecía que faltara un monumento. Sentado en lo alto del pedestal, que triplicaba la altura de los chicos, había un mono burlón de ojos azules que desapareció gritando en cuanto los vio. Tuvieron la desagradable sensación de que el mono no era el único que los estaba observando.

—Creo que deberíamos volver ya —murmuró Shane al notar que el camino estaba bloqueado por una muralla cubierta de plantas trepadoras.

—Todavía no... —respondió Murray.

Se acercó a los bloques gigantescos que obstruían el paso y apoyó las manos encima. Estaban calientes y eran porosos. Su vista, ya acostumbrada a la penumbra, distinguió, a un lado, los vestigios de la antigua puerta de la ciudad, completamente invadida por árboles y ruinas y, al otro, una escalera muy empinada excavada en la piedra que subía hasta lo más alto de las murallas.

—¿Murray? —intentó detenerlo Mina.

Pero él ya había empezado a subir.

Los chicos siguieron a Murray sin dejar de resoplar y de tropezar, teniendo cuidado de no caerse. Los peldaños resbalaban y eran muy empinados, y la subida, en su conjunto, fue agotadora.

A medida que subían lograban ver mejor la forma de la ciudad: era circular y antaño debía de haber sido majestuosa. Pagodas de osada geometría se sucedían formando círculos concéntricos cada vez más estrechos.

Siete círculos concéntricos, tal y como había visto Tolomea y como había anotado el profesor Galippi, refiriéndose a la Ciudad del Sol. Pero aquella ciudad parecía haberse transformado en su contrario exacto.

Cuando llegaron arriba vieron, a sus pies, una enorme extensión de jungla negra cruzada por un río de plata que formaba un aguazal. El aire era cálido, dulce, elástico, aromatizado por el suave perfume de árboles desconocidos. El cielo, de color añil, estaba salpicado por millares de estrellas brillantes e iluminaba fantasmagóricamente una lejana aldea de palafitos, al menos a dos días de marcha de donde se encontraban. Se vislumbraban luces, casas y dos insólitas chimeneas que exhalaban densas volutas de humo negro. Grupos de marabúes revoloteaban por encima de la corriente, posándose en ambas orillas, a los pies de los tamarindos arqueados sobre las aguas. Un silencio tétrico, misterioso, reinaba por doquier. De vez en cuando, el follaje murmuraba, mecido por una ráfaga de viento que transportaba hasta ellos la letanía de un instrumento exótico y lejano, el aullido agudo y melancólico de un chacal o el graznido de los cuervos.

—Es un ramsinga... —dijo Mina al reconocer el instrumento que producía, en algún lugar de la jungla, aquella letanía innatural.

—Mirad allí abajo... —dijo Murray señalando un punto más allá de la aldea de palafitos, donde la cinta plateada del río desembocaba en el vasto espejo oscuro del mar.

Una serie de piras, de decenas de metros de altura, ardían ante la colosal estatua de una mujer con cuatro brazos que custodiaba la entrada del puerto. Las llamas se elevaban en el cielo velando la luz de la luna y crepitaban silenciosas e irreales. A pesar de la distancia, se distinguían, anclados en el puerto, cientos de barcos diferentes que se apretaban a la sombra de la gran efigie.

—Me parece que es el puerto que estamos buscando... —observó Shane.

Se agazaparon en lo alto de la muralla, asustados por aquel espectáculo salvaje, preocupados sin motivo por la idea de ser descubiertos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Mina.

El aire era tan caliente que quitaba la respiración.

—No tengo ni idea, chicos —murmuró Murray—. Hace un momento estábamos en el salón de Villa Argo y ahora... —Señaló la ciudad fantástica y el tétrico puerto flameante.

—En Taprobana... —concluyó Shane en su lugar—. Pero ¿se puede saber cómo lo has hecho?

Murray se encogió de hombros.

—He cogido las llaves y... las he usado.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿No has pronunciado fórmulas mágicas?

—Nada de fórmulas mágicas. Deseaba abrirla y ha funcionado. ¡Ostras! ¡Ha funcionado realmente!

Mina tenía los ojos húmedos de la emoción. Mientras tanto, las nubes estaban ocultando la luna.

—Yo creo que deberíamos regresar inmediatamente —dijo Mina, emocionada—. Despertar a todos y explicarles lo que has logrado, porque creo que podría ser mucho más importante de lo que creemos.

—¿Más importante que haber encontrado el puerto secreto de la Compañía? —preguntó Shane.

—¿Donde puede que se encuentren Rick y el profesor Galippi? —añadió Murray.

Mina asintió.

—Yo creo que sí.

Unos mosquitos enormes empezaron a revolotear a su alrededor, inquietos de repente.

—¿Y si no podemos volver a abrirla? —preguntó Murray—. ¿O no se abre en el mismo sitio?

—No tenemos por qué cerrarla —le respondió Shane.

Volvieron rápidamente sobre sus pasos. Unas nubes imponentes estaban cubriendo el cielo y la visibilidad en la ciudad abandonada había disminuido notablemente. Los chicos tenían un par de velas, pero no les pareció el momento de encenderlas.

Mina caminaba entre los helechos detrás de sus amigos. Estaba pensando en lo que acababa de ver desde la muralla cuando un animalito le cortó rápidamente el paso y enfiló uno de los callejones laterales.

«Es solo un conejo —pensó—. O una rata gigantesca.» Un escalofrío le recorrió la espalda. Oyó crujir los helechos mientras se alejaba y, justo en ese instante, distinguió con claridad el disparo metálico que había oído a la ida.

Los helechos dejaron de crujir.

Y a Mina le picó la curiosidad.

—Esperad un momento —dijo a sus amigos.

Metió la cabeza entre dos pagodas. Las nubes se abrieron durante un instante y la luna iluminó una franja de terreno por la que bajaban ramas de tamarindo y, un poco más allá, estaba el conejo que le había pasado entre los pies como una flecha.

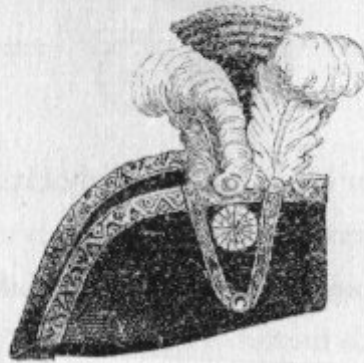
Había caído en una trampa e intentaba escapar.

—¡Oh, no! —exclamó la chica.

Estaba a punto de soltarlo cuando una voz amenazadora dijo:

—Yo en tu lugar no lo haría.

Un hombre gigantesco, con una pata de palo, salió de la sombra y se plantó frente a ella. Se inclinó sobre el conejo y, con un movimiento seco, lo mató.



CAPÍTULO

**15**

EL  
SACERDOTE

*Quem dicitur  
pro re  
no to  
ann 2*

*me per  
in America  
ten me  
on .*

EN EL QUE SE LLEGA A LA CONCLUSIÓN DE QUE,  
AUN USANDO EL MEDIO DE COMUNICACIÓN MÁS SOFISTICADO,  
NO HACER ENFADAR AL JEFE ES UNA BUENA COSTUMBRE.

*Quem dicitur  
pro re  
no to  
ann 2*





— **S**upervisor Huxley... —dijo lady Hyde a través del agua de la bañera—. ¿Me oye?  
—Te oigo, Hyde —respondió Larry, molesto—. Pero ¡tienes que hablar más fuerte!

El temporal no daba tregua y aprisionaba los muros del Castillo de Arena con una mordaza de viento.

—¡No es la primera vez que oigo ese nombre, supervisor! —prosiguió lady Hyde—. Pero no tiene nada que ver con la tormenta en el desierto.

—¡Habla de una vez, maldita sea! —imprecó Huxley—. ¡Deja que decida yo si tiene que ver o no con la tormenta! ¿Quién es el dichoso Murray?

—Un muchacho, supervisor.

—¿Un muchacho? —repitió Huxley—. ¿Qué quieres decir exactamente con «un muchacho»?

—Que solo tiene unos doce años, puede que menos. Esta tarde estaba en el puerto de Ys, en las Lyonesse.

—¿Solo?

—No, con un marinero con tres dedos, al que he mandado seguir, y con otros dos mocosos: una muchacha india de su misma edad y un chico robusto un poco más mayor que él. Se llaman Mina y Shane.

—Sigue... —dijo Huxley. Se apoyó en el borde de la bañera.

—Investigaban acerca de Taprobana, como los dos rebeldes que capturamos hace cuatro días y que embarqué personalmente en el *Sirena Negra* para entregárselos al oficial Suyodhana.

—¿A Taprobana? ¿Con Suyodhana?

—Correcto, supervisor.

—Y ese muchacho, Murray, ¿qué relación tiene con los rebeldes?

—Antes de escapar mencionó a Ulysses Moore, supervisor.

—¡Aquel nombre! ¡Otra vez!

¡Ulysses Moore!

Ulysses.

Moore.

Huxley palideció. Rechinó los dientes y las venas de las sienes se le hincharon de rabia.

—¡OTRA VEZ ÉL! —gritó—. Pero ¿cómo es posible?

Ulysses Moore era el hombre más buscado de los lugares imaginarios. El hombre que, al igual que Larry, conocía mejor la geografía multiforme de aquellos lugares. Su enemigo más temido. Pero él y su maldita nave parecían haber desaparecido del mapa.

—Me atengo a los hechos, supervisor Huxley: hace cuatro días capturamos al capitán Rick Banner, el hombre más peligroso de nuestra lista negra. Estaba en compañía de un viejo que se llama Galippi y que no aparece en nuestros archivos. En el momento de la captura intentaban localizar a la cartógrafa turquí que también buscábamos nosotros.

—¡Sigue!

—Se negaron a hablar —prosiguió lady Hyde—. Y los embarqué en el *Sirena Negra*, como acabo de decirle.

—¡Murray! ¡Háblame de él! ¿Cómo es? ¿Alto, bajo, rubio?

—Uno sesenta y cinco, supervisor. Delgado, atlético, pelo negro mal cortado. Ojos verdes. Lleva una...

—¿Qué hacía en Ys?

—Lo mismo que los demás, supervisor —respondió lady Hyde—. Buscar a la cartógrafa para obtener la ruta a Taprobana.

—¿Los rebeldes están organizando un ataque?

Lady Hyde no respondió. Su imagen, a través de la superficie del agua, se onduló. El pez rojo, quieto en el fondo, cambió de lugar.

—¿Quién los ha advertido? ¿Quién les ha hablado de Taprobana? ¿Quién? —preguntó Huxley, furioso.

—No lo sé, señor. Pero a estas alturas es probable que el cruel Suyodhana esté interrogando a los prisioneros...

—Sí, probablemente —admitió Huxley—. En sus cuevas. No tienen escapatoria.

—Yo también lo creo, supervisor.

—¿Y por qué no habéis capturado a Murray?

—Porque después de irrumpir en la casa de la cartógrafa, señor, hubo un principio de insurrección popular. Ahora todo está bajo control. Pero el chico y sus amigos lograron huir.

—¿Con el mapa?

—No, supervisor. Llegamos antes de que pudiesen completarlo.

—¿Y la cartógrafa?

—Eliminada, supervisor. Seguimos las instrucciones que usted nos dio.

Larry Huxley seguía pensando en Taprobana.

¿Qué habían logrado averiguar los rebeldes? ¿Sabían dónde estaba el puerto y cuántos barcos albergaba? ¿Sabían que había arrasado personalmente la Ciudad del Sol y eliminado a sus habitantes? ¿Sabían que una secta de estranguladores thugs la dominaba desde entonces?

—Tengo que hablar con Suyodhana —dijo Huxley.

—Lo que usted diga, supervisor. ¿Tiene instrucciones para mí?

El temporal de arena rugió.

—Reúnanse en la isla Tenebrosa —ordenó Huxley.

Arrojó la isla flotante a la bañera y cogió otra con la bandera de la salamandra, el símbolo de su flota.

—¡Suyodhana! —rugió Larry Huxley. ¿Dónde se había metido su oficial de Asuntos Orientales?

—¡SUYODHANA!



CAPÍTULO

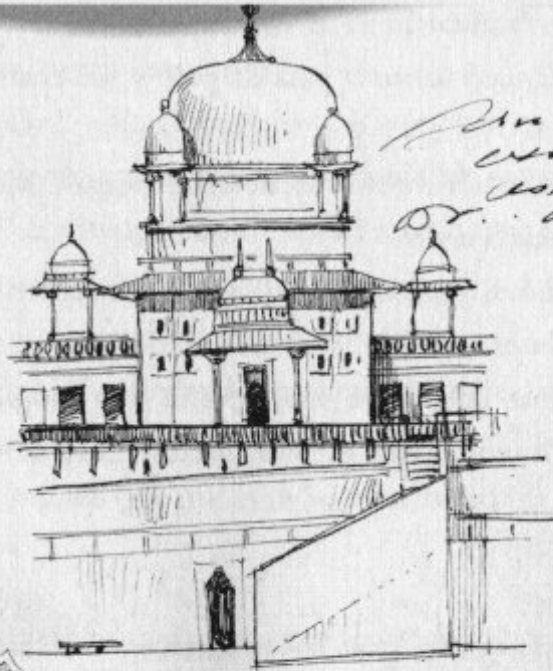
# 16

EL HOMBRE  
CON UN  
SOLO PIE

*Mu- no-  
de un- su-  
pa. e*  
ABC

*en sus on-  
Duro con-  
en sus on-  
EFGH. Duro*

EN EL QUE RESGUARDÁNDOSE DE LA LLUVIA SE DESCUBREN  
LOS TRUCOS DE UN GRAN COCINERO Y SE APRENDE  
QUE NO SIEMPRE CONVIENE DECIR POR DÓNDE HEMOS ENTRADO.



*Para quien  
cree que su  
es el que  
D. - de*



**M**ina se quedó paralizada, horrorizada, en aquel callejón.

El hombre con un solo pie se colgó la trampa al cinto, donde llevaba otras dos más, una pistola de cañón largo y la vaina de un cuchillo de las dimensiones de una cimitarra.

La pata de palo estaba sujeta a la cadera por medio de una correa de cuero.

Lo vio echar el conejo dentro de un gran saco que había detrás de él, sorberse ruidosamente la nariz y por fin exclamar:

—¿Qué clase de piojo eres? Tienes la piel de salvaje, pero no eres una de ellos.

Era la primera vez que alguien la llamaba «salvaje». Una buena parte del terror que la había enmudecido desapareció de repente.

—Por lo que veo, tú tampoco. —Tuvo el valor de replicar.

El desconocido tenía un aspecto aterrador. Parecía de raza blanca, pero la oscuridad, la barba tupida incrustada de barro y el pelo enmarañado no facilitaban su identificación.

El hombre se balanceó sobre la pata de palo y rió con crueldad.

—¡Jo, jo! Bien dicho, chica, no soy de estas tierras, ¡malditas sean! ¡A nadie le gustaría serlo! —Mina no respondió. El hombre le lanzó una mirada tan penetrante que atravesó la oscuridad—. Pero ¿se puede saber cómo ha llegado hasta aquí una chica que habla como una duquesa de Inglaterra? Y que..., bueno..., que me cuelguen si entiendo cómo vas vestida.

—Es una larga historia —respondió Mina—. Y no estoy segura de querer referírtela...

—¿De qué no estás segura? ¡Jo, jo! ¡Esta sí que es buena! ¡No está segura de querer «referírmela»! ¡Jo, jo! ¿Has venido con esos canallas de la Compañía?

Mina intentaba comprender quién era ese gigante que se balanceaba frente a ella en el callejón. Estaba segura de que era un cortagargantas, un pirata o un cazador furtivo, pero tenía que arriesgarse.

—¿Estás con la Compañía o contra ella? —preguntó.

Luego alzó la mirada al cielo. Acababa de caerle una gota de agua en la mejilla.

El gigante con un solo pie se apoyó contra el muro de una de las pagodas, haciéndolo vibrar. Volvió a reír y la felicitó por la pregunta. Después escupió y por fin dijo:

—¿Tu qué crees, piojo negro, estoy a favor o en contra?

Mina entrecerró los ojos.

—En contra —respondió.

—¡Falso! —dijo el forajido—. Ni a favor ni en contra. ¡Me importa un pimiento quién gobierne esta isla! ¡Y me importa un pimiento la isla! Las Compañías, como los reyes, van y vienen. ¿Qué sentido tiene perder el tiempo preocupándose?

En eso, pensó Mina, tenía razón.

—Sigue el consejo de un viejo cocinero, pajarillo, y haz lo mismo que yo.

—¿Quieres que me convierta en cazadora furtiva?

Los ojos del hombre destellaron de admiración. Cruzó los brazos y se acomodó, como si sostener todo su peso con una sola pierna no fuese agotador.

—¡No deberías subestimar a los conejos, sobre todo en una isla donde no tendría que haber ninguno! —respondió con tono divertido—. Pero, ya que los hay, pueden convertirse en el secreto de la cocina a la brasa de tu establecimiento, pajarillo. Y un secreto no es algo común.

Mina alzó otra vez la vista al cielo, cada vez más preocupada: las gotas eran más copiosas, enormes y envolventes.

—Ha sido un placer conocerte —dijo señalando el callejón a su espalda—. Ahora tengo que irme...

¿Dónde diantres se habían metido Murray y Shane?

—Yo creo que no es una buena idea.

—¿Por qué?

El hombre olfateó el aire y la miró de nuevo.

—Dentro de menos de un minuto va a estallar una tormenta. Más vale que tus amiguitos y tú os refugiéis aquí dentro, al menos hasta que amaine.

—¿De qué amiguitos hablas? —dijo Mina tirándose un farol mientras temblaba imperceptiblemente.

—Todavía no estás lista para ejercer de granuja, princesita, deja que te lo diga. Os he oído hablar cuando ibais por el camino. Parecía como si hubiese llegado el circo a la ciudad fantasma.

Mina se mordió el labio. Lo mismo daba jugar limpio. Los llamó.

Llovía cada vez con más fuerza. Los chicos se asomaron al callejón. Miraron con desconfianza a aquel amenazador cazador furtivo con una pata de palo.

—Murray y Shane... Solo faltas tú, princesita —dijo el tipo entre dientes, separándose por fin del muro en el que estaba apoyado como un oso a su árbol preferido.

—Yo soy Mina.

—Mucho gusto, chicos. Lo digo sinceramente. Me gustan mucho los jóvenes, ¿sabéis? No tanto como los conejos, pero me gustan. —Rió fragorosamente al ver sus expresiones de terror—. ¡Por aquí, deprisa, corred si no queréis que la lluvia os empape! ¡No tengáis miedo! ¡No me como a nadie!

Dio algunos pasos atrás cojeando, se hizo con su gran saco lleno de quién sabe qué y abrió de un empujón con el hombro una puerta destartada. Al otro lado vieron el pórtico en ruinas de un templo abandonado, con un gran árbol de musaenda que crecía en medio del jardín. La lluvia empezó a caer sobre los tejados con un rumor crepitante, pero bajo las columnas había suficiente espacio para que se refugiasen los cuatro.

—Temo que tendremos que apretarnos un poco, ¡jo, jo! —comentó el trampero tirando el saco al suelo—. ¿Alguno de vosotros sabe encender una hoguera? —Los escrutó con una mirada fulminante—. Nada que hacer, ¿verdad? Buscadme al menos algo de leña y dejad que se ocupe el viejo Long John.

—¿Long John? —preguntó Murray con los ojos muy abiertos—. ¿Long John como Long John Silver?

El trampero se bloqueó, con la mano sobre el cuchillo y la mirada encendida. Masticó una respuesta que no llegó a salir de su boca y después dijo:

—¿Por qué? ¿Acaso hay otro?

Murray miró a sus amigos, entre sorprendido y asustado.

—No es posible...

—¿Me conoces, piojo?

—¡Por supuesto! —respondió Murray.

La cosa pareció divertirlo.

—¿De verdad? ¿Y qué se dice de mí?

—¡Que eres un granuja de la peor calaña!

—¡Jo, jo! ¡Así se habla, chico! ¡Así se habla! —Long John Silver se dejó caer al suelo, muy divertido, con la espalda apoyada en una columna. Tras él, la lluvia se hacía cada vez más densa y ensordecedora—. ¡Un granuja de la peor calaña! ¡Jo, jo! ¡Es la mejor definición que he oído jamás! ¿No estáis contentos, gorrioncillos? ¿Podríais haber encontrado mejor compañía en la Ciudad de la Luna?

Les lanzó una mirada fulminante al notar que los chicos no reconocían el nombre de aquella ciudad en ruinas.

—Puesto que la noche es joven, pajarillos, decidme: ¿qué estáis haciendo en este nido de muertos?

Mientras una cortina de lluvia cubría los tejados de las pagodas e incluso a los animales de la jungla, los chicos se vieron obligados a contar parte de su aventura a un hombre ahora amenazador, ahora sorprendente, que se hacía llamar como el pirata más famoso de todos los tiempos. Y que no hacía nada para distinguirse de él.

Solo le contaron que estaban buscando a dos amigos que habían sido capturados en un puerto lejano por una misteriosa nave llamada *Sirena Negra*. Y que habían llegado allí a bordo de una embarcación que esperaba, mar adentro, una señal para volver a buscarlos.

Long John Silver los escuchó con la máxima atención, sin dar muestras de creerse o de dudar de lo que le contaban. Contó pocas cosas de él, pero decisivas: llevaba mucho tiempo en Taprobana, había sido testigo de su decadencia y acariciaba la idea de irse de allí.

Los mil ruidos que los envolvían eran ensordecedores: el agua tamborileaba en los tejados, chorreaba de las hojas del árbol de musaenda, fluía por los aleros atascados y crepitaba sobre las piedras del adoquinado.

Long John Silver no preguntó por qué sus amigos habían sido capturados, pero quiso saber quiénes eran y a qué se dedicaban.

—El profesor Galippi, más que un viejo profesor, es una especie de inventor visionario —respondió Murray—. Rick es... Bueno, Rick es...

—El comandante del *Némesis* —respondió Mina en su lugar—. Uno de los barcos rebeldes.

—¿Los rebeldes? —graznó Long John Silver mientras acababa de encender el fuego—. ¿Quiénes son esos rebeldes?

—Muchos más de los que crees —respondió Murray.

—¿De verdad? —El pirata hizo una mueca de incredulidad. Metió una mano en el saco y lanzó un conejo a Shane—. Tú que hablas tan poco, ¿sabes despellejarlo?

Hizo rodar un cuchillo hasta él y fingió desinteresarse.

«Quiere ver si sabemos manejar el cuchillo», pensó Mina.

—Así que un viejo y un capitán rebelde —recapituló Long John— que, según vosotros, llegaron al puerto a bordo del *Sirena Negra*. ¿Cuándo? ¿Hace un par de días?

—Exactamente —respondió Murray.



—¿Y decís que el viejo es una especie de santón?

—Un visionario.

Long John asintió.

—Un asunto para Suyodhana...

—¿Para quién? —preguntaron los chicos.

—Suyodhana. Un indio flaco como un fideo que antes de la llegada de la Compañía encabezaba una secta de thugs, fanáticos con la mala costumbre de estrangular a la gente con un aro de hierro. —Hizo ademán de pasarse un dedo por el cuello.

Mina se tapó la boca con las manos.

—Solo faltaban los thugs... —barbotó Murray—. Mal asunto. ¿Por qué la Compañía debería haberle entregado a nuestros amigos?

—Porque ahora es su oficial. Lo han encumbrado. Y tú, ¿has despellejado ya ese conejo?

Shane le devolvió el cuchillo y el conejo. El viejo pirata examinó el trabajo con ojo experto y atravesó el animal con un espetón de hierro. Lo roció con el contenido apestoso de una cantimplora y lo puso a asar sobre el fuego.

—¿Puedes llevarnos hasta él? —preguntó Murray con la vista fija en las llamas.

—Podría llevaros, sí, pero supongo que no querréis que os capturen a vosotros también. Pero hasta muy cerca sí... podría llevaros.

Los chicos se miraron.

—Si hubiese una sola cosa verosímil en vuestra historia —añadió el viejo pirata.

—¿Qué hay de poco verosímil en querer salvar a dos amigos? —replicó Mina.

Long John Silver dio un par de vueltas al conejo que ya desprendía en el aire el aroma de carne a la brasa.

—Mira, princesita, para dejar esta ciudad, o lo que queda de ella, un hombre experto necesita tres días de camino en plena jungla. O media jornada por río, si tiene una barca. Por la parte del puerto no hay ningún ataque decente para que alguien baje de un barco con una chalupa, a menos que quieras estrellarlo contra las rocas. Por la parte opuesta es aún peor. La única manera de bajar a tierra que conozco, y créeme si te digo que sé de qué te hablo, princesa, es por el puerto de Kali que se encuentra en la desembocadura del río. Yo vivo allí. Y te aseguro que por allí no habéis llegado. Llegó el *Sirena Negra*, pero vosotros no. De lo contrario ya sabríais

quien es Suyodhana. Y sabrías reconocer el aro de un estrangulador a más de un kilómetro de distancia. Sin embargo, cuando os lo he contado, os ha sorprendido. Así que, como iba diciendo, vuestra historia es poco verosímil. Queda una única pregunta por hacer: si Long John Silver os ayuda a encontrar a vuestros amigos, ¿qué sale ganando él?

—Un pasaje para abandonar la isla —respondió Murray mirándolo a los ojos.

—¡Jo, jo! ¡Palabras mayores! ¡Acabo de decirte que no creo que hayas llegado hasta aquí en un barco!

—Pero, como puedes ver, he llegado. Y puedo irme por donde vine.

Los ojos de Long John brillaban a la luz de las llamas.

—Llévame donde están mis amigos y yo te sacaré de aquí... —insistió Murray.

—¿Y adónde vas a llevarme, mocoso engreído?

—A Inglaterra.

Algo inexplicable brilló en los ojos del viejo lobo de mar, un destello de deseo y melancolía a la vez. A sus labios afloró una palabra:

—Bristol...

La pronunció en voz queda, murmurándola.

—¿Sabes, chico?, eres un tipo con suerte —prosiguió. Examinó la cocción del conejo—. Tu impertinencia me recuerda la de otro chico, más o menos de tu edad, que se llamaba Jim. Él también se ponía a la altura de los mayores. Pero al principio los mayores no lo escuchaban.

—¿Qué pasó después?

—Que Jim mató a casi todos los habitantes de una isla —gruñó Long John Silver—. Desde entonces decidí tomar en serio a los chavales.

—Entonces ¿estamos de acuerdo?

—Partimos mañana por la mañana, en cuanto escampe —dijo Long John Silver.

Sacó el conejo del fuego y le hincó el diente delante de los chicos.

—Naturalmente, tendréis vuestras provisiones, ¿no? —masticó.

—Ya hemos cenado —respondió Mina mientras la boca se le hacía agua.



CAPÍTULO

**17**

CRUZANDO  
LA JUNGLA  
NEGRA

*Handwritten notes in cursive script, partially obscured by the chapter title box.*

*Handwritten notes in cursive script, partially obscured by the chapter title box.*

EN EL QUE SE DESCUBRE QUE UN GRAN ÁRBOL TIENE  
CASI SIEMPRE GRANDES RAÍCES,  
PERO QUE CASI NUNCA ES BUENA IDEA METERSE DENTRO.



*Handwritten notes in cursive script next to the monkey illustration.*

*Handwritten notes in cursive script next to the monkey illustration.*



**L**a embarcación de Long John Silver estaba atracada en un meandro del río, al lado de un árbol coronado por una docena de gigantescos marabús, inmóviles sobre sus largas patas amarillentas.

Llegaron agotados, después de aquella noche lluviosa que Murray, Mina y Shane habían pasado pegados los unos a los otros, temblando de frío.

Cuando Long John había empezado a roncar en un rincón del pórtico, los tres chicos organizaron turnos para montar guardia, pero más tarde sucumbieron a una especie de letargo pesado y sin sueños.

Long John los despertó al amanecer, empujándolos con la pata de palo. Atizó las brasas, calentó agua en un cazo y, con unas ramitas de sabor áspero, preparó el té que compartió con ellos. Después salieron juntos por la única puerta que todavía quedaba en pie en la que antaño fuera la Ciudad del Sol.

A la luz del día, los chicos descubrieron que había rastros de pinturas en todas las murallas de la ciudad: planetas, signos zodiacales, rostros austeros y desconocidos, fósiles, minerales y animales fantásticos, descoloridos por el tiempo y devorados por la vegetación.

Fuera de la puerta, un camino que casi había desaparecido los condujo al gran río lodoso del fondo del valle.

La embarcación de Long John era un poco más grande que una balsa con los bordes levantados y se desplazaba con remos y largas pértigas. El pirata los asignó a Murray y a Shane y les explicó cómo manejarlos para llegar al centro del río, donde la navegación era más rápida.

—Tú, princesita, ponte en la proa y dinos si ves troncos contracorriente. —Mina arqueó una ceja—. También llamados cocodrilos... ¡Jo, jo!

El río era poco profundo, y su lecho, lodoso. La balsa dio un par de vueltas sobre sí misma antes de enfilear la corriente y empezar el descenso fluvial. Ráfagas de viento frecuentes doblaban las extensiones de bambú que costean las orillas, arrancando las cañas más débiles que volaban por los aires entre bandadas de asustados y gritones pavos reales. Muy pronto el bambú dio paso a una vegetación más densa y compacta de árboles con troncos retorcidos. Long John sabía el nombre de cada árbol: baniano, palmeras tara, latania, pipal, jaquero... Los iba nombrando mientras la balsa, arrastrada por la corriente, bajaba el río como una flecha, tambaleándose peligrosamente entre remolinos y chocando una y otra vez contra isletas y un sinfín de raíces que afloraban en la superficie.

El río describió una gran curva más allá de la cual la jungla invadía sus aguas, entre vuelos de pájaros de colores y gritos de monos. Avanzaron por aquella maraña durante casi una hora y después llegaron al segundo meandro,

que giraba en sentido opuesto, donde la corriente disminuyó de golpe y el fondo se volvió más limoso.

—¡Empujad con la pértiga! ¡Empujad! —gritó Long John muy divertido, sin ayudar a los chicos.

La balsa viró en una amplia cuenca pantanosa cubierta por una espesa bóveda de tamarindos y mangüeros. La oscuridad se hizo tan densa que era imposible ver más allá de la punta de la pértiga.

—¡Dios mío, Murray...! —murmuró Shane llevándose una mano a la boca: su pértiga se había topado con una masa esponjosa que emergió por un instante para hundirse de nuevo inmediatamente después.

—¡Jo, jo! ¿Qué demonios has visto, chico? ¿Qué demonios puede haber en este cementerio flotante? —se burló Long John Silver.

Fuera lo que fuese, Shane no volvió a hablar hasta que salieron de aquel terrible meandro y recuperaron el flujo de la corriente.

Alrededor de una hora más tarde, Long John les hizo señal de aproximarse a la orilla derecha del río. Metió su balsa por un tupido cañizal y, cuando el fondo rozó la orilla, dijo:

—Hemos llegado.

—¿Adónde hemos llegado? —preguntaron los muchachos mirando a su alrededor.

A ambos lados se extendían masas enormes de bambú espinoso y de matorrales tupidos, de los que llegaban gruñidos de animales desconocidos y siseos de serpientes. Algo más allá se divisaban árboles imponentes que salpicaban una extensión impenetrable de hierba alta y cortante. Un silencio fúnebre y misterioso reinaba en el cañizal.

—Os prometí que os llevaría al lugar que conozco... —gruñó el pirata—. Y es lo que estoy haciendo. —Señaló la extensión de flores amarillas a unos veinte pasos de distancia y prosiguió—: Tenéis que cruzar el campo de mostaza salvaje y mantener la marcha durante algunos cientos de metros. Si queréis, podéis arrastraros para ir más deprisa, pero tened cuidado con las serpientes. Llegaréis frente a un ficus enorme. Un árbol-templo. No tiene pérdida. Su tronco hueco oculta la entrada a las cuevas.

—¿Y una vez en las cuevas? —dijo Murray tragando saliva de forma muy evidente.

—Cuando estéis en las cuevas estaréis más cerca de vuestro amigo... —murmuró Long John Silver—. No es un sitio agradable, pero tampoco es tan

terrible. Cuentan que el templo subterráneo de Suyodhana se extiende por toda la isla como un laberinto, pero no es verdad. Son solo unas cuantas cuevas que se comunican entre sí. Espantosas, pero pocas.

—Pero ¿cómo vamos a encontrar a nuestros amigos ahí abajo? —preguntó Shane con los ojos clavados en el bambú que ondeaba al viento.

—Eso depende de vosotros —respondió Long John Silver—. Yo me he ofrecido a acompañaros hasta donde sé. Pocos conocen esta entrada. La persona que me habló de ella afirma que no está vigilada, pero nunca lo he comprobado personalmente, ¡jo, jo! ¿Qué vais a hacer? ¿Seguís adelante u os echáis atrás?

—Vamos a echar un vistazo —dijo Murray. Mina frunció el entrecejo. Era una locura—. ¿Y tú?, ¿qué vas a hacer mientras tanto?

—Os esperaré aquí un par de horas. Después volveré a mi taberna y a mi rutina.

—Recuerda que, si no volvemos, tú tampoco podrás irte de aquí —dijo Murray.

—Claro, mocos, bien dicho. Me acordaré cuando piense en vosotros. Y ahora, si me disculpáis, se está haciendo tarde. ¿Qué habéis decidido?

Los chicos bajaron a la orilla, titubeantes.

Long John Silver había dicho la verdad acerca de una cosa: no tuvieron ningún problema en reconocer el árbol. Sobresalía entre los que lo circundaban. De sus ramas horizontales caían hasta el suelo finísimas raíces aéreas, parecidas a las columnas de un templo. Los chicos se quedaron mirándolo mucho rato, agazapados, hasta estar seguros de que no había nadie en los alrededores. Después, más tranquilos, se acercaron.

No dejaban de discutir sobre lo que iban a hacer. Mina era la más reacia a emprender aquella aventura, no solo porque no se fiaba de las indicaciones de Long John Silver, sino porque, sobre todo, consideraba que hacerle caso era una locura.

Iban a meterse en una red de cuevas subterráneas de una isla desconocida que pertenecían a una secta de misteriosos estranguladores que quizá tenían cautivos a sus amigos. Y su equipo consistía en la navajita de Murray, una radio rota, un par de velas y el mechero que Shane había encontrado, por pura casualidad, en el fondo de un bolsillo.

—¿Os habéis vuelto locos?

Murray y Shane propusieron armarse de tres largos palos y luego, satisfechos, dieron vueltas alrededor de las raíces aéreas del ficus buscando la entrada de la que les había hablado Long John.

No la encontraron.

—¿Ya estáis contentos? —los recriminó la chica—. Apostaría cualquier cosa a que nuestro amigo ya está remontando el río y nos ha abandonado aquí.

En vez de responder, Murray se encaramó al árbol.

—Está aquí —dijo tras una breve inspección.

La entrada estaba a la altura de la primera bifurcación de las ramas. Era poco más que una hendidura. A duras penas tenía la anchura suficiente para pasar.

De ella colgaban los restos de una cuerda de cáñamo que todavía parecía resistente. Murray entró el primero dentro del vientre del árbol.

Fue a parar a un espacio angostó, saturado por el olor acre de la hojarasca podrida. Le tiraron desde arriba el mechero y las velas para que pudiera echar un vistazo. En la pulpa de la corteza había grabadas caras monstruosas y horribles *graffiti* que se habían hinchado al ir creciendo el tronco. Donde el tallo se separaba de las primeras raíces había una escalera de caracol muy estrecha de la que subía un hedor nauseabundo y que, inexplicablemente, atraía la llama de la vela. Murray se arrodilló para escuchar y le pareció oír un sonido de tambores lejanos y un murmullo compacto, como si el árbol rumiase en voz alta. Acto seguido, oyó la misma letanía que escucharon en las murallas de la ciudad.

El ramsinga. El canto fúnebre de un pájaro metálico.

Fue suficiente para que una descarga de escalofríos le recorriese el cuerpo y tomara la decisión de que aquella exploración no iba a acabar allí.

—Intentaré bajar... —dijo—. Esperadme aquí.

—Ni lo sueñes —rugió Shane. Y, antes de que Murray pudiese replicar, bajó por el tronco y lo alcanzó—. Ya que hemos llegado hasta aquí... —refunfuñó intentando disimular el temblor en su voz.

Bajaron la infernal escalera de caracol los tres juntos, apoyándose en las paredes mullidas para guardar el equilibrio. El humo de la vela que sostenía Murray les irritaba los ojos y hacía que les picara la nariz. Dieron unas cinco

vueltas antes de llegar al final. Murray levantó la vela e iluminó primero un lado y después el otro.

—¿Qué hacemos? —preguntó a sus amigos.

Oyeron sonidos amortiguados provenientes del subsuelo, y cuando volvieron a distinguir el graznido metálico del ramsinga, decidieron guiarse por él.

Pero antes, Mina le pidió la navajita a Murray para marcar en la pared la dirección que tomaban.

Al poco rato, se cruzaron con otra cueva, tan oscura como la primera. Mina hizo un arañazo nervioso y profundo en la pared por segunda vez. No era la primera persona que pasaba por allí que había tenido esa idea: las cuevas tenían otras marcas oscuras y ennegrecidas. Pero enseguida la cueva llegó a su fin bruscamente y tuvieron que volver atrás.

Iban avanzado cueva tras cueva. Algunas eran tan bajas que tenían que caminar con la cabeza gacha. Otras eran rectas y otras, tortuosas como serpientes. Unas subían hacia arriba y otras bajaban aún más hacia las profundidades. Muy pronto perdieron la noción del tiempo. A veces creían oír, a lo lejos, voces y gritos desgarradores, como de personas torturadas, o vislumbrar lucecitas, llamitas o incluso sombras merodeando en las tinieblas.

Murray tuvo de repente la impresión de estar allí desde siempre y le pareció imposible volver atrás. Mina se convenció de que estaba soñando y de que, en realidad, se hallaba en la cama de una de las habitaciones de Villa Argo. Shane apretaba entre las manos la radio de su padre. Avanzaban en la oscuridad cogidos de la mano, guiados por el murmullo de los tambores y por aquella letanía dolorosa, entre cuevas horribles y frías, recovecos tenebrosos y puentes suspendidos sobre las entrañas de la tierra. Cuando la primera vela se apagó encendieron la segunda y decidieron seguir adelante de común acuerdo, conscientes de que, una vez consumida, se quedarían a oscuras. Con la nueva vela se relevaron: Shane se puso a la cabeza marcando el camino, Murray en medio y Mina la última.

Prosiguieron.

Durante la bajada vislumbraron una vez un lejano resplandor de antorchas, pero decidieron seguir el camino opuesto y no abandonar el sonido del ramsinga.

En la cueva siguiente, Shane se detuvo de golpe y apagó rápidamente la vela. Después se agazapó en la oscuridad, haciendo señales a sus compañeros para que lo imitasen. Mina acabó tan apretada a Murray que no lograba distinguir si el corazón que latía enloquecido era el suyo o el de su amigo.



Después, aterrorizada, oyó voces de hombres que se acercaban cuchicheando. Se sorprendió al descubrir que comprendía lo que decían. Los desconocidos hablaban en un dialecto hindi muy parecido al de su abuela.

—¿Cuándo va a parar de tocar? —preguntó uno de ellos.

—Antes o después —respondió el otro—. ¡Todos paran antes o después!

Unos instantes más tarde, aparecieron dos hombres en la cueva que se cruzaba con la suya. Llevaban una antorcha resinosa, iban medio desnudos y tenían el pecho lleno de tatuajes.

Thugs.

—¿Has recibido instrucciones sobre el prisionero?

—Que lo deje solo, tocando, con poco arroz y poca agua. Hasta que quiera hablar.

Los hombres pasaron rozando a Shane, pero no lo vieron y siguieron su camino.

Cuando sus voces se disiparon, los chicos respiraron de nuevo.

—¡Han hablado de un prisionero! —exclamó Mina en voz baja. Apretaba el brazo de Murray.

El encendedor destelló en la oscuridad y, al instante, encendieron la mecha de la vela otra vez.

—¿Por dónde? —preguntó Shane.

Mina señaló la galería por donde habían llegado los hombres.

El sonido del ramsinga se hizo más acuciante y los chicos aceleraron el paso. Fueron a parar a otra cueva, más grande y ventilada, en cuyo centro había un altar de mármol rojo rodeado de velas votivas. Lo coronaba una pavorosa divinidad que cabalgaba a lomos de un león. Vieron los barrotes de muchas celdas, donde la luz de la vela no lograba penetrar.

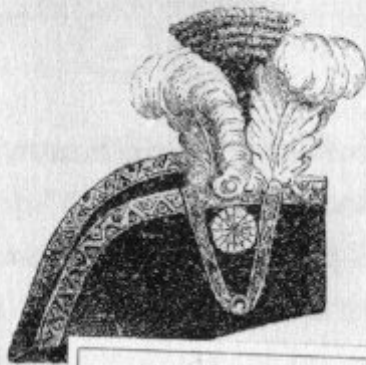
—¿Profesor Galippi? —se atrevió a decir la chica. Se aplastó contra la pared de la galería—. ¿Rick? ¿Estáis aquí?

Pero nadie respondió.

—¿Qué han dicho exactamente esos hombres? —le preguntó Murray sin apartar la vista de la feroz divinidad.

Un par de manos salieron de los barrotes de una celda. Una voz vacilante preguntó:

—¿Mina? Mina, ¿es posible? Me estoy volviendo loco o... ¿Eres realmente tú?



CAPÍTULO

**18**

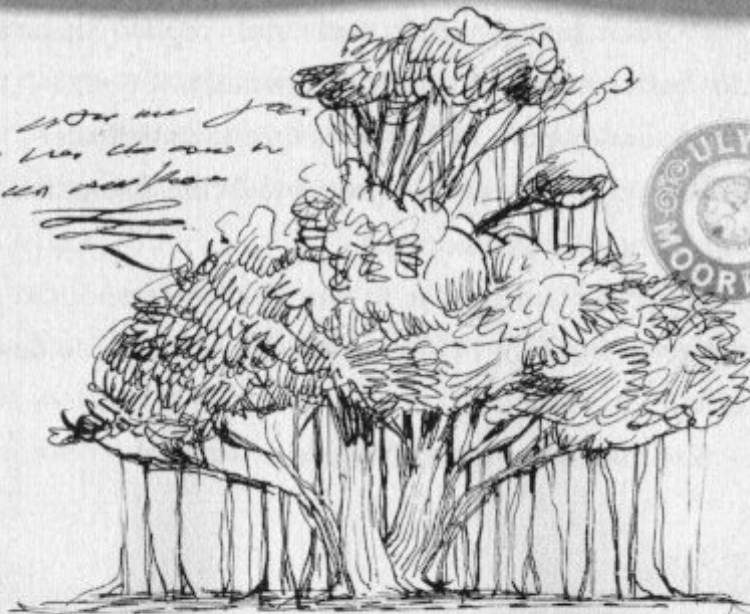
LA  
PRISIÓN  
SUBTERRÁNEA

*Siempre en la  
oscuridad del  
subterráneo*

*en la oscuridad  
del subterráneo*

EN EL QUE UN PRISIONERO TIENE QUE LIBERARSE SOLO  
Y UN GUÍA TIENE QUE ORIENTARSE EN LA OSCURIDAD  
SIN PODÉRSELO CONFESAR A NADIE.

*Siempre en la oscuridad  
del subterráneo*



—¡**P**rofesor Galippi! —exclamaron los muchachos acudiendo a su celda.

El profesor sacaba las manos por los barrotes y los acariciaba frenéticamente uno a uno.

—¡Muchachos, no puedo creer que estéis aquí! ¿Sois vosotros? ¡Sois vosotros! —los saludó, riendo.

Estaba muy demacrado. Vestía unos pantalones andrajosos y la chaqueta de un chándal, es decir, lo que debía de llevar puesto cuando fue capturado.

—¡Estaba seguro de que me iba a pudrir aquí dentro por toda la eternidad! ¡¿Qué clase de lugar es este?! ¡Miserables! ¡Fanáticos! ¡Mirad qué cantidad de sales hay en estas cuevas! ¡Si tuvieran la más mínima noción de química sabrían que esto podría ser una mina que les permitiría vivir como pachás! Sin embargo, no. ¡Miran como embobados, se hacen tatuajes, amenazan de muerte a la gente y luego rezan diez veces al día! ¡Una secta de idiotas, creedme! Pero ¿qué estáis haciendo aquí? ¡Es peligroso! ¡Marchaos!

—¡Profesor, hemos venido a salvarlo! —replicó Shane sacudiendo los barrotes para comprobar su firmeza.

Eran sólidos, pero menos de lo que aparentaban.

—¿Rick está con usted? —preguntó Mina. Escrutaba las demás celdas en busca de prisioneros.

—¡No! No sé adónde se lo han llevado —respondió apresuradamente el profesor—. Lo tiene cautivo una especie de faquir, de sacerdote...

—¿Suyodhana? —preguntó Murray.

—¡Sí, ese! ¿Sabes cómo se llama ese palillo? ¡Qué pregunta! Si estáis aquí... Ah, eso quería saber, ¿qué hacéis aquí?

Mientras el profesor hablaba, Murray estudió la cerradura de la celda: estaba vieja y oxidada, pero condenadamente dura. Introdujo la punta de la navajita como había visto hacer en las películas, pero solo logró cortarse.

—¡Ay! —exclamó.

—¡Así no, muchacho! —dijo el profesor Galippi—. ¡Dámela! Decía que se han llevado a Rick y... Tienes que introducir la hoja plana, ¿ves? Quién sabe dónde. ¿Entendido? Y después escuchar el mecanismo... Así...

Galippi se calló por un instante. Se oyeron unos cuantos clic-clic y, a la tercera, se abrió.

—Así, ¿ves? —Devolvió la navajita a Murray—. ¿Quieres probar?

Murray tiró de él por la manga del chándal.

—¡Otra vez será, profesor! ¡Vámonos de aquí antes de que nos descubran!

—¿Qué hacemos con Rick? —preguntó Mina.

—¡Ya lo pensaremos! —respondió Murray.

—¡Ese chico tiene el valor de un león, creedme! —exclamó el profesor Galippi.

Volvieron atrás. En cada bifurcación, Murray bajaba la vela en busca de la marca que Mina había hecho en la pared.

Volvían sobre sus pasos lo más deprisa que podían.

De repente Shane se bloqueó. La vela que llevaba en la mano se había consumido casi por completo. El profesor resoplaba de cansando y Murray, que era el último de la fila, se volvía continuamente para mirar atrás, creyendo haber visto u oído algo.

—Aquí no hay ninguna marca... —murmuró Shane después de examinar la pared un par de veces.

—¡No puede ser! —exclamó Mina.

—¿Nos hemos perdido? —preguntó el profesor Galippi.

—No —respondió Murray con aplomo—. No nos hemos perdido. Es por aquí.

—Puede que nos hayamos equivocado en la bifurcación de antes...

—¡No nos hemos perdido, Shane! —repitió Murray poniéndose a su lado—. No. Nos. Hemos. Perdido. ¿Queda claro?

Lo miró a los ojos. Le quitó la vela de la mano.

—La marca está aquí. ¿La ves ahora?

No había nada.

Shane asintió, lentamente.

—¡Ah, sí! No la había visto.

—Seguidme —dijo Murray poniéndose a la cabeza.

—¿Murray?

—¡Seguidme! —insistió el muchacho. Y reanudó la marcha.

Shane dejó pasar al profesor y después a Mina.

—¿Estaba o no? —preguntó la chica en voz baja al pasar por su lado.

Pero Shane fingió que no la había oído.

Cuando la vela se apagó se quedaron a oscuras.

—¡Profesor! —llamó Murray inmediatamente—. ¡Aquí! ¡Deme la mano! ¡Désela a Mina! Shane, ¿estás ahí?

Estaban todos, cogidos de la mano.

—En marcha —ordenó Murray avanzando a tientas en la galería—. ¡Casi hemos llegado!

—Me fío, muchacho. Me fío. Sigue adelante —respondió el profesor Galippi.

—¡Murray! ¿Estás seguro? —gimió Mina.

—¡Adelante!

Mina tenía la sensación de que la oscuridad de aquel subterráneo la estaba estrangulando. El aire era irrespirable y muy caliente, como si las paredes hubiesen empezado a transpirar.

—¡Casi hemos llegado! —repetía Murray cada diez pasos—. ¡No paréis!

El profesor Galippi resoplaba ruidosamente. Cada ruido se amplificaba con la oscuridad.

Murray, olvidándose de la prudencia, caminaba nerviosamente, casi dando brincos, con la mano libre cerrada y los ojos muy abiertos, preso del delirio. Sin darse tregua, sin pensar, sin escuchar. Giraba y avanzaba en la oscuridad más negra. Giraba y avanzaba como si obedeciese a una especie de demonio interior.

Y finalmente, tras la última bifurcación, una cascada de luz que iluminaba los estrechos peldaños por los que habían descendido a aquel laberinto rompió la oscuridad.

—¡La escalera!

En cuanto la vio, Murray soltó la mano del profesor y corrió hacia ella, gritando:

—¡Lo sabía! ¡Ahí está! ¡La escalera del árbol-templo! ¡Lo hemos logrado! ¡Vamos, vamos! ¡Salgamos de aquí!

—¿Una escalera dentro de un árbol, Murray? —dijo con voz entrecortada el profesor Galippi—. Esto sí que es sorprendente. Creo... que tenéis que contarme muchas cosas en cuanto salgamos de este lugar infernal.

—¡Vamos, profesor! ¡No malgaste el aliento y suba! —exclamó Murray con la cara sucia de humo y de tierra—. ¡Arriba! ¡Deprisa!

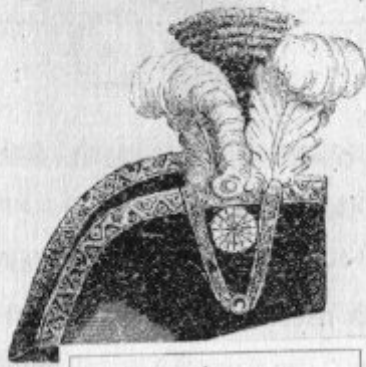
Cuando Shane pasó por su lado, chocaron las manos.

—Ayúdalos a salir —susurró Murray a su amigo respirando una bocanada de aire a todo pulmón.

Cuando se quedó solo, Murray se separó de la pared. Había ocultado a los demás, con su cuerpo, la marca que Mina había hecho a la ida. Indicaba la dirección opuesta a la de donde provenían.

Murray los había conducido a la salida sin tener la menor idea de por dónde iba.

—Pero esto no se acaba aquí... —murmuró mirando las cuevas antes de subir—. Aún queda un amigo por salvar.



*Handwritten text in cursive script, partially obscured by the chapter title box.*

CAPÍTULO

**19**

LA  
BAÑERA  
NEGRA

*Handwritten text in cursive script, partially obscured by the chapter title box.*

EN EL QUE SE DESCUBRE QUE NO SIEMPRE ES CIERTO  
LO QUE SE CREE DE LOS PECES,  
ES DECIR, QUE SON MUDOS Y QUE NO HACEN PREGUNTAS.

*Handwritten text in cursive script, located to the left of the tiger illustration.*



*Handwritten text in cursive script, located to the right of the tiger illustration.*

—¡N o me toquéis! —gruñó Rick Banner forcejeando con los thugs. Amenazó con golpearlos con las cadenas que le apretaban las muñecas y ellos retrocedieron, silbando. En efecto, más que hombres parecían serpientes. No paraban de tocarle la cabeza. Nunca habían visto a un hombre con el pelo de ese color. Rojo como el fuego.

«Qué asco», pensó Rick.

Gruñó otra vez para mantenerlos alejados. Los thugs lo golpearon con sus bastones, obligándolo a caminar.

Llegaron a un portón cuajado de repulsivas piedras de color yema de huevo y llamaron con los bastones. Otro grupo de thugs abrió la puerta y Rick fue empujado a la pagoda subterránea de Suyodhana.

Era tan alta como la iglesia de Kilmore Cove y estaba iluminada por enormes braseros encendidos. Su humo ascendía hasta el techo, horriblemente perforado, cuyos agujeros imitaban una colmena. El suelo era de mármol pulido color carmín. Rick intentó no mirar a su alrededor para no dejarse impresionar, pero fue inútil. En medio de la pagoda se erguía la gran estatua de bronce de una mujer con cuatro brazos. Con una de sus manos sujetaba una larga daga y con otra una cabeza cortada. Un collar de calaveras le tocaba los pies y un cinturón de manos cortadas le rodeaba las caderas. La horrible mujer tenía la cara tatuada y las orejas llenas de aros. Un buen palmo de lengua, pintada de rojo oscuro, le salía de los labios exageradamente sonrientes. A sus pies había una pila de mármol blanco, llena de agua límpida, donde nadaba un gran pez dorado. Rick nunca había visto nada semejante.

Al lado de la pila, un indio alto, delgado como un fideo, con la barba erizada y la mirada centelleante estaba sentado, esperándolo. Llevaba un largo manto dorado y sus brazos desnudos estaban cuajados de cicatrices blancas y tatuajes enigmáticos.<sup>[12]</sup>

Condujeron a Rick ante él. Le ordenaron que se arrodillase y cuando se negó lo golpearon detrás de las piernas. Cayó de rodillas, lívido, con los ojos fijos en el suelo de mármol.

—Así que tú eres un rebelde... —dijo el oficial de Asuntos Orientales, el Gran Sacerdote Suyodhana.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Rick.

—Ten cuidado con lo que dices —murmuró el sacerdote, cruzando los dedos delante de los ojos.

—Solo he preguntado quién eres.

—Y yo te advierto que guardes silencio. A menos que se te pregunte —dijo Suyodhana—. Estás ante el Gran Sacerdote de la Compañía. —Se



levantó de su asiento. El manto se abrió. Rick notó el movimiento indefinido de decenas de sombras, estranguladores, al fondo de la pagoda—. Así que eres un rebelde —prosiguió el Gran Sacerdote. Bajó unos peldaños, se le acercó e hizo ademán de sujetarlo por el pelo, pero Rick lo esquivó.

Recibió un bastonazo en la espalda.

Suyodhana se volvió. Los braseros crepitaban, iluminando el collar de calaveras de la diosa.

—Quisiera que me dijerais contra qué os rebeláis —lo interrogó—. Y por qué.

Rick no respondió.

—Sabemos quiénes sois. Conocemos vuestros nombres. La lista disminuye día tras día...

—Ya llegarán más... —murmuró Rick.

Los ojos de Suyodhana echaron chispas.

—¿Más, dices? ¿Quiénes?

Rick no respondió.

—¿Como Ulysses Moore? —Rick permaneció en silencio—. ¿Tú sabes dónde se esconde?

«Así que eso era lo que quería», se dijo Rick. Le daban ganas de echarse a reír.

—Aunque lo supiese, no te lo diría nunca.

El pez de oro brincó nerviosamente en la pila. Suyodhana se volvió a mirarlo, irritado.

Rick no entendía lo que pasaba, pero percibió que su rabia ocultaba su miedo.

El Gran Sacerdote apoyó la mano en el borde de la pila.

—Si quisiera podría obligarte a decírmelo... —replicó—. Tengo mil formas de convencerte... —Señaló los portones y las cuevas de su templo subterráneo—. Pero también podría ahorrarte todo eso si respondieras a una pregunta muy sencilla... —Esbozó una sonrisa de loco—. ¿Qué es «Murray»? —Rick levantó la mirada, estupefacto. Su sorpresa fue tan evidente que el Gran Sacerdote acentuó su sonrisa malévola—. ¿Has oído? Te he preguntado qué es.

Rick no daba crédito a sus oídos. ¿Había oído bien? Sonrió, confuso.

—¿Por qué quieres saberlo?

El pez de oro coleó en la pila y derramó agua por el borde.

—¡Dime qué es «Murray»! —repitió Suyodhana.

Rick sacudió la cabeza.

—Así que he oído bien —murmuró para sí—. ¡Murray... es un chico como yo! —respondió.

—¡Ten cuidado! —tronó el sacerdote.

—Es un chico como yo —repitió Rick—. Y tú estás asustado. ¡Le tienes miedo!

Suyodhana se acercó y le dio un bofetón.

—¡Yo no tengo miedo a nadie! —gritó—. ¡La Compañía no le teme a nada ni a nadie!

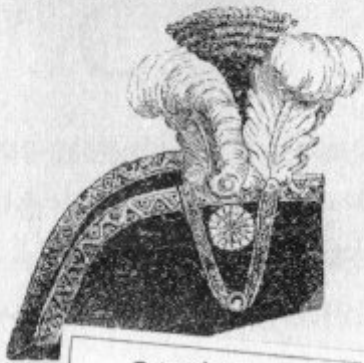
Rick sintió en la boca el sabor amargo de la sangre, pero no dejó de sonreír.

El pez de oro chocaba contra las paredes de la pila como enloquecido.

Ese hombre mentía.

El portón de la pagoda subterránea se abrió de par en par y dos thugs entraron apresuradamente. Traían una noticia terrible.

—Lo ha logrado —murmuró Rick antes de saber de qué se trataba—. Murray lo ha logrado.



CAPÍTULO

20

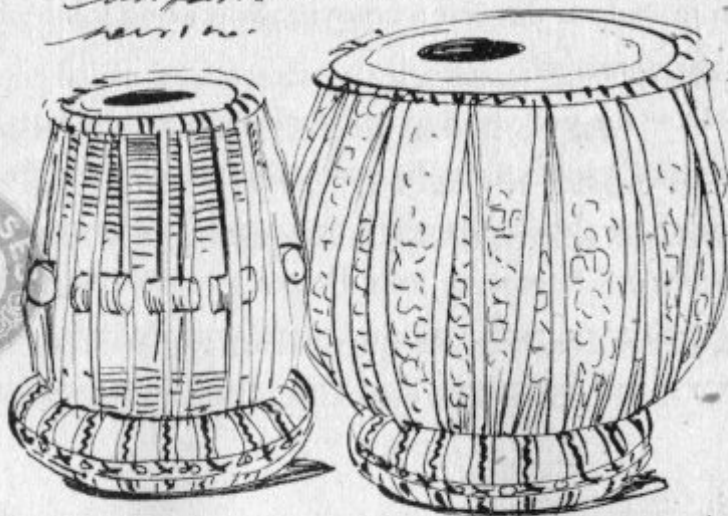
LA  
HUIDA

*Handwritten text, partially obscured by the chapter title box.*

*Handwritten text, partially obscured by the chapter title box.*

EN EL QUE DOS CABALLEROS DESCUBREN QUE SON AMIGOS  
GRACIAS A UN LIBRO QUE NO LEYERON,  
Y UNA VIEJA BOTELLA SE CONVIERTE EN UN INVENTO.

*Handwritten text above the drums.*



**U**n estruendo de platillos y tambores hizo que el subterráneo estuviese a punto de explotar. Las ramas del árbol-templo temblaron.  
—¿Qué ocurre? —preguntó Shane, que guardaba el equilibrio entre las ramas.

—Creo que se han dado cuenta de que el profesor Galippi ha dejado de tocar... —respondió Murray deslizándose por la hendidura—. Parecen muy muy enfadados.

Saltaron sobre la hierba sin perder un minuto y cruzaron la explanada corriendo a más no poder. Se metieron entre las matas de bambú afilado sin aflojar el paso a pesar de los arañazos que se hacían. Se detuvieron cuando el terreno se volvió tan lodoso que les fue imposible continuar.

—¿Cuál es el plan ahora, muchachos? —preguntó el profesor Galippi con el rostro arañado y las piernas hundidas en el barro hasta las rodillas—. Porque tenemos un plan, ¿verdad?

Murray probó a orientarse entre la densa e impenetrable vegetación, chapoteando en el agua endiablada que lo retenía. ¿Habían tomado la dirección equivocada o Long John Silver los había abandonado?

No se dio por vencido y se abrió paso en el aguazal unos metros más. Después, cuando estaba a punto de sucumbir, un golpe de machete abrió el bambú a un palmo de sus narices.

—¡Por los huesos de Jolly Roger! —rugió Long John Silver—. ¡Menos mal que sois vosotros! ¡Temía que fuese un tigre herido! Y por lo que veo traéis compañía. ¡Ahora entiendo este estruendo! ¡Por aquí, rápido! Habéis llegado justo a tiempo: ¡el viejo Long John estaba a punto de largarse!

Pero Murray no le creyó. En ese momento no podía analizar por qué, pero sentía que el pirata nunca había tenido intención de traicionarlos.

Se dirigieron a la balsa y subieron a bordo apresuradamente.

—¡Mucho gusto! —exclamó Long John cuando subió el profesor Galippi.

—El gusto es mío —respondió el profesor saliendo del agua como un pajarraco despeluchado—. ¿Es usted el verdadero Long John Silver o solo un simpatizante?

—¡Jo, jo, jo! Dígamelo usted, ¿no es un visionario?

Long John subió el último. Soltó amarras y ayudó a Murray y a Shane a manejar las pértigas. Con tanta carga, la balsa era más difícil de manejar.

Un ruido agudo y ensordecedor salió de la jungla de la que acababan de escapar. Un estruendo que los dejó helados.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Mina. Escrutó la multitud de sombras que la vegetación ocultaba.

—Diría que habéis hecho enfadar a alguien... —dijo el pirata con sorna. Batía el ritmo de las paladas con la pata de palo.

—Parece que le haga gracia... —murmuró el profesor Galippi que, apoyado en el bajo parapeto, se asomó a mirar la corriente fangosa.

—No me pasaba desde hacía tiempo, sí —respondió el pirata—. Me recuerda a mi juventud, por eso me hace gracia.

—Interesante forma de melancolía...

—¡Jo, jo! ¿Le preocupa ir en barca con un granuja como yo, profesor? —lo increpó Long John.

Después, como si nada, se inclinó a hurgar entre sus cosas y sacó un fusil muy largo, que usó como bastón para mantener el equilibrio.

—¡Oh, no, en absoluto! —respondió el profesor Galippi—. Todo lo contrario. Estoy muy contento. Incluso más tranquilo, diría.

—Espere a ver mi puntería antes de tranquilizarse —dijo con sorna el viejo lobo de mar.

—Tanto vale que sepa que en mi versión de *La isla del tesoro*, señor Silver, usted es todo un caballero y tiene una excelente puntería.

Long John le lanzó una mirada fulminante que hubiera podido carbonizar un tronco entero.

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué quiero decir con «caballero»? —preguntó el profesor.

—¡A estribor! —ordenó Long John Silver.

Los muchachos remaron con todas sus fuerzas. La balsa pasó rozando un tronco negro, escamoso, que flotaba a ras de agua. El tronco abrió sus ojos amarillos justo cuando Mina lo miraba.

—¿Qué quiere decir con «su versión» de *La isla del tesoro*, profesor? —preguntó Murray, sin dejar de remar.

Galippi se echó boca arriba y los miró con sus minúsculos ojos redondos. Su sonrisa torcida recordaba a la del cocodrilo que acababan de esquivar.

—De joven no tenía dinero para comprar los libros que quería leer y odiaba el aire de superioridad de las bibliotecas. Con el tiempo me convencí de que no me gustaba leer una historia idéntica a la que todos leían. Así que me acostumbré a escribir yo mismo los libros que deseaba leer. Como yo me los imaginaba, como me gustaban.

Mina abrió mucho los ojos.

—¿Está diciendo que ha escrito su versión de *La isla del tesoro*?

—¡Sí! ¡Y de muchos otros más! Por eso, en mi *Isla del tesoro*, el señor Long John Silver es un caballero. Y el caballero Trelawney, un auténtico

granuja.

—¡Jo, jo, jo! ¡Así se habla! —rugió Long John Silver—. ¡Usted me gusta, profesor! ¡Habéis hecho bien salvándolo de los thugs!

Después, con la rapidez de una pantera, Long John dobló la rodilla, apuntó y disparó.

¡BANG!

La bala pasó silbando muy cerca del oído de Mina.

Una bandada de garzas reales emprendió el vuelo desde el mismo árbol. Fue como si las ramas, de repente, perdiesen todas las hojas. Después, algo o alguien ondeó entre el bambú y cayó al agua con un ruido sordo.

Fue todo tan rápido que a ninguno de los chicos le dio tiempo de asustarse. A Mina le pitaban los oídos.

—Todo eso es muy interesante... —murmuró Long John Silver al tiempo que levantaba el fusil. Rompió con los dientes una carga de pólvora y lo recargó despacio y minuciosamente—. ¡Chico —dijo a Shane tendiéndole una pistola—, cógela! ¡Al primer rostro gris que veas, dispara!

Shane obedeció y pasó su pértiga a Mina.

—¡Quiero ver cómo se mueven esos remos! —volvió a la carga Long John Silver.

Murray se arqueó sobre el suyo y empujó con todas sus fuerzas. Se iba turnando con Mina, que tenía menos resistencia que él, de un lado al otro de la balsa. Al cabo de poco estaban cubiertos de sudor y de mosquitos hambrientos, pero seguían adelante.

El caudal del río aumentó y, cuando la corriente se hizo impetuosa, los chicos no tuvieron más remedio que tumbarse en la balsa y dejarse llevar. El agua estaba cada vez más fría y turbia, y formaba remolinos amenazadores alrededor de las rocas que sobresalían. Pero Long John parecía más tranquilo. No volvió a disparar y guardó la pistola de Shane, aunque seguía con el fusil en las manos.

Una manada de búfalos que estaba bebiendo en un abrevadero huyó a su llegada. En el meandro siguiente se cruzaron con la mirada curiosa de los ibis y de las aves rapaces. Poco a poco la jungla que flanqueaba el río empezó a aclarar, dejando paso a bosques de palmeras cocoteras sobre las que trepaban cálamos rebosantes de flores. Prosiguiendo río abajo aparecieron las primeras plantaciones de azafrán y sésamo. Recorrieron una parte del trayecto acompañados por una bandada de garzas. Y poco después vieron las primeras casas, miserables, flanqueando los márgenes elevados de los arrozales.

Al coger el último meandro se toparon de repente con los primeros palafitos, parecidos a grotescas criaturas fluviales. Long John Silver dio la orden de acercarse y condujo la balsa a la orilla, haciéndola desaparecer en la maraña de pilotes que sostenían toda la aldea de la isla Tenebrosa.

Navegaban entre una selva de puntales, pértigas y pilotes sobre los que había señales en clave de distintos colores, que solo Long John sabía descifrar. Pasaron bajo el corazón más antiguo de la aldea suspendida en el agua, acompañados por el chapoteo de las olas y pocos ruidos más.

El sol se filtraba en haces a través de las hendiduras de las tablas, formando cortinas de polvo y luz. De las casas bajaban toda clase de tuberías que descargaban en el río regueros malolientes. Las luminarias eléctricas y los cables abandonados colgaban como lianas de los muelles más viejos. Botellas de plástico, algas, espinas de pescado y restos de comida podrida y otros restos de basura flotaban por doquier. De vez en cuando alguien se asomaba para mirarlos y después desaparecía, indiferente, o arrojaba al río una cesta de verduras marchitas que caía con un golpe sordo. Los chicos y el profesor Galippi podían oír sobre sus cabezas las pisadas y el griterío caótico de cientos de personas que compartían un espacio reducido: el llanto de los niños, los regateos de los hombres, las risas de las mujeres, gritos, estruendos, voces. Se cruzaron con otras dos embarcaciones que navegaban bajo los palafitos cargadas de misteriosas mercancías. En ambos casos, Long John saludó a los tripulantes.

—¡Chis! —dijo.

Les hizo señas para que fuesen más despacio y se acercaran a un palo marcado con un círculo rojo. Long John tendió el brazo para sujetar una cuerda que colgaba y tiró de ella con decisión. En el techo de madera, a un par de metros por encima de sus cabezas, se abrió una escotilla y cuatro chiquillos harapientos se dejaron caer al agua resbalando por los pilotes.

—¡Sí, sí, sí! ¡Soy yo! —saludó Long John.

A continuación ordenó a su tripulación que dejaran hacer a los mocosos.

Los chiquillos empujaron la balsa hasta una escalera de madera podrida y lanzaron cuerdas con ganchos de las que Long John colgó su equipo.

—¡Muy bien, chicos! ¡Muy bien! —los felicitó—. ¿Me habéis echado de menos? —Alcanzó la escalera de un salto y le tendió la mano al profesor Galippi para que subiera con él.

—Bienvenido a mi humilde morada, profesor —le soltó en la cara, limpiándose la mano con la barba antes de estrechársela para darle

oficialmente la bienvenida—. Le presento a mis ayudantes: los Holgazanes de Long John Silver.

Galippi le devolvió el apretón con las pocas fuerzas que aún le quedaban y aceptó la invitación a subir. Long John lo siguió cojeando y pegado a su trasero.

—Una cosa, profesor: a propósito de lo que decía en el río... —añadió.

—¿Sí? —preguntó Galippi. Se sujetó a la barandilla.

—¿Quién le contó el lamentable asunto de mi expedición a la isla del tesoro?

Mina, Murray y Shane permitieron que los chiquillos de Long John colocasen la balsa en su rústico amarre entre los pilotes y, una vez acabada la maniobra, se rindieron ante la evidencia: había que tirarse al agua. Se desnudaron asfixiados por el calor que hacía allí abajo, acompañados por las risitas de los mocosos.

—¿De qué os reís, eh? —dijo Shane, con el pecho desnudo—. ¿Es que nunca habéis visto la barriga de un profesional de la hamburguesa?

Solo se callaron cuando Mina se desnudó con gracia y entró en el agua sigilosamente. Murray se agarró a un pilote y se sumergió en el río, mientras que Shane, harto de tanta curiosidad, eligió un aparatoso salto en bomba que arrancó más grititos entre los chiquillos.

Bajos los palafitos, el agua, poco profunda, estaba caliente y densa como el aceite. Los chicos avanzaron dando brincos sobre el fondo, con la ropa y los zapatos encima de la cabeza.

Caliente, densa y... muy poblada.

—¡Dios mío, Murray! —murmuró Mina: una culebra de collar, larga como una cuerda de saltar, le había pasado entre las piernas.

Murray sonrió.

—Ni caso, es infinitamente mejor estar aquí que en las cuevas.

Después se agarraron al peldaño más bajo de la escalera y subieron.

El palafito de Long John Silver tenía una pared apoyada contra la roca, y la otra era de piedra. Estaba compuesto por cuatro habitaciones: el dormitorio del pirata, un cuarto común para los chiquillos, un baño pequeño que desaguaba directamente en el río y la sala de la taberna, la más grande de todas. Estaba amueblada con mesas minúsculas y sillas destartaladas, todas



diferentes, y se comunicaba con la pasarela externa de madera por una puerta de papel de arroz. En la pared de enfrente había una gran parrilla, negra y grasienta, y un horno excavado en la piedra, ennegrecido por el hollín. Un tosco mostrador, obtenido de la quilla de una vieja embarcación, y el retrato de una chica mulata completaban la decoración.

A pesar de la puerta de papel, era un lugar más bien oscuro, pues otros palafitos más altos, contruidos alrededor, impedían la entrada de los rayos del sol. Por eso colgaba del centro un cable eléctrico negro con una bombilla que iluminaba un poco la habitación. Con las botellas y los recipientes de plástico alineados en el mostrador, era el único componente moderno.

El rugido del fuego del horno acogió a los chicos, que encontraron a Long John y el profesor Galippi enfrascados en una intensa conversación. Un par de chiquillos se ocupaban de descargar la balsa y otros dos, de puntillas, echaban la leña al fuego y lo mantenían encendido.

—Podemos estar tranquilos. He enviado a cinco de mis niños a vigilar. Nadie nos molestará —decía Long John al profesor—. No es un lugar donde uno se haga rico, pero no puedo quejarme. Y los Holgazanes tampoco... —añadió señalando a sus ayudantes, que se movían entre las mesas soltando risitas—. Los recogí cuando se estaban muriendo de hambre y ahora tienen un techo sobre sus cabezas. No hablan mucho y no entiendo lo poco que dicen, pero son fieles. Mejor que una mujer, ¿no cree?

Al oír esas palabras, el profesor se entristeció por unos instantes. Pero Long John tampoco había sido completamente sincero soltando aquella ocurrencia. El retrato de la chica mulata era la prueba.

El pirata ordenó a uno de los chiquillos que empezase a preparar las brasas bajo la parrilla. El estómago de Murray rugió violentamente al olor de la grasa de la última cocción que chisporroteaba al calor del fuego. Long John se volvió hacia él.

—¿Era una pantera o era el joven Murray? ¡Jo, jo! ¡Holgazanes! ¡Traed de la cocina las croquetas de arroz, las *cao meng* y un plato de *witchetty*, de prisa! ¡Es una emergencia! —Después, escrutando al chico con su mirada profunda, dijo—: No es lo mismo que un buen pan inglés caliente, pero tendréis que contentaros.

Los chicos se sentaron a la mesa. Les sirvieron una bandeja de aluminio con un cuenco de fragantes croquetas de arroz, brochetas de saltamontes crujientes y bolitas que parecían nubes de azúcar.

—Yo no me como eso —dijo Shane mirando los saltamontes ensartados. Y probó las nubes. Se tragó un par. Satisfecho, se zampó otros dos,

acompañándolos con muchas croquetas de arroz. Mina y Murray, sin embargo, quisieron probar la brocheta de saltamontes.

Estaban buenísimos. Sabían a alitas de pollo.

—Esas son las larvas de la madera —reveló Long John Silver a Shane al ver que el muchacho se estaba dando un atracón—. A la gente de aquí le encantan.

Shane se puso pálido y miró por vez primera con atención lo que tenía entre los dedos. Cuando se dio cuenta de que eran realmente grandes larvas blancas corrió a escupir fuera del palafito, seguido por los Holgazanes, que lanzaban exclamaciones divertidas.

El profesor las rechazó con educación y confesó que sentía una aversión especial hacia la comida exótica. Después desvió la conversación al cable eléctrico que colgaba del techo de chapa.

—La Compañía nos tiene dominados con esas serpientes luminosas —murmuró Long John, sombrío—. Es muy sencillo. La Compañía es la única que suministra la luz en las casas y desde que la gente la ha descubierto parece que ya no pueda vivir sin ella. Incluido yo. Me he acostumbrado. Pero si quiero tenerla, tengo que pagar. ¡Para qué le voy a contar qué pasa cuando se rompe una bombilla...!

—Nunca pensé que hablaría de los recibos de la luz con un pirata de verdad... —murmuró el profesor, divertido—. ¿Nadie se rebela? ¿Nadie coge la corriente sin permiso?

Long John Silver se encogió de hombros.

—Alguien habrá, seguramente. Pero ¿quién corre el riesgo de enfrentarse a los legionarios?

Llegó a la mesa el pescado asado, crujiente y aromatizado a la salvia. El profesor Galippi permaneció un rato en silencio, reflexionando. Finalmente sugirió:

—Podríais construir un lucernario tubular solar. —Sacó de la arrugadísima chaqueta del chándal un puñado de barro y preguntó a Long John Silver—: ¿Me permite?

—Si cree que echar barro en mi mesa es una buena manera de darme las gracias... —respondió Long John. Y se comió la mitad del pescado de un solo mordisco.

—No es barro y tengo intención de devolverle el favor —prosiguió tranquilamente el profesor—. Son sales de amonio. Plinio el Viejo las llamaba *Hammoniacus sal*. Las galerías en las que estuve cautivo están llenas. De ahí ese olor tan acre.

—Me he perdido —admitió el viejo pirata.

—Necesito una botella de plástico, señor Silver. Y como va a ser difícil encontrar amoníaco en estado puro, podría intentar destilarlo en un barreño, aprovechando las brasas...

El profesor Galippi se comió su pescado en un silencio casi absoluto. Murray, Mina y Shane masticaban con la cabeza gacha, tragando bocados enormes del pescado a la parrilla más bueno que habían comido en su vida. Cuando acabaron, el profesor preparó una botella de plástico llena de agua y amoníaco y señaló el tejado de chapa.

—Si quiere probar, señor Silver... Tengo que pedirle a uno de sus chicos que suba al tejado, haga un agujero en la chapa e introduzca la botella de modo que una parte quede fuera.

Long John Silver ordenó secamente a uno de los niños que subiera. Un segundo después, un par de piernas delgadas trepaban hasta el tejado.

—¿Y ahora? —preguntó perplejo.

El profesor Galippi sonrió.

—Apague la luz, la serpiente luminosa como usted la llama.

Long John Silver chasqueó la lengua y uno de los niños cerró el interruptor que llevaba la corriente a la bombilla. En cuanto se apagó, una segunda luz, más tenue pero constante, irradió alrededor de la botella de agua. Una luz que hizo que Murray y Mina se levantaran de la mesa para comprobar que no era un truco.

Pero no lo era. El agua de la botella capturaba la luz del exterior y la difundía dentro de la taberna como si fuese una bombilla.

—Se llama «principio de refracción» —murmuró el profesor Galippi sentándose de nuevo a la mesa para saborear la cabeza del pescado—. El amoníaco sirve para impedir que el agua se enturbie. De día tendréis luz sin tener que pagar a la Compañía...

—¡Jo, jo, jo! —rió Long John Silver. Extasiado, empezó a dar vueltas, cojeando, por toda la habitación—. ¡Esto sí que es interesante! Ha hecho luz con un poco de agua y un líquido apestoso. ¡Usted es un verdadero inventor! —El profesor rió—. Os gusta, holgazanes, ¿eh? ¿No es maravilloso? Si vendo el invento a toda la aldea podría ahorrar para la vejez... ¡Qué idea, profesor! —Luego cruzó los brazos sobre el pecho—. A menos que decida aceptar la generosa oferta del señorito Murray y vuelva a casa finalmente.

—¡A propósito! —exclamó Shane—. ¿Sabe que hemos salvado la pista de coches de su casa antes de que el edificio saltase por los aires, profesor?

—¿Saltar por los aires? ¿Lo dices en serio? —preguntó Galippi. Hizo una mueca de auténtico dolor.

—Lo siento... —respondió Shane.

Long John Silver escupió en el suelo y se frotó la larga barba durante un rato.

—Más valdría que alguien hiciese saltar por los aires el puerto. Así esta isla podría volver a ser lo que era.

El profesor lo miró como si se le hubiese ocurrido otra idea.

—Casi todos los barcos del puerto son de madera, ¿verdad? —preguntó.

—Dígame en que está pensando —dijo Long John Silver cada vez más divertido.



CAPÍTULO

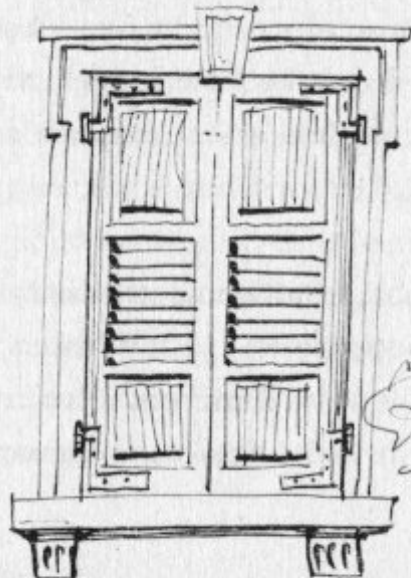
**21**

EL  
VIAJERO  
DEL SUEÑO

*Manuel José  
Mora D. de  
San Juan*

*Manuel José  
Mora D. de  
San Juan*

EN EL QUE SE COMPRUEBA  
QUE LOS JEFES DE LAS COMPAÑÍAS TAMBIÉN DUERMEN,  
Y QUE EL SUEÑO ES LA MEJOR MANERA  
PARA PASAR DE UNA PREOCUPACIÓN A OTRA.



*Manuel José  
Mora D. de  
San Juan*

«**A** sí no. Así no. ¡Así no!»

No servía de nada interrogar a los prisioneros de esa manera, pensó Larry Huxley en su dormitorio. El chico no hablaría.

Suyodhana no era capaz de ejercer de Gran Guardián de la Flota. No había sabido mantener el orden en la isla Tenebrosa. Ni siquiera mantener en secreto que, justo allí, se ocultaba la flota de la Compañía.

—Lo ha revelado él, ¿estás de acuerdo, Whiskers? —preguntó el supervisor a su conejo de peluche—. Ese hombre es demasiado ambicioso. Y eso lo vuelve peligroso.

Cuando cerró la comunicación con la pagoda subterránea, Larry Huxley dio de comer a Nemo y después salió al pasillo.

El terrible viento que soplaba alrededor del Castillo de Arena no había cesado, pero estaba amainando. El peligro había pasado.

O casi.

En el pasillo que separaba el dormitorio de Huxley de la escalera había dos retratos enmarcados colgados cara a la pared. Entre ambos, una gran pizarra de corcho sobre la que Larry había dibujado el organigrama completo de la Compañía de las Indias Imaginarias.

Su gran juego.

Alrededor de su nombre («Su Omnipotencia» había sido tachado y sustituido por «Supervisor») y el de Whiskers (Consejero Especial) estaban todos los de los demás oficiales territoriales de Asuntos Varios. También los de los técnicos, el tesorero (ah, Larry debía acordarse de hablar con él), los comandantes de los barcos, los mariscales (le encantaba ese nombre) y, naturalmente, la ubicación de las fábricas de Bokanowsky.

Los Bokanowsky, sus soldaditos. Sus silenciosas legiones de élite.

Los hombres grises.

—Demasiado ambicioso, ¿verdad, Whiskers? —preguntó Larry Huxley al tiempo que miraba su gran esquema. Con un rotulador negro añadió un punto interrogativo al nombre de Suyodhana—. Ambicioso y poco prudente, ya que se le ha escapado un prisionero, ¿no crees? ¿Y si ahora se le escapase ese pelo de zanahoria que parece ser amigo de Murray? ¿Qué haríamos, Whiskers, eh?

El conejo no daba señales de saber nada. Larry oyó voces procedentes del fondo de la escalera del Castillo de Arena, hizo caso omiso, cerró la puerta tras él y volvió a su ventana.

Todavía hacía mucho viento, pero la arena había dejado de sacudirlo todo.

Larry Huxley contempló el desastre que había puesto fin a la operación de rescate de Zorzura. Los armazones negros de los dirigibles, parecidos a

esqueletos de ballena, ardían entre las dunas. Sus legionarios vagaban desorientados. Los nativos aprovechaban para atacarlos. Se ensañaban inútilmente contra esos desgraciados, pensó Huxley. Los Bokanowsky no sabían nada, no contaban nada. No eran más que mano de obra. Obediencia ciega. Productos en serie.

Quién sabía adónde había ido a parar Bellingham, pensó Huxley. Seguramente tendría que borrarlo del organigrama de la Compañía.

A él mismo le extrañaba lo tranquilo que se sentía. Estaba aprendiendo a no tomárselo todo tan en serio.

Al fin y al cabo, podía probar a desenterrar Zezura de nuevo. O quizá a cambiar el desierto de lugar.

Si el tal Murray había podido desencadenar la tormenta, ¿acaso él no podía causar una inundación que arrastrase la arena?

—Creo que es una buena idea, Whiskers —murmuró—. Tenemos que apuntarla en la lista de las cosas que hacer. Pero ahora... Exacto: el problema es Suyodhana. Y el único modo de resolverlo es ir a hablar con él.

Bajó las persianas de la habitación y se sumió en una oscuridad casi total. Se sentó al borde de la cama.

—Ahora tengo que dormir un poco, Whiskers... —dijo a su Consejero Especial—. Dormir un poco y mañana lo arreglaremos todo.



CAPÍTULO

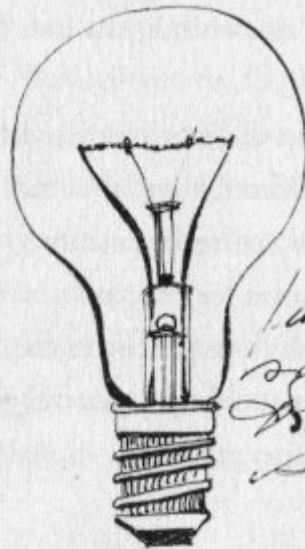
**22**

UNA  
VISITA  
INESPERADA

*"Apuntes de un viaje  
de San Pedro  
de KILM  
1884"*

*"Viaje de San Pedro  
de KILM  
1884"*

EN EL QUE SE DESCUBRE QUE BASTA CON ESCONDERSE  
DEBAJO DE LA CAMA PARA TENER UNA IDEA GENIAL,  
Y QUE NO SIEMPRE ES UNA BUENA OCURRENCIA  
RECIBIR A LOS INVITADOS CON EL AGUA AL CUELLO.



*"Una idea genial  
de un  
viaje de San Pedro  
de KILM  
1884"*



**L**ong John Silver extendió sobre las mesitas un gran rollo de pergamino en el que había dibujado un rudimentario mapa de la aldea de palafitos y del puerto de Kali. Su caligrafía era penosa, llena de faltas de ortografía, y el mapa estaba manchado de tinta, pero, en su conjunto, representaba a la perfección todo el asentamiento.

Llenó la pipa, la encendió con una cerilla y se sentó al lado de sus invitados, exhalando un humo azulado y aromático.

En el mapa de Long John, el río se bifurcaba a la altura de la aldea de palafitos. Un brazo desaparecía en la jungla, donde Long John había escrito «Ciudad en ruinas». Y otro fluía en dirección contraria hacia un territorio boscoso indicado como «Minas de carbón, maderamen».

La aldea de palafitos ocupaba la sección central del mapa, mientras que el puerto de Kali se extendía entre la aldea y el mar; los muelles parecían dos grandes paréntesis. Dominando el puerto y la aldea, en el lugar donde antaño se erguía un fuerte colonial, estaba el edificio con las dos chimeneas que Murray había vislumbrado desde la muralla.

Long John Silver lo llamaba «la Fábrica». Estaba comunicada con el brazo del río que se adentraba en las minas mediante un sistema de carritos para el carbón en suspensión.

—¿Qué hay aquí? —preguntaron los chicos.

—Es donde queman el carbón y producen la corriente eléctrica —respondió Long John—. Es su cuartel general y está directamente comunicado con el puerto principal. —Señaló el mapa con la pipa—. Y el *Sirena Negra*, la nave en la que llegaron vuestros amigos, está amarrada justo aquí, a poca distancia.

—¿Qué hay dentro?

—Sus legiones —respondió Long John, exhalando una larga bocanada de humo.

—Supongo que no hay forma de entrar... —murmuró Murray.

—Que yo sepa, no —respondió Long John.

—Podemos probar a escondernos en los carritos de carbón... —dijo Shane.

Todos lo miraron.

—Lo hice una vez —prosiguió—. A la altura de la autopista A4, donde pasan cerca de la carretera. Salté dentro y después... —Se encogió de hombros. No tenía ganas de contar lo que ocurrió después.

—¿Dónde está Suyodhana? —preguntó Mina. Escrutaba el mapa.

Long John se inclinó sobre él y señaló primero la Fábrica, y después un punto un poco más arriba que flanqueaba el río. Había marcado la embocadura de una cueva con el nombre «Pagoda subterránea».

—Suyodhana se desplaza de la pagoda a la Fábrica con un falucho dorado —explicó Long John Silver. Señaló una línea trazada que unía los dos edificios—. Cuando el falucho está en el puerto significa que está en la Fábrica. Y viceversa...

—¿Dónde está ahora?

Long John Silver silbó y uno de sus Holgazanes se acercó. El hombre le susurró algo al oído y el niño se alejó, descalzo, riéndose.

—Está en la pagoda, pero parece que están preparando el falucho para trasladarlo al otro sitio... —respondió Long John—. Uno de los niños ha ido a investigar.

—Yo creo que tienen a Rick ahí —murmuró Mina. Señaló la Fábrica.

—No es muy prudente ir a echar un vistazo, ¿verdad? —preguntó Murray.

Long John estiró la pata de palo y aflojó las correas de cuero.

—En realidad al que andan buscando es al profesor —respondió. Galippi se sobresaltó. Se había quedado ensimismado en sus pensamientos—. Y mientras siga vestido así, lo identificarían a kilómetros de distancia —concluyó Long John Silver.

—La indumentaria es un tema recurrente en mi vida —admitió el profesor—. Mi mujer también se quejaba siempre.

—¿La echa de menos? —preguntó el pirata a bocajarro.

—Bastante, sí. ¿Y usted?

Long John dio una larga bocanada antes de responder.

—La mía cocinaba maravillosamente. ¿Quiere que le cuente una cosa?

Long John se detuvo de repente.

Uno de los Holgazanes pasó corriendo por delante de la puerta de papel de arroz y llamó rápidamente tres veces. El pirata se puso de pie como un resorte y ordenó:

—¡Rápido, escondeos!

Silbó un par de veces, y los Holgazanes que todavía estaban dentro saltaron encima del profesor y de los chicos. Durante unos instantes, antes de que comprendiesen lo que querían hacer, cundió el pánico.

Long John escondió el mapa y se dirigió a la puerta a toda prisa.

—Profesor, ¡usted, debajo de la cama! —ordenó, susurrando—. Chicos, ¡vosotros al agua, deprisa!

Murray, Shane y Mina se descolgaron por la escalera de madera. Uno de los niños harapientos los empujaba de manera frenética, enseñando los dientes como una rata rabiosa.

—¡Sin empujar! ¡Ya vamos, lo hemos entendido!

Entraron en el agua sin haber tenido tiempo siquiera para desnudarse. El niño intentaba hundirles la cabeza en el agua haciendo muecas malvadas.

—¡Chiss!

Solo se tranquilizó cuando los tres, con la nariz fuera para poder respirar, ya estaban sumergidos. Después trepó como si fuera un mono a uno de los palafitos y desapareció rápidamente de su vista.

Murray se movió lentamente en el agua, sin hacer caso de los murmullos de sus amigos. Se detuvo cuando comprendió que estaba debajo de la puerta de entrada de la taberna. Logró oír un crujir de pasos sobre el entablado y la pata de palo de Long John golpear el suelo.

—¡Qué alegría veros por aquí! —decía el viejo pirata—. ¿En qué puedo ayudaros?

—¿Quiénes son? —preguntó Shane, nadando hasta él.

—Guardias —dijo Murray.

—¿Cuántos?

—Dos o tres... No lo sé.

Oyeron más pasos por encima de sus cabezas. Una voz que no reconocieron, demasiado queda para entender lo que decía, se entremezclaba con el timbre atronador de Long John.

—¿Puedo ofrecerles algo de beber?... En la jungla... Un anciano... A la salud de Kali...

Los pasos se desplazaron de una habitación a otra y llegaron a la parte de atrás, donde estaba el dormitorio de Long John.

—¿Mala señal?

Sacudieron la cabeza, sin comprender lo que estaba pasando.

—¿Y si nos hubiese traicionado? —murmuró Mina.

Murray no lo creía. ¿Qué motivo podía tener Long John para hacerlo? Ayudarlos para traicionarlos después no tenía sentido.

Los pasos se detuvieron. Ruido de sillas. Una mesita. Una conversación interminable.

Finalmente se dirigieron a la salida.

Murray se desplazó para intentar ver algo y vislumbró a un hombre con facciones orientales y uniforme rojo. Iba acompañado de otra persona que se hallaba fuera de su campo visual. Long John les estrechó la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Shane.

—Se han ido.

—¿Long John...?

Oyeron un golpe sordo a su lado. Un Holgazán que se había zambullido por la escotilla emergió a pocos centímetros de Murray. Gritó como un endemoniado e intentó hundir la cabeza de Murray bajo el agua con violencia.

—¡Eh! —exclamó Shane que acudió en ayuda de su amigo.

Pero Murray se defendió solo. Cogió al niño por el cuello y lo inmovilizó contra uno de los pilotes. Después le gruñó en la cara:

—¡Chiss!

Cuando el ruido de pasos sobre sus cabezas desapareció, Murray lo soltó. El niño se sumergió en el agua y se alejó pegando gritos y salpicando.

—Todo en orden —dijo Murray a Shane. Mina lo miraba con desaprobación y Murray evitó sus ojos—. Aparte de que he bebido esta porquería de agua. —Tosió—. Si no me muero inmediatamente, seré inmune a todas las enfermedades del mundo.

Esperaron media hora más dentro del agua, vigilados por el Holgazán con cara de rata que no les permitía el menor movimiento, hasta que les dieron permiso para volver a subir. Tuvieron que desnudarse y ponerse ropa seca que apestaba a pescado.

—Los niños la han comprado en la mejor boutique de la aldea —se burló maliciosamente Long John mientras se cambiaban.

—¿Quiénes eran esos hombres? —preguntó Murray cogiendo una casaca de las manos de Long John para ponérsela.

—Buscan al fugitivo —respondió el pirata—. Pero, por suerte para él, he decidido que puede seguir siendo un fugitivo por más tiempo.

—Este no es un lugar seguro —intervino el profesor Galippi—. Y no quiero que nadie arriesgue su vida por mí. —Se había puesto una tónica que le caía sobre los hombros como un manto. Mina abrió mucho los ojos, sorprendida: el profesor parecía sentirse a gusto con esa ropa que lo hacía parecer un profeta o un estudioso de la escuela de álgebra de Bagdad—. Pero lo que he visto bajo su cama, señor Silver, ha hecho que se me ocurriese algo... Es pólvora para fuegos artificiales, ¿verdad?

El viejo pirata gruñó.

—¡Con algo tengo que cargar el fusil!

El profesor Galippi se sentó a la mesa, pidió papel y un boli y escribió una rápida y sorprendente lista.

—Si me encuentra un par de kilos de azúcar, unos diez tubos de hierro, una barrena o una perforadora de metal o un taladro, sulfuro de antimonio y perclorato de potasio, tengo bastante. No creo que usted tenga cinta adhesiva, pero también puedo usar la cola de pez de toda la vida y, para acabar, una de esas bonitas luminarias de la Compañía, la más larga que logre encontrar. — Entregó la lista a Long John Silver—. Le prometo que nadie volverá a molestarlo en su propia casa, John. Puedo llamarle John, ¿verdad?



*Pienso que  
vivo en la  
misma casa*

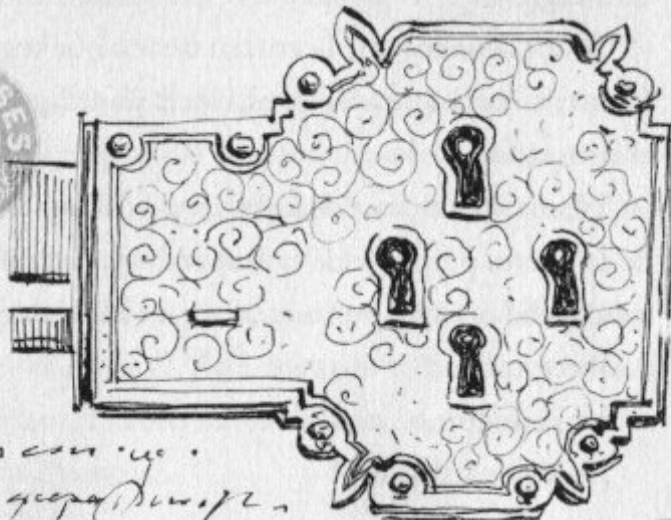
CAPÍTULO

**23**

LA  
CASA  
VACÍA

*que he vivido  
por tantos años.  
Nunca he visto*

EN EL QUE SE LLEGA A LA CONCLUSIÓN DE QUE LA SOLEDAD  
ES UN ESTADO DE ÁNIMO, Y QUE PARA VENCERLA BASTA  
CON ABRIR LAS VIEJAS CASAS Y VENTILAR SUS HABITACIONES.



*Debo ser como yo.  
Soy un hombre  
que vive en la*

**P**enelope Moore cruzó todo el pueblo a pie, con el mar a su izquierda. Recorrió el muelle y dejó atrás el puerto. El cartel de la vieja taberna chirriaba suavemente. El de la pastelería Chubber ya estaba cubierto de polvo. La única luz encendida era la de Villa Argo, en lo alto del acantilado, y era tan minúscula que parecía una estrella remota.

Estaba a punto de caer la noche. La segunda desde que los chicos habían desaparecido por la Puerta del Tiempo.

Porque allí habían ido. Las cuatro llaves todavía estaban bloqueadas en sus respectivas cerraduras.

«¿Por qué no se abre?!», había gritado Connor cuando descubrió que se había quedado solo con Penelope y Disko Troop. «¿Adónde han ido? ¡Tenemos que ir en su busca!»

Para esas preguntas y para todas las demás, Penelope tenía una sola respuesta: la Puerta del Tiempo permanecía cerrada porque cuando un viajero la cruzaba no volvía a abrirse hasta que este u otro regresase.

Todos aquellos que la cruzan tienen que regresar en algún momento. Y hasta que no regresaran, la puerta solo podía abrirse por el otro lado.

Efectivamente, una de las cosas que Ulysses había pensado cuando la puerta permanecía cerrada era que alguien la había cruzado a escondidas y que permanecería así hasta su regreso.

Pero ¿quién?

Y ¿cuándo?

¿Adónde había ido?

Su marido se había desvivido buscando la respuesta antes de rendirse a la evidencia: la Puerta del Tiempo se había bloqueado.

Pero entonces, de repente...

—Uno de tus chicos, Ulysses... —Penelope sonrió.

Se arrebujó en el largo poncho de lana y siguió su camino. Sus pasos retumbaban entre los edificios vacíos del pueblo. La resaca del mar sobre las piedras era un rumor triste.

No sabía qué había hecho Murray para volver a abrir la puerta, pero estaba segura de que había sido él. Desde el primer momento en que puso los pies en Villa Argo reconoció en su mirada brillante la imaginación desbocada que Ulysses siempre había buscado en los chicos que frecuentaban la casa.

Una imaginación pura e ignorada, rápida como el vuelo de un pájaro. Capaz de descolocar la normalidad y dotarla de un significado nuevo en cualquier ocasión.

Lástima que su marido no hubiese estado allí para verlo. Que nadie lo hubiese visto cuando abrió la puerta.

¿Adónde habían ido?

Connor estaba seguro de cuál era su destino. Podrían haber ido a cualquier sitio, pero él no lo dudó ni un solo instante: «cualquier sitio» solo podía ser el lugar al que Murray quería ir. El lugar donde tenían prisionero al profesor Galippi.

Así que habían decidido zarpar. Connor y el viejo Disko con la *Metis* y Ezio con el *Némesis*. Para trazar la ruta solo contaban con el Espejo del Mar que Ezio había llevado consigo a Kilmore Cove tras huir de las Lyonesse.

No era un mapa, pero era lo más parecido que tenían para navegar en busca de un puerto imaginario. En la superficie del espejo de plata de Tolomea se habían dibujado líneas e indicaciones casi imperceptibles, signos topográficos que formaban un fragmento de mapa náutico. No eran más que manchas de ceniza, harina, arcilla y aceite que se habían depositado sobre la superficie del espejo. Así trabajaban los cartógrafos imaginarios: alterando la luz con señales concretas, deteniendo las imágenes que se formaban en la imaginación. El espejo era el cliché que habría habido que revelar para obtener un mapa. Pero era solo un esbozo en bruto, porque el trabajo de Tolomea había sido interrumpido.

«La *Metis* hervía esta noche, señora...», había observado Disko Troop cuando bajaron al puerto a vigilar. Había roto amarras y hecho un surco de más de diez de metros con la cadena en la arena antes de detenerse. Como solía hacer en el acantilado, recordó Penelope, cuando estaba impaciente por partir.

Llegó al promontorio y se encaminó hacia el gran faro apagado. Con la marea baja, a la *Metis* le había costado hacerse a la mar. Después había desaparecido, rápida y silenciosa como un sueño.

Penelope sintió la estremecedora sensación de ser la última habitante de Kilmore Cove, a excepción del señor Waitling. El hombre se había despertado para preguntar, muy amablemente, dónde estaba el baño, se había vuelto a sentar, comentando que había tenido un sueño muy extraño en el cual reparaba el tejado de una casa con una torre, y después se había quedado dormido otra vez.

Dado que un lugar imaginario deja de existir cuando ya no tiene habitantes y ningún viajero imaginario lo recuerda, Penelope sabía muy bien que era fundamental tener mucho cuidado. Tenía la sensación de que el horizonte, en el punto donde las nubes se ocultaban tras el mar, empezaba a



disgregarse, que las colinas herbosas eran más pequeñas y que, más allá, la inmensa nada estrechaba su cerco.

Decidió no regresar inmediatamente a Villa Argo. Daría un paseo por la bahía para mantenerla viva, se dijo. Pero también para mantenerse viva ella misma.

El pueblo, vacío, era un lugar desolado y triste, pero conservaba su digna belleza. La espuma blanca coronaba las olas. Penelope se enfrentó al zigzagueante camino de subida arrepintiéndose de no haber cogido la furgoneta de tres plazas con la que habían bajado al puerto. En verdad, quería sentir la tierra bajo sus pies. Y tener tiempo para pensar.

La ventana de la torre, la que Ulysses siempre se había negado a arreglar, se había abierto de par en par, sola, esa noche. La *Metis* había roto amarras. La Puerta del Tiempo se había abierto nuevamente.

¿Qué faltaba entonces?

Penelope abrió la puerta del faro, probando una por una las llaves de su enorme manajo. Tenía las de todas las casas del pueblo.

Estaba sumida en la melancolía.

Buscó la luz a tientas, la encontró y la encendió. Bajó la escalera hasta llegar a una puerta cerrada por la que se filtraba una corriente de aire helado y se arrodilló frente a ella. Pasó la mano por el resquicio.

Hielo.

Otra vez hielo bajo esa puerta.

Hacía mucho tiempo que no ocurría.

«¿Cómo es posible?», se preguntó, estremeciéndose.

Después subió hasta lo alto del faro.

Esforzándose por acordarse de las instrucciones, encendió y apagó varios interruptores que nadie tocaba desde hacía años. Un mecanismo zumbó en la oscuridad.

—Por favor... Por favor... Por favor... —murmuró Penelope—. No me dejes sola a oscuras.

CLAC.

De repente la gran linterna del faro hendió el cielo lívido del amanecer como un ojo abierto. Después, lentamente, empezó a girar sobre sí misma.

—¡Sí! —exclamó Penelope.

Le habría gustado tener a alguien a quien abrazar. El doble cono de luz del faro se desplazó sobre las olas del mar, donde habían desaparecido todas las personas que quería.

Penelope se sentó en la butaca que perteneció a Leonard Minaxo y disfrutó un rato del espectáculo.

Una luz en aquella oscuridad profunda.

Estaba a punto de abandonar la habitación cuando notó, en un rincón, la gran radio modificada con la que los amigos de su marido habían jugado durante años.

La llamaban «Radio Cero» o, simplemente, «el Bloop». La habían construido entre todos, pero el que más trabajó en ella fue Leonard. Según sus expectativas, debía sintonizarse en una radiofrecuencia común a todos los lugares imaginarios, la «frecuencia Cero»...

Pero nunca había funcionado muy bien, recordó Penelope.

Aunque...

Mientras la luz del faro rotaba, Penelope empujó la butaca frente a la radio, la encendió, giró un par de reguladores y dijo al micrófono:

—¡Aquí Radio Rebelde Kilmore Cove! ¿Hay alguien ahí fuera? ¿Alguien a la escucha?



**E**l toque de queda reinó en la aldea de palafitos al caer la noche. Se encendieron las luces de los muelles, las patrullas nocturnas vigilaban las pasarelas y el murmullo de la resaca sustituyó al griterío diurno. De vez en cuando se oía golpear una ventana o una puerta a lo lejos.

Las chimeneas de la central de carbón exhalaban humo negro sin parar. El viento balanceaba suavemente los carritos.

Long John Silver se había retirado a su dormitorio y había cerrado la puerta. El profesor Galippi dormía debajo del horno. El material que había pedido estaba amontonado en la balsa, oculto bajo una lona. Y una decena de Holgazanes se había agolpado en la otra habitación, sin dejar de observar a los chicos.

Mina, Murray y Shane habían intentado ponerse cómodos entre las mesas y las sillas, acurrucándose los unos junto a los otros. Era la tercera noche que pasaban lejos de casa, pero parecían meses. Su ropa desprendía olores que no les eran familiares, habían visto cosas que ni siquiera podían describir y la vida, la vida real, finalmente palpitaba en sus venas en todo su esplendor.

Al quedarse solos, envueltos en el calor asfixiante de la aldea, disfrutaron de nuevo de su intimidad y empezaron a tramar en voz baja. Querían encontrar a Rick, naturalmente, pero también huir lo antes posible de aquella isla de pesadilla. Cualquiera que fuese el plan del profesor Galippi para el día siguiente, tenían que lograr explicarle el asunto de la Puerta del Tiempo a solas.

No sabían volver a la ciudad en ruinas sin pedirle a Long John Silver que los acompañase. Murray se fiaba de él. Mina, regular. Y Shane no sabía exactamente qué pensar, pero no estaba seguro de que pudieran remontar solos en la balsa aquel río terrible. Si cerraba los ojos se le aparecían los horrores que había visto debajo del agua al cruzar el cementerio flotante.

—Si Connor estuviese aquí... —Suspiró—. Todo sería mucho más fácil.

Connor. Su capitán, su amigo inseparable. Lo echaba mucho de menos.

En el río había barcas. Centinelas. Estranguladores. Cocodrilos. Muertos. Serpientes. Realmente, demasiado para afrontarlo solos. Por otra parte, el pasado legendario del viejo pirata no jugaba a su favor.

—¿Llevaríais a un ex pirata a vuestra casa? Alguien que ha robado, que ha matado... —preguntó Mina un buen rato después, cuando los demás dormían—. ¿No debería estar en la cárcel?

Shane se agitó en la oscuridad, nervioso.

—Yo sí —respondió Murray unos segundos más tarde. Mina había pronunciado la palabra prohibida: «cárcel».

—¿Os acordáis de dónde está la Puerta del Tiempo? ¿Sabríais volver? —preguntó Shane, volviéndose hacia ellos.

—Creo que sí —respondió Mina—. Estaba en la calle de las máquinas y los inventos —recordó—. Y en el patio de la pagoda a la que salimos había pintada una prensa de libros.

De repente, una manita apareció en la oscuridad y le tiró del pelo. Mina le dio un manotazo.

—¡Malditos mocosos! —gritó. Y les tiró una zapatilla.

Oyó unas risitas y después, de nuevo, el silencio.

Se durmieron sin darse cuenta, acunados por el rumor de la noche y por un chirrido misterioso que procedía de algún rincón del palafito.

Nadie oyó el ruido de una puerta que se cerraba despacio, la puerta del dormitorio de Long John Silver.

A la mañana siguiente, el vocerío de los Holgazanes saliendo en tropel de su habitación para desayunar los despertó.

La sala se llenó de sus gritos. Inmediatamente después, Long John salió de su cuarto con aspecto de haber dormido muy poco. Los Holgazanes compartieron una lata de galletas y salieron del palafito en diez direcciones diferentes. Durante un rato el silencio volvió a reinar en la habitación.

—Hoy es el gran día, profesor... —saludó Long John—. Dentro de poco abriré y empezaré a asar mi conejo especial. ¿Quiere explicarme lo que tiene intención de hacer?

El profesor se desperezó y confesó que durante la noche había adelantado buena parte del trabajo. Les enseñó una docena de tubos en los que había hecho otros tantos agujeros con el taladro.

—¡Ah!, era ese el fastidioso chirrido que se oía. ¡Jo, jo! ¿Qué piensa hacer con ellos? —preguntó Long John Silver.

El profesor sonrió, enigmático.

—¿Puede pasarme el cable de luminarias, John?

Con el máximo cuidado, el profesor Galippi fundió la cabeza de vidrio de una de las bombillas, dejando intacto el filamento incandescente de su interior. Lo envolvió en una pequeña cúpula de papel y metió la bombilla modificada en uno de los agujeros de los tubos. Después lo selló con un par de vueltas de cinta adhesiva. ¡Los Holgazanes le habían llevado unos veinte rollos!

—Ahora se echa en el tubo la pólvora mezclada con un cuarto de azúcar... y se cierra bien —prosiguió el profesor—. Luego se enchufa a la corriente. El filamento se calienta, quema el papel y...

—Bum —dijo Long John Silver, rascándose la cabeza.

—Bum —sonrió el profesor Galippi.

Murray, Mina y Shane pasaron todo el día merodeando por los alrededores, haciéndose una idea de cómo era la aldea y de las distancias. Los impresionó lo tétrica que era la Fábrica y lo horrible que era el *Sirena Negra*, del que Ezio les había hablado y que habían visto en el puerto.

Long John Silver abrió su taberna y cocinó su famoso conejo, que sirvió a algunos clientes. Mientras tanto, el profesor daba los últimos toques a sus artefactos, cómodamente tumbado en el dormitorio. Por la tarde ya había confeccionado unos doscientos metros de empalme y cuarenta y cinco Galippo-bombas, de las cuales tres estaban conectadas a una batería.

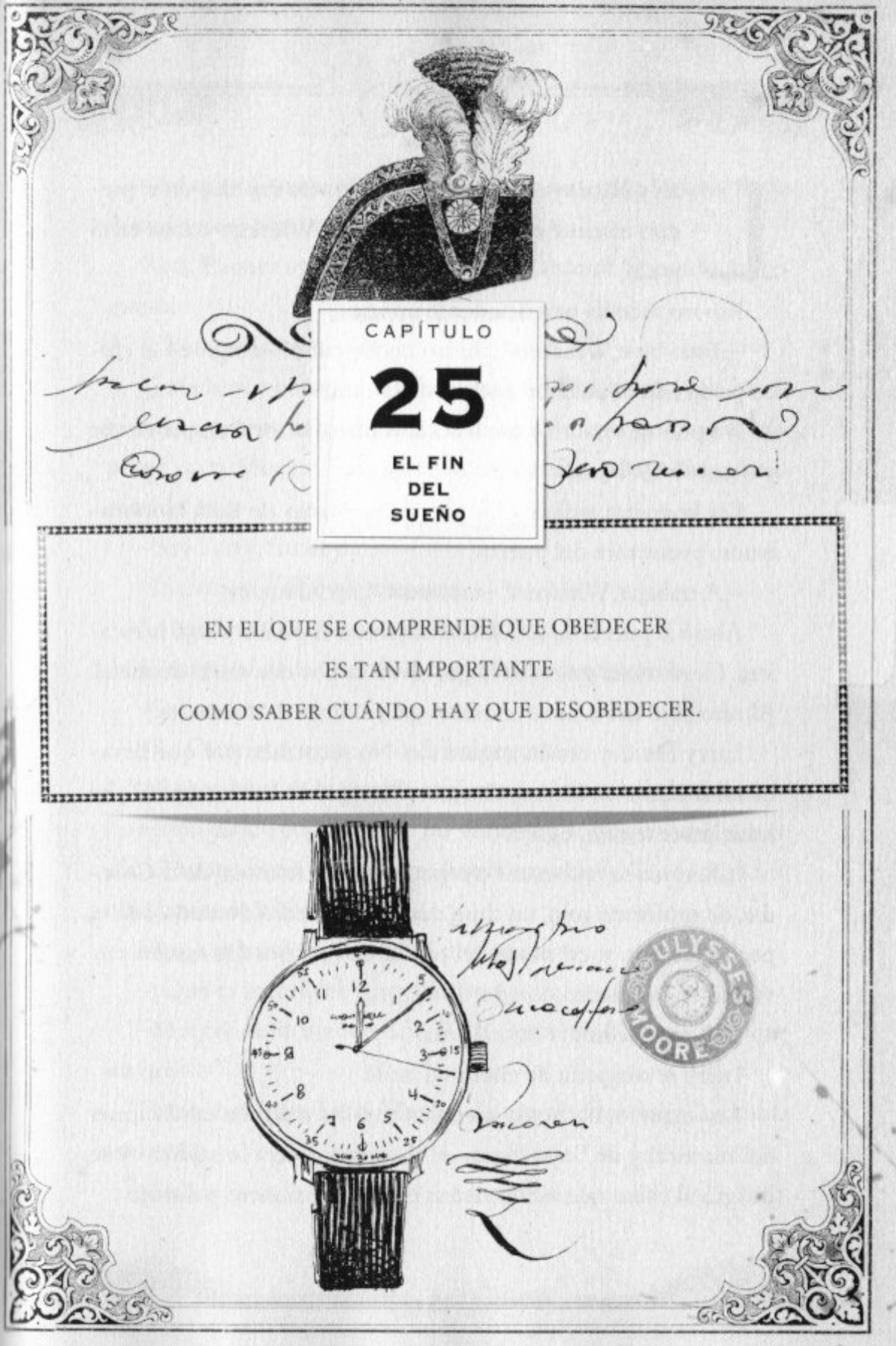
Cenaron todos juntos. El conejo de Long John era excelente.

—Son cuatro monedas de cobre, chicos —dijo el pirata—. Más lo que me he gastado en el material del profesor...

Shane puso una libra esterlina sobre la mesa.

—¿Es suficiente?

Lo fue.



**L**arry Huxley comprendió que algo no iba bien en el preciso instante en que abrió los ojos: Whiskers estaba en el suelo.

Eso no sucedía prácticamente nunca.

—¿Estás bien, Whiskers? ¿Te has hecho daño? —preguntó el chico poniendo el peluche encima de la cama.

Después se levantó y fue hasta la ventana, la abrió de par en par y observó las llamas.

Las hogueras ardían a los pies de la estatua de Kali, la monstruosa protectora del puerto.

—¡A trabajar, Whiskers! —murmuró Larry Huxley.

Abrió la puerta de su habitación, cruzó el pasillo y bajó la escalera. Llegó a una gran sala negra dividida por una malla de metal. Al otro lado había unos enormes generadores de corriente.

Larry Huxley estaba angustiado. No recordaba por qué llevaba en la mano un Puerto Oscuro. ¿Para qué lo había cogido? ¿Le hacía sentirse más seguro?

Salieron a su encuentro tres personas. Un mariscal de la Guardia, de uniforme rojo, un thug descalzo y medio desnudo con el pecho tatuado y, en medio, el oficial de Asuntos Orientales envuelto en un manto dorado.

El Gran Sacerdote Suyodhana.

Larry se ocuparía de ellos más tarde.

Los esquivó, haciendo caso omiso a las ridículas adulaciones del mariscal y de Suyodhana —el thug ni siquiera lo saludó— y se dirigió al chico que estaba detrás ellos, el prisionero pelirrojo.

—Así que tú eres amigo de Ulysses Moore... y de Murray —dijo deteniéndose a pocos pasos de él.

Rick Banner tenía las manos atadas. Levantó la mirada y preguntó:

—¿Tú eres Larry Huxley?

Tenía la voz rota y el cuerpo lleno de cardenales. Pero ni sometido a tortura había hablado. «Así no se trata a un prisionero», pensó Larry Huxley. Tenía que pedirle cuentas a Suyodhana también de eso.

—Soy Larry Huxley.

—Increíble... —dijo el prisionero.

Se quedaron en silencio, observándose.

El mariscal de la Guardia y Suyodhana se acercaron.

—Supervisor... —dijo el primero.

—Su Omnipotencia... —añadió el segundo.

A Larry Huxley le tembló imperceptiblemente la barbilla.



Había dado orden de que no volviesen a dirigirse a él como «Su Omnipotencia». Los cargos habían cambiado. Todos tenían la obligación de saberlo.

Siguió mirando fijamente al prisionero.

—¿Qué es increíble? —preguntó.

—Murray tenía razón —dijo Rick Banner—. No eres más que un niño. De repente, para Larry Huxley desaparecieron todas las demás voces.

—Su...

—Supervisor...

—Debe...

—Yo...

Miraba al prisionero y se repetía: «No eres más que un niño».

«No eres más que un niño.»

«No eres más que un niño.»

Larry Huxley respiró profundamente.

Tranquilo. Tenía que conservar la calma.

Sabía lo que tenía que hacer.

Respirar despacio, sin enfadarse. No hacer cosas terribles. No podía pedirle consejo al señor Whiskers.

Intentó recordar: ¿qué había ido a hacer exactamente a la isla Tenebrosa?

Había llegado hasta allí medio dormido porque quería estar seguro de que el prisionero, ese prisionero...

Y porque su oficial...

Quería saber quién era Murray. Cómo había podido provocar una tormenta de arena en Zerzura...

Sus pensamientos se volvieron confusos. El ojo derecho le parpadeó varias veces.

Y volvió a pensar: «No eres más que un niño».

«Ahora vas a ver de lo que un niño es capaz.»

Larry Huxley cruzó las manos por detrás de la espalda. Se volvió. Levantó un dedo.

—Suyodhana —murmuró al indio con el manto dorado—, tus estranguladores te son fieles hasta la muerte, ¿verdad?

—¡Sí, supervisor! —respondió Suyodhana, exaltado.

—Obedecen todas tus órdenes, ¿verdad?

—¡Sí, supervisor!

Larry Huxley sonrió. Se volvió de nuevo y sonrió a Rick. «Ahora abre bien las orejas, prisionero.»

—Te son tan fieles que si les ordenaras que te estrangulasen lo harían, ¿verdad? —preguntó.

Suyodhana, detrás de él, dudó y abrió mucho los ojos.

—Señor, yo... —balbució el Gran Sacerdote.

—Eres uno de mis oficiales, Suyodhana. Me juraste obediencia y fidelidad. Puse en tus manos la isla Tenebrosa y el cuidado de mi flota. He permitido que gobernases en toda la isla, te he encomendado a los prisioneros más importantes... Y me han informado de que uno de ellos ha escapado misteriosamente...

—Supervisor, yo...

—Pero de eso ya hablaremos, Suyodhana. Ahora solo te pido que des la orden. Yo mismo detendré al estrangulador. Servirá para que nuestro prisionero comprenda de golpe cómo funcionan las cosas en nuestra Compañía. Quién da las órdenes y quién las ejecuta.

Mientras hablaba, Larry Huxley tanteaba al prisionero con la mirada. Rick lo estaba mirando de manera diferente.

—Supervisor... —dijo el Gran Sacerdote—, el prisionero ha confesado que...

—La orden, Suyodhana.

—Pero...

—¡LA ORDEN!

Suyodhana dio la orden con voz temblorosa. El thug no se hizo de rogar.

Larry Huxley esperó sin volverse.

Y siguió esperando.

—¡Basta! —dijo cuando ya era demasiado tarde, con un ademán de la mano.

El Gran Sacerdote estaba muerto.

Rick Banner había cerrado los ojos. En la Fábrica se hizo un silencio aterrador.

Larry Huxley se balanceaba sobre sus pies.

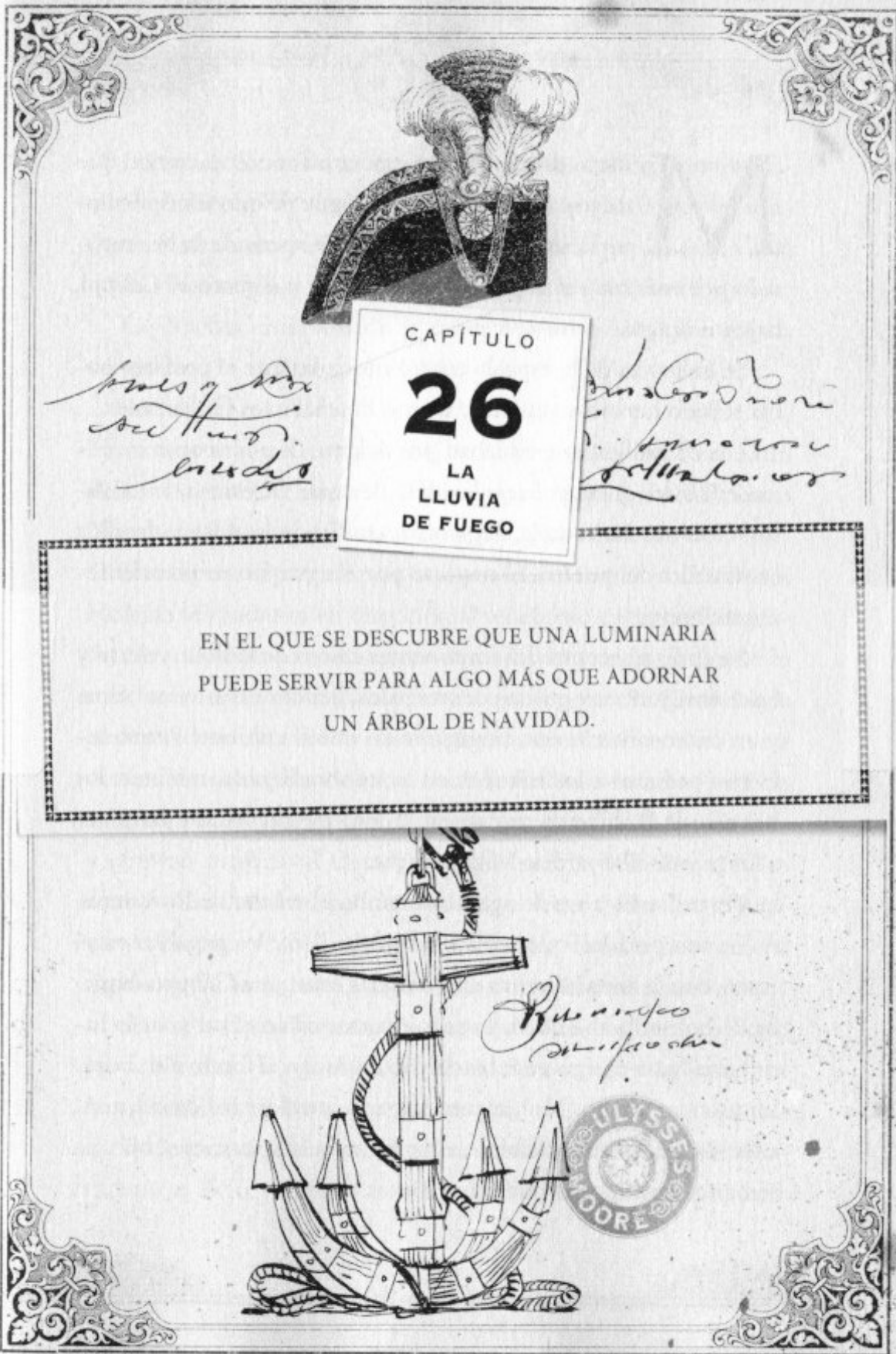
—Embarca al prisionero en el *Sirena Negra* —ordenó al mariscal—. Y llevádmelo al castillo.

—Sí, supervisor.

—Y comunica a lady Hyde que la nombro oficial de Asuntos Orientales. —Larry Huxley se dio la vuelta—. En cuanto a ti, mi querido estrangulador, a partir de ahora eres el nuevo Gran Sacerdote de tu secta. ¿Estás contento? Bien. Ve a dar la noticia a tus amigos y, si quieres, ponte el manto dorado. Marchaos. ¡Todos fuera!

Después miró de nuevo a Rick.

—¿Ahora podrías decirme quién es Murray?



**M**urray, Mina y Shane esperaron con impaciencia que cayese la noche y que el toque de queda suspendiese la actividad de la aldea. Después de haber repasado por enésima vez el plan con Long John y el profesor Galippi, bajaron al agua.

Se colgaron de la espalda cuatro mochilas que el profesor había sellado herméticamente y dieron la señal a los Holgazanes.

Los chiquillos, que nadaban por delante de ellos como si fueran ranas, los guiaron hacia la salida de aquel laberinto de palafitos. Con mucha cautela, llegaron al confín de la aldea y de allí a los muelles del puerto. El trayecto por el agua fue sorprendentemente breve.

Se deslizaron entre los imponentes cascos de la flota: veleros y balandras, juncos y goletas de tres palos, faluchos con velas latinas y un cúter solitario, con su gigantesco mástil enhiesto. Permanecieron pegados a los muelles, en la sombra líquida, mientras los hornos de la Fábrica rugían en lo alto de la colina y las piras, a los pies de Kali, ardían salvajemente.

Procedieron a ras de agua, estimando el calado de los veleros. A los más pesados, que tenían la bodega llena, les pegaban en el casco, con la cinta adhesiva en forma de cruz, una Galippo-bomba de bombilla abierta. Acto seguido, extendían el cable de la luminaria hasta el siguiente barco y lo anclaban al fondo con boyas minúsculas que los Holgazanes ataban a la velocidad de la luz. Al cabo de pocas horas habían cubierto toda la superficie con una red que comunicaba unos diez barcos.

En dos ocasiones tuvieron que ocultarse, al abrigo de un casco, de la lancha de vigilancia. Esperaron a que su reflector sondease ferozmente la oscuridad, rezando para que las boyas y la cinta adhesiva no se apreciaran en la línea de flotación.

Las lanchas completaron la ronda dos veces sin darse cuenta de nada.

Tres horas más tarde estaba casi todo hecho. Les quedaban aún algunos barcos por minar en la parte opuesta del puerto. El *Sirena Negra* se hallaba entre ellos.

Decidieron separarse para acabar antes. Murray y uno de los Holgazanes nadaron en dirección al tenebroso casco del bergantín. Se acercaron con unas pocas brazadas, buscando un punto lo suficientemente escondido para trabajar en paz. El *Sirena Negra* ondeaba desafiante sobre ellos y Murray se esforzó para no mirar su terrible mascarón de proa. Sacó la Galippo-bomba —una de esas con batería que no necesitaban conexión con la luminaria— y empezó a

fijarla al casco cortando la cinta adhesiva con los dientes. Casi había acabado cuando oyó voces arriba. Inmediatamente después notó que la cadena del ancla vibraba. Fue como si algo enorme se agitase en el fondo oscuro del puerto.

—Están a punto de zarpar —murmuró Murray. Intentó darse prisa. No tenía la más mínima intención de dejarse aplastar por una maniobra del barco.

El Holgazán que iba con él, aterrado, silbó por lo bajo, pero Murray no se alejó. Cortó la cinta con los dientes y activó la batería.

Justo cuando estaba a punto de irse miró hacia arriba y reconoció a Rick. Iba atado, y un mariscal uniformado de rojo lo vigilaba de cerca. Lo estaban embarcando en el *Sirena Negra*.

Murray observó la escena durante una fracción de segundo. Acto seguido miró la carga explosiva que acababa de poner en el casco.

—No —murmuró.

No podía permitir que el barco saltase por los aires con Rick a bordo.

Volvió a la quilla con un par de brazadas. El Holgazán no lo siguió y permaneció fuera del cono de luz de las piras, con la cabeza apenas fuera de la superficie.

—Maldición —murmuró Murray.

Arrancó la bomba y buceó un buen trecho hasta alcanzar al Holgazán. Salió del agua con el pelo chorreando agua y algas.

—Tenemos que volver inmediatamente —le dijo muy bajo.

El cabestrante del *Sirena Negra* enrolló la cadena y el ancla salió del agua.

Murray se volvió para mirar el barco y su silenciosa tripulación. ¿Adónde llevaban al prisionero?

De repente sonó una de las sirenas del puerto y otra respondió a su llamada. A Murray le dio un vuelco el corazón. Miró a su alrededor buscando a sus amigos, convencido de que se trataba de una señal de alarma.

Sin embargo, el Holgazán señaló las piernas de la diosa Kali. Al fondo, en la bocana del puerto, apareció un barco con el casco metálico, alto y estrecho, cuyas hélices hacían hervir el agua.

—Maldición —dijo de nuevo Murray al reconocerlo.

Era el bergantín infernal de lady Hyde.

—¡Ve a casa, deprisa! —ordenó al chiquillo que iba con él—. Ve a casa y dile al profesor que haga explotar las cargas ¡INMEDIATAMENTE! ¡VE, DEPRISA!

Le dio un bofetón para hacerlo reaccionar, pero enseguida se arrepintió.

Era de vital importancia que estallasen antes de que el bergantín entrase en el puerto y de que el *Sirena Negra* saliese de él, de lo contrario el casco de los barcos rompería a su paso la red de cables.

Sin cerciorarse de que el chiquillo lo obedeciese, Murray empezó a nadar hacia la estatua de Kali.



*Comodoro Vial  
de Rosas  
1856*

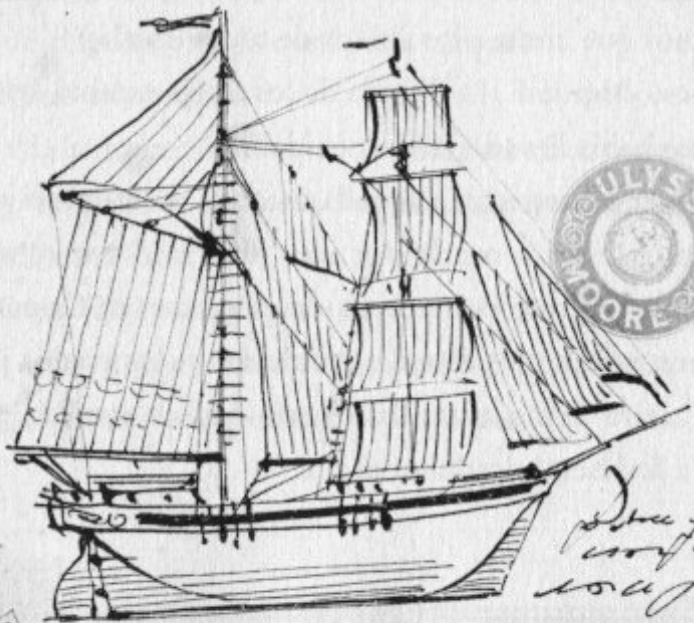
CAPÍTULO

**27**

EL  
VIENTO  
DE MURRAY

*Andrés Bello  
1846*

EN EL QUE SE COMPRENDE QUE ES MUY DIFÍCIL  
HACER LA MANIOBRA APROPIADA PARA ENTRAR  
EN EL PUERTO, SOBRE TODO CUANDO, DE REPENTE,  
SE DECLARA UN INCENDIO.



*Don Juan  
1846*



**L**ady Hyde avistó el puerto desde el puente de su bergantín. Se había situado allí una hora antes, cuando su tripulación de hombres grises había divisado la silueta de la isla Tenebrosa. Habían navegado durante toda la noche para cubrir, en el menor tiempo posible, las treinta y ocho horas de trayecto entre las Lyonesse y Taprobana.

La isla se había convertido en un lugar sombrío, pensó lady Hyde cuando reconoció la aterradora estatua de Kali en la bocana del puerto. ¿O tal vez eran solo rumores lo que circulaba entre los oficiales y los agentes de la Compañía? Ella no podía saber cómo había sido con anterioridad. Pero si daba crédito a las habladurías, Taprobana no había sido un Puerto Oscuro antes de que la Compañía la dominase y construyera en ella su Aduana. Y la Fábrica, naturalmente.

Se decía que antes gozaba de un clima espléndido, que su exuberante jungla estaba poblada por animales fantásticos, y que en la ciudad, actualmente en ruinas, había una prestigiosa Academia de Sabios que atraía a los chicos de todas las islas.

¿Qué pasó después? ¿La llegada de los thugs cambió las cosas? ¿O quizá los había llevado la Compañía?

Lady Hyde despreciaba a aquella manada de hombres medio desnudos dispuestos a morir por una divinidad femenina con cuatro brazos. Disfrutó contemplando el amanecer. Comenzaba a clarear por oriente, las estrellas palidecían y los ruidos procedentes de tierra firme avanzaban hacia ellos a medida que se acercaban a la desembocadura del río.

Desde el puente, lady Hyde observó los bergantines, las goletas, los barcos de vapor, las dragas y los imponentes *pariah* de la Compañía, que se balanceaban indolentes, protegidos por el rompeolas. Vio las velas cuadradas de un cúter colosal y al menos diez faluchos, algunos dorados y otros con techo de rastrojos y el mástil de bambú.

Al entrar en el puerto, lady Hyde notó que en el lado opuesto al *Sirena Negra*, capitaneado por su hermana, alguien hacía señales con una antorcha desde lo alto del muelle.

Un puñado de guardias corría en su dirección y la embarcación de práctico, que tenía que guiarlos en la maniobra de ataque, había encendido un reflector.

Sonaron las sirenas de alarma. Lady Hyde se sujetó a la barandilla del bergantín, confundida. ¿Por qué el *Sirena Negra* hacía maniobras en el puerto? ¿Por qué nadie intercambiaba señales con su barco? Y, sobre todo,

¿cómo era posible que aquella figura que agitaba la antorcha fuese el chico que había encontrado en Ys el día que eliminaron a la cartógrafa turquí?

No, no era posible.

Tenía la impresión de que no había un nexo temporal en la sucesión de eventos. El *Sirena Negra*. La alarma. La antorcha.

—Murray...

¡Sí, era él! ¡Precisamente él!

Y antes de que lady Hyde pudiese pronunciar una palabra más, de repente todo ardió a su alrededor.

Hubo una primera llamarada y a continuación una segunda, seguidas por una secuencia de explosiones. Una onda expansiva caliente embistió a lady Hyde, ensordeciéndola con un doloroso pitido. Llamas de diez metros de altura consumían los barcos. Después, las velas también se incendiaron.

El *Sirena Negra* viró de repente, y el *Hyde* tuvo que hacer lo mismo para evitar la colisión. A continuación, hubo un terrible fragor de madera resquebrajada y de metal retorcido: habían chocado contra el muelle. El bergantín dio una sacudida y se inclinó hacia un lado.

Antes de que pudiera gritar, lady Hyde salió disparada por la borda.

La caída le pareció interminable. Tuvo la sensación de haber enmarcado la posición exacta de todas y cada una de las estrellas que brillaban sobre ella. Y de haber pensado en un sinfín de cosas, desentrañado enigmas y evocado recuerdos olvidados.

Después, el agua le cortó la respiración. Era dura y negra. Estaba caliente.

La asfixiaba como una mortaja. A través de la superficie vio las llamas, las velas arder y los mástiles retorcerse y caer unos encima de otros.

Abrió los brazos y creyó estar volando en un mar de fuego.

De golpe la sensación desapareció. Oyó ecos de rumores submarinos: las hélices del bergantín girando en el vacío, la proa rechinando contra los cimientos de piedra del muelle, los golpes secos de los marineros que caían cerca de ella...

Intentó nadar, comprender lo que ocurría.

La tripulación del bergantín abandonaba el barco. Se arrojaban al agua como el cargamento y se hundían hasta el fondo sin emitir un sonido.

Lady Hyde gritó. Y al hacerlo los pulmones se le llenaron de agua. El mar era un lugar aterrador.

Intentó coger impulso, pero la larga túnica morada se lo impedía. Se la arrancó bruscamente: desgarró los alamares y se sintió inmediatamente más ligera.

Las llamas danzaban sobre la superficie del agua.

Lady Hyde no lograba alcanzarlas.

Vio a alguien que nadaba en su dirección. El agua salada le quemaba los pulmones y le nublaba la vista. Unos brazos finos pero musculosos la sujetaron por la cintura y la ayudaron a subir.

Esa cara...

¿Era quizá...?

Incapaz de pensar, lady Hyde secundó los movimientos de su salvador y se dejó guiar por él. Cruzaron la membrana del agua como si salieran de un mar de gasa.

El aire le golpeó el rostro y tosió, con los ojos cerrados todavía. Tendió las manos y tocó una cabeza despeinada, y después la superficie firme de una escalera. Se dejó ayudar, tropezó, se arañó las rodillas y finalmente salió del agua caliente y densa como la sangre. Cuando abrió los ojos, más explosiones quebraban la noche.

El fuego había alcanzado la pólvora y las bodegas de madera saltaban por los aires.

El chico estaba frente a ella.

Una sombra delgada y oscura que se recortaba contra el fuego.

El corazón de lady Hyde latía enloquecido.

—¿Quién eres? —preguntó, tosiendo.

—Soy Murray —respondió la sombra.

Se puso de rodillas. Iba a tirarse al agua de nuevo. A desaparecer.

—¡Espera! —dijo lady Hyde—. ¿Por qué lo has hecho? ¿Estás solo? —preguntó.

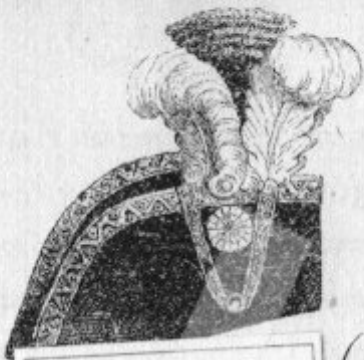
—Nadie está completamente solo —respondió Murray.

Se tiró y desapareció en el agua.

«Nadie está completamente solo», repitió para sí lady Hyde. Nadie.

«No —pensó al ver como su barco se iba a pique—. No puede ser posible. Y sin embargo...», se dijo mientras la flota de la Compañía de las Indias ardía.

Estaba rodeada por las llamas, pero lady Hyde sentía frío.

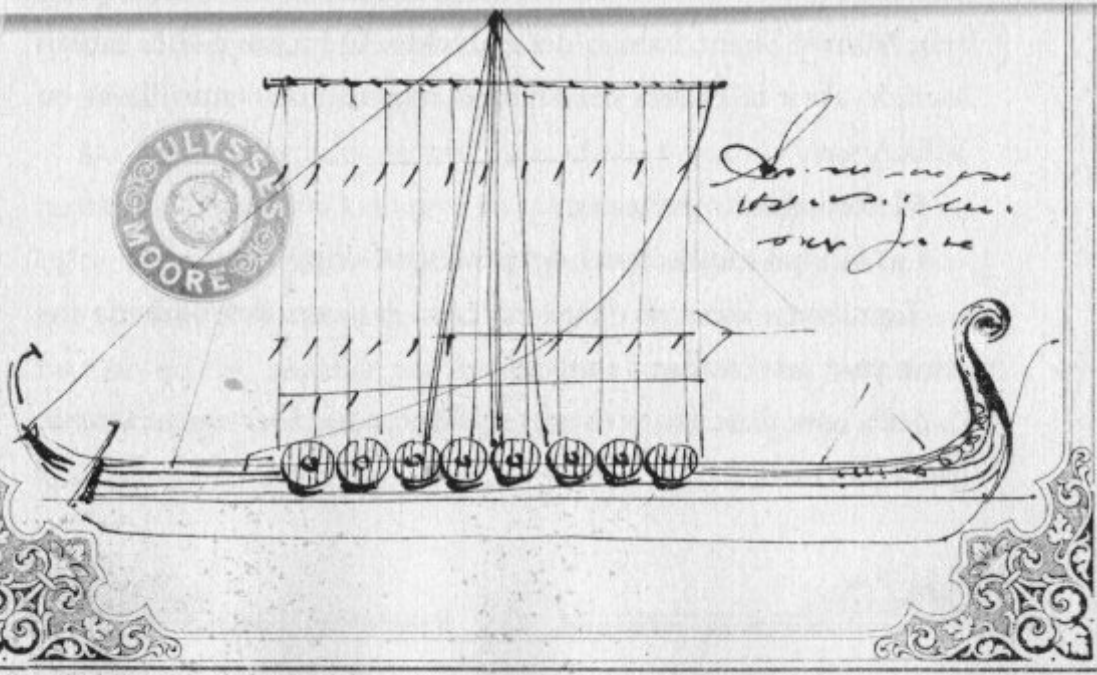


*12  
Francia  
no hay  
cucheta*

CAPÍTULO  
**28**  
NAVES  
EN ALTA  
MAR

*(ira) y el día  
"justicia" de  
"los perros"*

EN EL QUE ALGUNAS NAVES SE PIERDEN,  
OTRAS SE PERSIGUEN  
Y UNA VA RESUELTAMENTE CONTRACORRIENTE.



*La nave se  
pierde en  
su viaje*

**C**onnor apartó el catalejo con el que escrutaba la oscuridad y gritó:  
—¡Tierra!  
Había visto el destello blanco de un cohete de señalización en el horizonte, y después la vibración luminosa del fuego.  
—¡A estribor! ¡Por allí! —gritó a Disko Troop, que manejaba el timón de la *Metis*.  
Connor había guiado la nave durante toda la noche, ola tras ola, hasta que sus brazos se negaron a obedecer más órdenes.  
—¡Indica la ruta al *Némesis*! ¡Viramos a estribor! —gritó al marinero que se ocupaba de las señales a bordo.  
El hombre subió a la popa y encendió y apagó el fanal, a la espera de una señal de confirmación del otro barco.  
—¡Nos siguen! —gritó.  
Y la *Metis*, rápida como un rayo, se curvó sobre las olas.

Habían dejado Kilmore Cove en cuanto descubrieron que Murray, Mina y Shane habían desaparecido. O mejor dicho, habían logrado abrir la Puerta del Tiempo, dejando las cuatro llaves en Villa Argo.

El libro abierto en la torre.

Las últimas indicaciones del profesor Galippi.

Taprobana. Una isla fantasma cuya ruta era desconocida incluso para una cartógrafa turquí.

Solo contaban con la ayuda del Espejo del Mar, que contenía un débil rastro.

Una dirección.

Una corriente.

Un banco de peces.

El chorro de una ballena.

Y después, a estribor.

Siguiendo el tajamar de la *Metis*.

Los pocos que habían quedado en Kilmore Cove se habían repartido en dos barcos. Cinco en la *Metis*, que navegaba a la velocidad del rayo, y los demás en el *Némesis*. Cuando la *Metis* iba demasiado deprisa, para no obligarla a frenar, lanzaban al agua las boyas que señalaban la ruta.

Veinte horas después de la partida, avistaron en alta mar un punto de hierro lejano y brillante que se movía en el agua. Era un bergantín con motor que navegaba a toda máquina rumbo a oriente, siguiendo rutas de la corriente

Azul que no estaban en ningún portulano conocido. O, por lo menos, no constaban en el que poseían los rebeldes de Kilmore Cove.

Era el bergantín infernal de lady Hyde.

A partir de ese momento, lo habían seguido.

Lo habían perdido de vista tras doce horas de navegación, cuando la corriente Azul se veló y las sombras transformaron su color, primero en azul oscuro y después en negro. A pesar de haber perdido el contacto visual, mantuvieron tenazmente la misma ruta sin dejarse engañar por los cambios bruscos y las corrientes contrarias que intentaban despistarlos. O quizá obligarlos a tomar la dirección hacia un puerto más cercano.

Más seguro. Menos escondido.

Curiosamente, a pesar de que se habían adentrado en aguas controladas por la Compañía, no habían tenido que forzar puestos de control ni eludir la vigilancia de sus buques patrulleros.

Parecía como si navegaran por una ruta desconocida para sus enemigos. Una ruta tan difícil de descubrir que estaban seguros de que nadie la hallaría jamás. Sin embargo, la *Metis* había encontrado su rastro como un perro de caza y, tozuda, había obligado a Connor a seguirla, con el *Némesis* pegado a ella.

Navegaron durante otras doce horas, durante las cuales Connor no soltó el timón.

Pero en ese momento, en el que el cielo clareaba débilmente y tenían un gran puerto frente a sus ojos, el capitán de la *Metis* se dejó caer contra la amurada de proa, el sitio preferido de Murray. Y sonrió.

Fuera lo que fuese aquel lugar, estaba dispuesto a afrontarlo.

Siempre lo había estado.

Disko Troop gritó.

Y entonces el *Sirena Negra* apareció a babor.

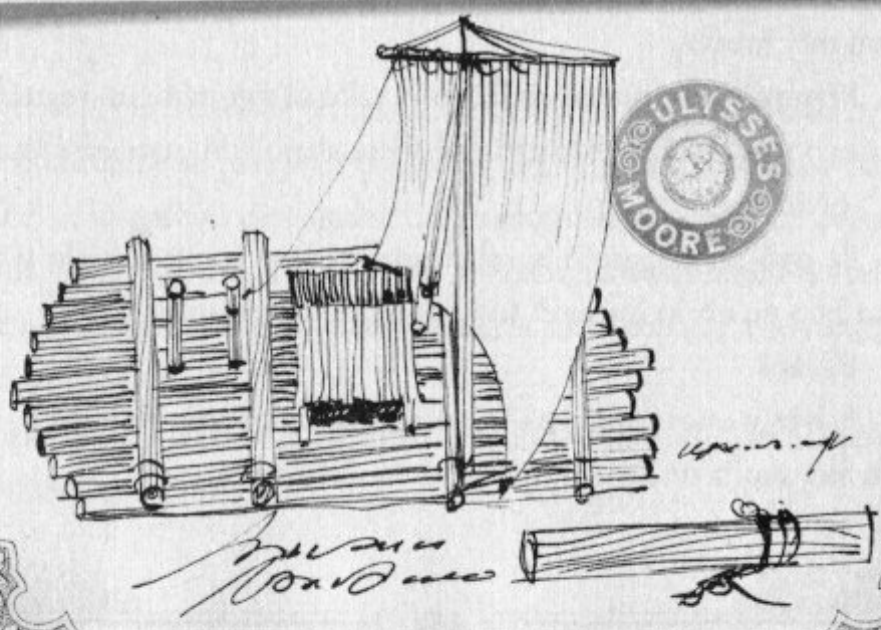


*las cosas  
buenas  
se ven  
bien*

CAPÍTULO  
**29**  
EL  
INCENDIO  
DE KALI

*los buenos  
se ven  
bien*

EN EL QUE LAS CIRCUNSTANCIAS JUSTIFICAN  
UN GESTO POCO ELEGANTE  
QUE DA MUCHA SATISFACCIÓN A SU AUTOR.



**E**l incendio del puerto se propagó a los palafitos. Puede que una embarcación en llamas remontase la corriente del río hasta chocar con una de las casas de madera, o que la culpa fuese del horno de Long John Silver, o de otra explosión en el corazón de la aldea.

A Shane no le importaba mucho cómo había sucedido. Lo único que quería era encontrar a Murray y partir todos juntos hacia la jungla.

Corría entre las casas que se derrumbaban las unas sobre las otras, y cuyos pedazos ardientes iban a parar al agua. Centenares de embarcaciones pululaban por el río como si fueran pulgas de agua y chocaban entre sí, sumidas en un fuerte griterío y en el humo negro que se extendía por doquier.

—¡Murray! —gritaba Shane, corriendo de una punta a otra del muelle—. ¡Murray!

Se oyó el ruido de una sirena y otra le respondió. Sus llamadas se alternaron en una escalada de terror que lo incitaron a correr con más fuerza.

Franqueó un muelle en llamas y saltó al siguiente un segundo antes de que toda la estructura se fuese abajo con gran estrépito.

—¡Murray!

Se oyó un disparo. Un relámpago blanco surcó el cielo y un abanico de luz lo iluminó todo durante un instante.

El caos.

Naves y casas en llamas. La oscuridad palpitante de la selva. La barrera muda de las cañas desflecadas del bambú.

Las luces de la Fábrica, en lo alto de la colina, estaban encendidas. Las velas incendiadas caían continuamente al río, donde seguían ardiendo como si el agua estuviera impregnada de petróleo. Centenares de personas corrían en todas las direcciones, llevando consigo lo que habían logrado salvar. Pero era una huida enloquecida, desordenada y sin ninguna lógica. Las legiones de la Compañía intentaban desesperadamente mantener su posición. Los mariscales en uniforme rojo disparaban más cohetes blancos al cielo.

¿Qué intentaban hacer?

¿Quién capitaneaba aquel barco negro que se había alejado antes de que estallase el incendio? ¿Los habían traicionado? ¿Quién?

Shane no lo sabía. Ayudó a un viejo a subir a una barca decrepita y, en lo más profundo de su corazón, deseó a aquella gente que la desesperación los condujera a un lugar mejor.

—¡Murray! —gritó, reanudando la búsqueda.

Pero su grito se desvaneció en el humo.



Entre los centenares de embarcaciones que se dirigían al mar había una balsa con parapeto que hacía agua por todas partes y corría el serio peligro de volcarse de un momento a otro. Una decena de chiquillos frenéticos subían y bajaban incesantemente cada vez que veían flotar algo que les parecía aprovechable y lo cargaban a bordo.

—¡No! ¡No podemos llevárnoslo! ¡Quietos, maldición! ¡Estaos quietos! —gritaba Mina.

Intentaba dominar la balsa, pero solo podía dejarse llevar por la corriente. Y esperar con todas sus fuerzas lograr salir de allí.

El profesor Galippi permanecía inmóvil en el centro y observaba el espectáculo de las naves yéndose a pique como si se tratase de una venganza personal.

No sabían con exactitud adónde se estaban dirigiendo. El palafito de Long John se había incendiado y su dueño había desaparecido. Después de haberse separado en el puerto, Murray no había regresado. Tenían que ir en su busca.

Shane por tierra y Mina en la balsa, con los Holgazanes.

—¡Mirad! —gritó la chica de repente. Tras cruzar un remolino, reconoció una sombra que saltaba por los muelles como un corzo—. ¡Murray! —lo llamó—. ¡Murray! ¡Estamos aquí!

Murray los oyó y se detuvo. Los miró, se echó al agua y nadó hasta ellos.

El humo les quemaba las entrañas. Fragmentos de madera ardían a su alrededor.

—¡Tenemos que irnos! —dijo Murray sin aliento.

Se sujetó al borde de la balsa. Los Holgazanes le saltaron encima, silbando de alegría. Murray tenía los ojos enrojecidos por el humo, arañazos por todas partes y la piel completamente negra. Pero se sentía más vivo de lo que nunca se había sentido.

—¡Por aquí no! —dijo—. ¡Hay que ir por el otro lado! ¡Remontar el río y volver a la Ciudad de la Luna!

—¡Es muy fácil de decir, joven Clarke! —objetó el profesor Galippi—. Necesitábamos un remero para ir contracorriente.

Murray rió.

—¿Es tu forma de decir que me estabais buscando? —Saltó a bordo, rodó sobre su estómago, se sujetó a Mina y preguntó—: ¿Dónde está Shane?

Se lo dijeron y soltó un taco tremendo.

—Cuando es necesario, es necesario —comentó el profesor Galippi—. Pero si de chico se me escapaba en el colegio, me daban cada...

Una explosión, que estuvo a punto de volcar la balsa, lo interrumpió.

Mástiles y cascos en llamas, el inmenso perfil del bergantín de hierro encallado en el muelle, atravesado frente a ellos, la imponente estatua de Kali, con su terrible mueca, dominando el mar, guarniciones que daban órdenes a la luz de los cohetes de señalización y marineros grises que se arrojaban al agua como si fueran autómatas.

—No hay que hacer enfadar a las personas tranquilas, muchacho... —murmuró el profesor Galippi, con tono de filósofo, mientras dos naves inclinadas una sobre la otra pasaban frente a sus ojos.

—Y Long John, ¿dónde está? —preguntó de nuevo Murray, resoplando. No le respondieron.

Shane fue a parar a la parte más alta del margen, una especie de atalaya desde donde dominaba todo el puerto en llamas. Escrutó todas las chalupas que le pasaban por delante, tratando de encontrar a su amigo.

Nada.

Nada de nada.

Legionarios.

Guarniciones.

Mineros.

Y sus familias, asustadas.

Apretó los puños, incapaz de reflexionar acerca de lo que habían hecho. Estaba contento pero muy asustado a la vez. Tenía miedo de que le hubiese pasado algo a Murray.

De repente, a lo lejos, reconoció la balsa de Long John Silver, circundada por sus Holgazanes.

—¡Eh! —gritó.

Contó tres personas a bordo de la balsa: Mina, el profesor y Murray.

¡Lo habían encontrado!

—¡Sí! —dijo apretando muy fuerte los puños.

Pensó en cuál podría ser el camino más rápido para alcanzarlos, siempre y cuando existiese aún un camino que no se desintegrara bajo sus pies.

Echó un vistazo a la Fábrica, sonriendo pérfidamente. «Que se queme todo», pensó. Sin reflexionar, se bajó la cremallera de los pantalones. Hizo pis orientado hacia las llamas, sin motivo, como un salvaje, pero se sintió mejor.

Cuando se volvió de nuevo fue como ver un espejismo.

Bajo la luz irreal de los cohetes de señalización, vio entrar una nave en el puerto con casco de dragón.

Shane la observó mejor, parpadeando, y se subió la cremallera a toda prisa.

Después, gritó a pleno pulmón:

—¡La *MEEETIS*! ¡La *MEEETIS*! ¡La *Metis* está aquí!



Larry Huxley se ahogaba.  
Miraba las llamas y su flota hundirse lentamente.  
Y no podía respirar.

—¿Tú también la ves, Whiskers? —preguntó—. ¿Tú también la ves o estoy volviéndome loco?

El conejo, naturalmente, no respondió.

Las llamas resplandecieron, blanquísimas, bajo la luz de los cohetes de señalización. Las goletas se habían inclinado sobre un lado. Los mariscales, en sus uniformes rojos, daban órdenes a la guarnición. Pero nadie les hacía caso. Llamas. Llamas y más llamas.

El mástil de un cúter se desintegró ante sus ojos, con una lluvia de tizones ardientes.

—¿Ha vuelto... a buscarme? —se preguntó el chico, apoyado en el alféizar de la ventana.

Se acordó de otro momento muy parecido: él asomado a la ventana de su habitación y la *Metis* a lo lejos, en el mar, como si lo estuviese esperando.

¿Dónde se había escondido durante todo ese tiempo?

Y sobre todo, ¿por qué había regresado?

Larry se acordó también de la primera vez que la vio, que subió a bordo, y el recuerdo fue terrible. La *Metis* se lo llevó de casa y lo condujo a Kilmore Cove para que conociese a Ulysses Moore.

—¡Oh, sí! —murmuró Larry Huxley, prisionero de aquel recuerdo al que permitió permanecer en su mente un buen rato.

¿Cuánto tiempo había pasado?

Años, quizá. Siglos.

¿O solo eran unos cuantos días?

A esas alturas ya no tenía importancia. La flota de la Compañía ardía y la *Metis* había aparecido ante él.

No podía ser una casualidad. No lo era.

Nada era sencillo.

—Ulysses... ¿Está aquí?

El supervisor de la Compañía de las Indias Imaginarias miraba, sin entender: el bergantín de lady Hyde encallado en el puerto —seguramente ella se reuniría con él en la Fábrica, pues suponía que el mariscal ya le habría comunicado sus órdenes—, y el *Sirena Negra*, con su cargamento especial en dirección al castillo. Todos esperaban las instrucciones. El mapa líquido de su imperio...

Pero todo pasó a un segundo plano tras haber visto la *Metis*, más allá de la estatua de Kali.

—¿Será la culpable de todo? —se preguntó, titubeando. El señor Whiskers lo miró con expresión interrogativa—. Ya sabes a lo que me refiero. Ni Ulysses Moore ni Murray. —Señaló el mar—. ¿Y si todo es culpa de... esa nave?

Habían perdido Zerzura y probablemente al oficial Bellingham. Suyodhana había recibido su merecido. Su puerto secreto había sido descubierto. Y su flota estaba ardiendo.

Y por si fuera poco...

El sonido glacial del ramsinga retumbó en la selva.

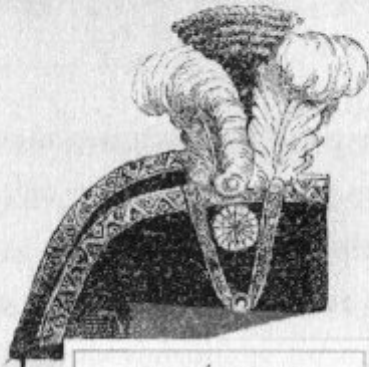
—Una rebelión thug... —murmuró Larry Huxley, casi divertido—. Solo faltaba eso, por si fuera poco.

La *Metis* costeara fuera del puerto como si lo invitase a salir.

—Oh, no, ya no me engañas con tus monerías —dijo Larry Huxley—. ¿Y sabes por qué, Whiskers? Porque esta vez no ha venido a por mí. —Miró con atención al conejo vestido con su chaleco rojo—. Al fin y al cabo, ¿quién soy yo? ¿Soy Larry Huxley, el supervisor, o soy el diablo? ¿Moloch? ¿Shaytán? O ¿quizá soy... simplemente un niño?

Con su acostumbrada prudencia, el señor Whiskers no dijo nada.

—Sé muy bien lo que nos hace falta... —suspiró Larry Huxley. Levantó las manos, apretó los puños, los abrió y volvió a bajar las manos. Fuera empezó a llover, lentamente. Después cerró la ventana y corrió las cortinas para que la habitación quedase completamente a oscuras. Se metió al señor Whiskers bajo el brazo y se escondió bajo las mantas—. Nos hace falta un buen sueño, Whiskers. Un buen sueño reparador. Y mañana todo se habrá resuelto.

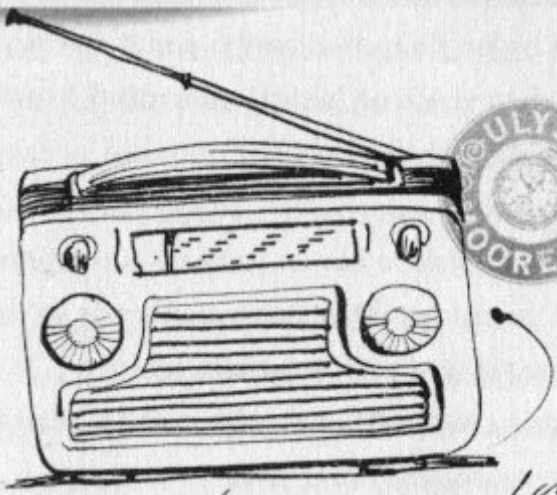


*Dudley...*  
*no voy a...*  
*es el...*  
*...*

CAPÍTULO  
**31**  
EL  
TIEMPO  
RECOBRADO

*...*  
*...*  
*...*

EN EL QUE SE CELEBRA EL REGRESO  
GRACIAS A UNA VOZ ENLATADA, Y POCO DESPUÉS  
POR FIN SE LIQUIDA UNA VIEJA CUENTA PENDIENTE.



*...*  
*...*  
*...*

Shane se despertó avanzada la mañana.

El viento barría el puente del *Némesis* y el barco surcaba veloz la cresta de las olas.

Alguien le había echado una manta por encima. Se frotó los ojos, intentando recordar los últimos sucesos.

La *Metis* apareciendo frente a él en el puerto de la isla Tenebrosa. Connor en la popa agitando los brazos para llamarlos. Quién sabía cómo se las había arreglado para encontrarlos. Y no estaba solo.

Shane, Mina, Murray y el profesor Galippi habían subido a bordo bajo una repentina lluvia torrencial, incrédulos. Se habían abrazado, e intentaron contarse todo lo sucedido.

Pero era imposible en tan poco tiempo. Empapados. Y en aquel lugar inhóspito.

Connor había mirado la aterradora estatua de Kali, la Fábrica y el incendio del puerto que la lluvia iba apagando. Oyó las sirenas de alarma, los sonidos bestiales que procedían de la jungla y había dado la orden de tomar rumbo a mar abierto.

—¿Habéis visto el *Sirena Negra*? —murmuró Murray.

—Ezio lo sigue con el *Némesis* —respondió su capitán.

Con el *Némesis*.

Habían dejado atrás la isla en llamas y la tormenta, rebosantes de preguntas, de emociones y de algo aún más profundo. Esa clase de cosas que no se sabe cómo expresar.

—¡Volveremos a esta isla! —había bramado Connor antes de que Taprobana desapareciese de su vista.

Cuando decía esas cosas, con el pelo muy rubio empapado pegado sobre los ojos, parecía el capitán de un antiguo reino de guerreros guiándolos en la batalla.

Ya en mar abierto, habían encontrado al *Némesis* y a su tripulación. El *Sirena Negra* era demasiado rápido para ellos y habían tenido que renunciar a seguirlo.

—¿Ahora adónde vamos? —preguntó Murray.

¿Adónde?

Shane se dio la vuelta sobre las tablas del puente y sintió que le dolían todos los huesos. De repente, sin saber de dónde salía, vio entre sus manos la radio de su padre, la pequeña Inmortal.

Sonrió y pensó que había llegado hasta allí, cruzando la jungla, las cuevas, el río, sobreviviendo a los cambios de ropa y al incendio del puerto.



Pero lo había logrado. Su padre le había puesto el nombre apropiado.

Pensativo, giró el botón y la radio se encendió. No había frecuencias activas en el mar. Tampoco a lo largo de la corriente Azul. Pero Shane siguió girando los botones, sin pensar mucho en lo que hacía.

De repente, cuando estaba a punto de apagarla, oyó una voz, muy lejana y baja.

Se despertó de golpe y subió el volumen.

«Aquí Radio Rebelde, en directo desde Kilmore Cove... para todos los que estén a la escucha... aquí Radio Rebelde... transmitiendo desde el pueblo libre de Kilmore Cove...»

—¡Penelope! —exclamó Shane con entusiasmo al reconocer su voz—. ¡Es la voz de Penelope, desde Villa Argo! ¡Ezio! ¡Profesor! ¡Profesor Galippi!

Shane se puso de pie con dificultad. Cruzó el puente con paso incierto para despertar al profesor Galippi que dormía hecho un ovillo al otro lado.

—¿Qué pasa, muchacho? —preguntó el profesor. Se quitó el caftán con el que se había arropado para dormir.

—¡Escuche, profesor! ¡Es la voz de la señora Moore, desde Kilmore Cove!

El profesor Galippi se incorporó, apoyó la espalda en la amurada y cogió la radio con un gesto de sorpresa e incredulidad.

—¡Esto sí que es verdaderamente interesante! —exclamó cuando oyó el mensaje—. ¡Así que la radio funciona!

—¡Sí! —respondió Shane.

Se miraron.

Una radio que funcionaba.

Podía haber una en cada puerto.

Una en la casa de cada rebelde.

Y...

—¡Ezio! —gritó el profesor Galippi.

El capitán del *Némesis* llegó con paso apresurado. A su alrededor se agolparon los demás marineros y los Holgazanes de Long John, que habían querido quedarse con Shane.

—Hay que decírselo a todos... —dijo Ezio en cuanto oyó la voz de Penelope Moore en la radio—. Tienen que oírla todos.

—Se lo diremos, jovencito. Se lo diremos apenas volvamos a casa —repitió el profesor. Observó la radio con la mirada de quien no ve el momento de desmontarla y entender cómo funciona.

«A casa», pensó Shane, observando a su nueva familia y al mar que lo rodeaba. Tal vez su padre ya se había despertado. O quizá aún dormía en el sofá de Villa Argo. En cualquier caso, allí estaba la casa de Shane.

Pero ¿y los demás? Connor, Murray y Mina...

Prefirió no pensar en ello.

—Podríamos mandarles una postal —dijo. Pensó en la oficina de correos de Kilmore Cove.

—O la programación —añadió el profesor Galippi con sorna.

Cuando la niebla se adensó sobre las olas, Connor le dijo a Murray que le pasara el timón.

La *Metis* surcaba veloz la corriente Azul con destino... a su ciudad.

Habían perdido la noción del tiempo. Connor suponía que habían pasado cuatro días desde que partieron del río donde Shane y su padre estaban pescando. Cuatro días significaba que todos en la ciudad los estarían buscando.

Tenían una sola esperanza: la *Metis*.

Según la señora Moore, la nave era capaz de convertir el tiempo en algo relativo.

Podía cambiarlo.

Aceleralo o aminorarlo.

—El tiempo está en la mente de su capitán, Connor... —le había dicho la señora Moore—. El tiempo es una convención entre todos nosotros. ¿Que os gustaría que hubiese transcurrido el mínimo tiempo posible? Quizá podríais negociar con él. Quizá lo lograríais. Pero no es una solución indolora —había añadido después. Se lo había dicho aparte, para que ni Murray ni Mina pudiesen oírlo—. Si le pedís algo al tiempo, el tiempo os pedirá algo a cambio. No sé cuándo ni qué, pero lo hará.

Era un asunto privado entre Connor y el tiempo. Entre la nave y el Círculo de Niebla que separaba los puertos imaginarios.

—¿Me lo pedirá a mí? —había preguntado Connor.

—Si tú llevas el timón de la *Metis*, sí —había confirmado ella.

Connor había sonreído.

—Entonces no hay nada que temer. El tiempo tiene una deuda conmigo. Tiene que devolverme una infancia feliz, con una casa y una familia, como la del resto de los niños. —La señora Moore se había mantenido en silencio—. Creo que puedo hacer un buen trato, señora.

Se habían separado con esa esperanza, aceptando el hecho de que regresaban al lugar de donde habían partido. Volvían donde estaban las familias de Mina y de Murray, que los estaban esperando.

Eso fue lo que hicieron.

Connor guió la *Metis* a través de la niebla, como había hecho en otra ocasión, cuando fueron a Kilmore Cove por primera vez. Pero en ese momento sabía lo que le esperaba. Y estaba preparado.

Ordenó a Murray y a Mina que se atasen y se tapasen los oídos. Cuando la niebla empezó a llamarlo y a susurrar —«Connor... Connor...»— él soltó una enorme y profunda risotada.

La primera vez que había atravesado el Círculo oyó las mismas voces y creyó reconocer la voz de su madre y de su padre. Pero ahora estaba seguro de que no fueron ellos. Eran voces de desconocidos, simplemente. Voces con la intensidad apropiada que reptaban en sus oídos de manera persuasiva, induciéndolo a creer que eran ellos, sus padres. Pero la verdad, la triste verdad, era que Connor no podía reconocerlas porque no las había oído nunca. Y por fin lograba aceptarlo sin sentirse culpable, sin sentir dolor por haber sido abandonado.

«No —se dijo el joven capitán cabalgando las olas de la niebla del tiempo—, no fue culpa mía.»

—No fue culpa mía —dijo en voz alta. Y después se rió. Por primera vez en su vida ser huérfano era una ventaja—. ¡Yo soy Connor! —gritó a las voces tentadoras de la niebla—. ¡Y mis padres no me dieron ese nombre! ¡Es mío! ¡Solo mío! ¡Puedes hacerlo mejor, tiempo! ¡Puedes hacer algo más que eso!

Y el tiempo lo intentó.

Intentó hacer flaquear la determinación de Connor con más voces y más trucos. Susurros procedentes de los años del orfanato. Las lágrimas le surcaban el rostro.

Pero no se rindió.

—Quiero volver a casa. ¡Quiero llevar a mis amigos a sus casas! ¡Y quiero llegar lo antes posible!

Desde que habían reparado la *Metis* y descubierto Kilmore Cove, Connor se sentía parte de una nueva familia, de un nuevo mundo, que le pertenecía y al que pertenecía, donde poder empezar de nuevo. Quería que fuese así.

Lo deseaba con todas sus fuerzas.

Se tambaleó, aturdido por el abrazo de la niebla, pero, justo cuando las llamadas se hicieron más desgarradoras, a Connor le pareció ver dos figuras que se le acercaban. Sombras en la niebla que sujetaron el timón junto a él y lo ayudaron a mantener el rumbo.

«Son mis padres», pensó el chico, sin ningún motivo.

Se dejó ayudar por ellos. Dejó que las sombras condujesen la nave fuera de la niebla y alejasen las voces que saturaban el aire.

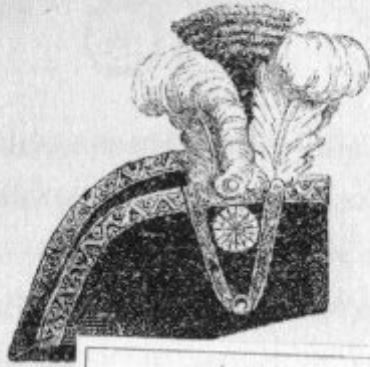
El tiempo pasó.

Y por fin el tajamar de la *Metis* apareció al otro lado, en un crepúsculo rojo como el fuego.

Connor se derrumbó sobre el timón. Estaba agotado, pero se sentía en paz con el mundo.

Más allá de la niebla todavía era sábado.

El tiempo y él habían liquidado las cuentas pendientes.



CAPÍTULO

**32**

UNA  
ACOGEDORA  
BIENVENIDA

*David J. Page  
El Dorado  
Ipswich*

*Chas. D. Moore  
Croydon - W.  
Surrey - England*

EN EL QUE SE DESCUBRE QUE LAS AVENTURAS  
SIRVEN PARA CONTAR ALGO INTERESANTE  
A LAS PERSONAS QUE NOS IMPORTAN.



*Patented in  
the U.S.A.  
and England*

**L**a señora Clarke se despertó sobresaltada y se sorprendió al ver que se había quedado dormida en la cama completamente vestida.

Al otro lado de la ventana estaba oscuro. Estaba durmiendo en el lado de su marido.

«¿Qué hora es?», se preguntó presa de una ansiedad inusual.

Buscó con la mirada el viejo despertador en la mesita de noche. Habían dado las doce hacía poco.

«¿Dónde está Murray?»

Le había dicho que iba de excursión en barco con Connor y que seguramente no volvería a la hora de cenar.

Le dijo que no debía preocuparse.

Pero ella estaba preocupada y lo esperó hasta que le venció el sueño sin ni siquiera ponerse el pijama.

Apoyó una mano en la almohada de su marido y después se la pasó por los ojos, intentando despertarse y recordar. Murray no había vuelto a la hora de cenar. ¿Qué había hecho ella?

¿Había estado leyendo?

Sí, había estado leyendo en el salón, recordó entonces. En la butaca azul frente al jardín. Una aburridísima novela de Margaret Atwood que se le había caído de las manos mientras se esforzaba por leerla.

Después había subido, había arreglado la colcha de la cama de Murray — como hacía siempre, a escondidas, cuando él no estaba— y había entrado en su dormitorio con la intención de acostarse. No recordaba nada más.

Se puso de pie. Al menos se había quitado los zapatos. Salió de la habitación tambaleándose.

Había luz en la planta baja.

—¿Murray? —preguntó asomándose a la escalera.

Sintió una extraña sensación cuando estaba a mitad de la escalera de aquella casita alta y estrecha que su marido y ella habían comprado después de haberla visto una sola vez y haberse enamorado de ella. Paddy arregló los marcos de las puertas y las ventanas y ella pintó de rojo su dormitorio y...

Cuántas cosas habían hecho juntos...

Bajó los peldaños de puntillas. La escalera de madera crujió. La luz procedía de la cocina y se oía el rumor del hervidor.

—Hola —dijo a su hijo cuando lo vio cruzar la puerta con una enorme rebanada de pan con mantequilla en la mano. De golpe se encontraba bien. Muy bien, a decir verdad.

Murray le sonrió. Sus ojos chispeaban como cuando tenía un par de años.

¿A quién dejarían indiferente esos ojos?

—No te he oído llegar... —bostezó la señora Clarke, entrando en la cocina—. ¿Qué tal ha ido? ¿Bien?

—¡Ya lo creo! —respondió Murray—. Me ha dado un ataque de hambre.

La señora Clarke arrugó la nariz. Primero miró en el fregadero y después en la basura. Al final se rindió.

—Por Dios, Murray, pero ¿eres tú quién huele tan mal?

—Puede ser. —Le dio un mordisco al pan sin dejar de sonreír.

—Ni se te ocurra meterte en la cama sin lavarte primero. Pero ¿qué diantres habéis estado haciendo hasta esta hora?

—Si te lo contara, no te lo creerías.

La señora Clarke se apoyó contra el respaldo de una silla. Después la apartó y se sentó en ella.

—A ver, prueba. ¿Queda algo de pan para mí?

—¡Hemos incendiado la flota de la isla Tenebrosa! —respondió Murray. Cortó una rebanada de pan para su madre—. ¿Quieres mantequilla?

La señora Clarke dudó un momento antes de responder.

—Un poco, sí.

Murray estaba sentado al lado de la ventana que daba al jardín. Iba vestido con ropa que ella no había visto nunca, ropa que no le había comprado. ¿O quizá estaba todavía medio dormida?

—Tienes razón —suspiró agotada y divertida a la vez—. No te creo. —Murray se encogió de hombros—. ¿Da lo mismo?

Él le sonrió.

—No del todo. ¿Fresa o albaricoque?

La señora Clark miró la rebanada de pan.

—Albaricoque —respondió—. ¿Qué decías de esa flota? ¿Por qué la habéis incendiado?

—¡Teníamos que hacerlo! —dijo Murray—. Habían raptado al profesor Galippi...

—¿El de la pista?

—Ese. Y Rick. Bueno, a Rick no lo conoces, pero en mi habitación tengo un libro que habla de él.

—¿Un libro?

—Sí, de Ulysses Moore —prosiguió Murray—. Pero todavía no sabemos dónde está. La cartógrafa turquí dijo que...

La señora Clarke dejó la rebanada de pan al lado de la taza de té. Escuchó atentamente a su hijo mientras le contaba su fantástica aventura, gesticulando

y saltando por toda la cocina, usando los cojines como escudo y las sillas como si fuesen barcas.

Murray tenía razón.

No daba lo mismo. No del todo. Entre creérselo y no creérselo había una diferencia.

Mina entreabrió la puerta de entrada, teniendo cuidado de no hacer el más mínimo ruido.

Permaneció a la escucha de los rumores de la casa para estar segura de no haber despertado a nadie y sonrió. Sus padres no se habían dado cuenta de nada.

Caminó de puntillas y se encerró en el baño. Se desnudó y se lavó por encima. Se miró al espejo y se sorprendió del aspecto despejado que tenía. Estaba cansada, pero su rostro y sus ojos rebosaban energía.

Salió del baño con la ropa sucia bajo el brazo y se dirigió al lavadero. La puso dentro de la lavadora, donde esperaba que nadie se diese cuenta de lo sucia que estaba. Tuvo suerte y encontró un pijama secándose al lado del calentador.

—Gracias, abuela —susurró. Su abuela se ocupaba de hacer la colada.

Se lo puso y la sensación del calor sobre la piel fue estupenda. En casa hacía mucho más frío que en la jungla negra.

Por fin subió a los dormitorios. El de Mina era minúsculo. Un poco más grande que un trastero. Pero era suyo, y sus hermanos no tenían derecho ni a asomar la nariz. Oyó crujir sus edredones al moverse.

Se paró frente al dormitorio de sus padres. La puerta estaba entreabierta, lo que su padre odiaba porque solamente podía dormir en la más absoluta oscuridad. Seguramente su madre había insistido para oírla regresar. Todavía era demasiado pequeña para llegar a casa tan tarde. Estaba segura de que le iban a echar una buena bronca.

—Paciencia —murmuró.

Su padre estaba nervioso. Parecía en lucha contra el mundo incluso cuando dormía. Oyó que se movía bajo las sábanas y suspiró. ¿Se calmaría alguna vez?

Entró en la habitación de sus padres de puntillas y dio la vuelta a la cama hasta llegar a su lado. Pasó por delante de la estatuilla de Ganesh, el dios con cabeza de elefante preferido de su familia, y lo acarició. La imagen de Kali, la malvada diosa con cuatro brazos, desapareció de su mente.



Su padre tenía las facciones contraídas y la boca torcida. Movía continuamente las manos y apretaba los puños.

Mina sacudió la cabeza. Lamentaba que su padre derrochase su energía de esa manera. En la vida había cosas más importantes que la rabia.

Se inclinó sobre él y le besó la frente. Su padre dejó de gruñir de repente. Sus manos se relajaron.

—¿Mina? —murmuró muy bajo.

Pero su hija ya había salido.

La puerta se entreabrió y finalmente se abrió de par en par con una sacudida.

Tres figuras salieron rodando de ella: un hombre corpulento con una pata de palo y dos chiquillos harapientos con un cuchillo en la boca, que se agazaparon sobre las alfombras como panteras listas para el ataque.

—¡Jo, jo! —exclamó el hombre levantando una linterna para iluminar la estancia. Después la bajó—. ¡Rayos y centellas!

Acababan de aterrizar en una perfecta salita inglesa. El techo de ladrillo. Paisajes y escenas de caza colgando de las paredes. Una mesita redonda, un sofá al lado de la ventana y un mueble esquinero rebosante de estatuillas de porcelana.

«Una casa de campo», pensó.

Acarició la suave alfombra que cubría el suelo y susurró:

—El olor de la santa y vieja Inglaterra.

Luego oyó el rumor de una cucharita de plata agitando el azúcar en una taza de té.

Long John Silver hizo señal a los dos Holgazanes de esperar, pero manteniéndose alerta.

Apoyó la linterna en el suelo, empuñó la cimitarra con una mano y la pistola con la otra. Bajó con cautela los tres peldaños que separaban la salita de otro salón. Siguiendo la luz de la chimenea, se asomó a un tercer salón, que era mucho más grande que los anteriores.

Allí había una elegante señora de pelo gris que estaba sentada en un sofá amarillo frente a la chimenea observando el fuego crepitante. Sobre otro sofá, colocado detrás, había un hombre echado, durmiendo.

Long John Silver sorbió por la nariz, perplejo.

—Bienvenido a Villa Argo —le dijo la señora inclinando ligeramente la cabeza.

No hizo ningún otro movimiento ni dio señales de sorprenderse por su llegada. Debía de ser la dueña de la casa. Elegante sin duda, aunque seguramente había visto tiempos mejores.

Y, sin embargo, hubo alguna cosa en aquel encuentro, la simplicidad del saludo, la chimenea encendida, la inesperada familiaridad, que hizo que el viejo lobo de mar se avergonzase de sus modales.

—Perdone la hora... y las armas... —se justificó, rescatando de la memoria su mejor acento inglés. Apoyó la cimitarra en el suelo y dejó la pistola sobre un arcón—. Los chicos y yo acabamos de atravesar la jungla con un puñado de estranguladores pisándonos los talones. Comprenda que...

—Lo comprendo perfectamente. —La señora sonrió—. No se preocupe por esas menudencias. Me llamo Penelope Moore y soy la dueña de esta casa.

El pirata se felicitó por sus dotes deductivas.

—Long John Silver —se presentó—. Pero no el que usted supone... —se apresuró a decir—. Yo soy la versión del profesor Galippi. No sé si la conoce...

—Por supuesto —respondió Penelope inclinándose sobre la mesita donde había algunas tazas y una gran tetera.

Long John Silver se envalentonó.

—¿Una taza de té? —preguntó la señora Moore con una pícaro sonrisa.

## **Notas**

[1] *Nota del traductor:* Whiskers es el nombre del conejito malo en los cuentos de la escritora Beatrix Potter. <<

[2] *Nota del traductor:* En el cuento «La momia» de sir Arthur Conan Doyle hay una descripción prácticamente idéntica de un personaje análogo. <<

[3] *Nota del traductor:* Podría tratarse de la edición de 1982 del primer volumen de la serie *Terramar*, de Ursula K. Le Guin. <<

[4] *Nota del traductor:* Prácticamente con las mismas palabras describe Herman Melville la misma aparición en la novela *Moby Dick*. <<

[5] *Nota del traductor:* Los últimos tres son personajes literarios de sir Arthur Conan Doyle (*El mundo perdido*), Julio Verne (*La isla misteriosa*) y Jack London (*La llamada de lo salvaje*), respectivamente. <<



[6] *Nota del traductor:* En la leyenda de Tristán e Isolda, que hace referencia a este duelo y a la decisión del mago Merlín de sumergir las islas, no se mencionan todos los nombres que aparecen en el texto. Sin embargo, estos se citan en las novelas, mucho más recientes, de Jack Vance (*Lyonesse*, *La perla verde* y *Madouc*), cuyo mapa coincide con el de Penelope Moore. <<

[7] *Nota del traductor:* He identificado algunos pasajes de este texto con la descripción del puerto de Bristol escrita por Robert Louis Stevenson en *La isla del tesoro*. <<

[8] *Nota del traductor:* Martin Waldseemüller es el cartógrafo alemán que dibujó uno de los mapamundis más famosos de la Edad Moderna, basándose exclusivamente en los relatos de algunos navegantes; bautizó el Nuevo Mundo con el nombre de América, inspirándose en el nombre del navegante italiano Amerigo Vespucci. <<

[9] *Nota del traductor:* Según la *Iconología* de Cesare Ripa, se trata de la alegoría de la Salvación. El muchacho cabalgando el delfín es el joven Palemón, pariente del emperador Nerón, que huyó de Roma para refugiarse en el mar Báltico, donde, en el delta del río Niemen, actual Lituania, fundó su reino. <<

[10] *Nota del traductor:* Creo que se hace referencia a los relatos de Marco Polo del libro *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino. <<

[11] *Nota del traductor:* Así describe la ciudad de Taprobana, en la obra *La Ciudad del Sol*, monseñor Tommaso Campanella. <<

[12] *Nota del traductor:* La descripción detallada de la pagoda y de su sacerdote procede, casi en su totalidad, de *Los misterios de la jungla negra*, de Emilio Salgari. <<